LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 1.° DE MARZO DE 1886 — NUM. 218

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JOVEN DE LORENA, cuadro de F. Defregger

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

JOVEN DE LORENA, cuadro de F. Defregger

Si todas las lorenesas, ó siquiera la mayoría de ellas, se pareciesen á la de nuestro cuadro, casi nos explicaríamos la guerra franco-prusiana. Si la posesión de la movediza Elena fué causa de la guerra de Troya ¡qué de batallas no mereciera reñir la ocupación de una provincia donde abundaran los tipos parecidos al de Defregger!... ¡Dichoso el artista que tiene á mano un modelo de esa naturaleza, y más dichoso si ese modelo es otra Fornarina para el moderno Rafael!

Avalora esta obra la irreprochable maestría, el cariño, con que ha sido grabada por el ilustre Weber. ¡Cuánta valentía y cuánta suavidad á un tiempo!... ¡Cuánta tersura en esa piel, cuánta pastosidad en esas carnes, cuánta suavidad en ese cabello, cuánta vida en esos ojos, cuánta luz y cuán bien combinada con las sombras de ese rostro!... Defregger debe estar contento de Weber; Weber debe estar satisfecho de sí mismo: él puede decir con el italiano:

– Anch'io son pittore!...

EL SALVADOR, dibujo de Jorge Knorr

Esta bella y poética composición ha sido dibujada para ilustrar una moderna novela alemana, inspirada, á su vez, por una leyenda de Simón Dach, poeta prusiano, nacido en Mensel, año 1605, y fallecido en 1659.

La joven desvanecida es Ana de Tarán que ha estado á punto de ahogarse por coger una flor que crecía en las engañosas márgenes del río. Su salvador es Juan Pastatins, de quien ya se figurarán nuestros lectores que es el romántico esposo de Ana.

El autor de esta composición ha demostrado en ella cuánta es su maestría en el manejo del lápiz y hasta qué punto se ha identificado con la creación del poeta. La figura de Ana es candorosa como la de Ofelia; Juan es un verdadero tipo del amante caballeresco y respetuoso que no se atreve siquiera á fijar los ojos en el objeto de su amor, temeroso de manchar su pureza con una mirada indiscreta. Hay en el amor de Juan y Ana, como lo concibió Dach y lo ha interpretado Knorr, una dosis muy grande de ese idealismo que se encuentra en el fondo de todas las baladas alemanas.

EL BUSTO DE MARAT
en el mercado de París, cuadro de Jorge Caín

De todos los hombres populares de la famosa Revolución francesa, ninguno tan popular como Marat. Afectando las costumbres más austeras y las formas más rudas, llegó á ser el ídolo del populacho parisién que veía en él su encarnación, y el puñal de Carlota Corday le evitó el tremendo desengaño que más tarde ó temprano le hubiera aguardado, como aguarda siempre en esos tiempos extraordinarios, como aguardó á Robespierre después de haber sacrificado á Danton, como aguardó á Danton después de haber sacrificado á los Girondinos.

A pesar de su prestigio, Marat fué acusado el 24 de abril de 1791 y conducido ante el Tribunal revolucionario. Pero los miembros del jurado no se atrevieron á condenar al ídolo del pueblo; Marat fué absuelto, y los que le arrojaron de la asamblea creyendo enviarle al cadalso, viéronle volver triunfante en hombros de sus admiradores, la deforme cabeza ceñida de laurel y el mezquino cuerpo oculto bajo una capa de flores.

La admiración popular creció de punto cuando su asesinato: el triunfo en vida fué seguido de la apoteosis después de la muerte. Su retrato, su busto, figuraba en todos los sitios públicos; los más exaltados jacobinos daban guardia de honor al mártir de la amistad del pueblo, y las mujeres, en especial las vendedoras de los mercados, estaban dispuestas á devorar propiamente á cuantos hubieran negado á Marat en una época en que se negaba á Dios.

Esa apoteosis póstuma del terrible convencional se halla perfectamente representada en el cuadro de Caín, pintado con un color y conocimiento de causa que nos transporta involuntariamente á los días de aquella tempestad que asoló á una nación durante breves años y fertilizó al mundo por durante muchos siglos.

ESTATUA DE EDUARDO I

En la última exposición artística de Londres, uno de los objetos que más han llamado la atención, ha sido el estudio en cera de la estatua ecuestre del rey Eduardo I de Inglaterra, que hoy publicamos, trabajo escultórico verdaderamente notable por la riqueza de los detalles, la naturalidad y la belleza del conjunto. Su autor es M. Hamo Thornycroft.

UNA BUENA JUGADA, cuadro de G. Harburger

Hé aquí un cuadro de género que es, al mismo tiempo, del género de los buenos cuadros. Como dibujo es correctísimo, como grupo está bien combinado, como estudio de expresión es un modelo. La jugada *del mano* ha puesto indudablemente en aprieto á su contrincante: la fisonomía de éste lo demuestra con una verdad que dice mucho en favor del artista. El atlético herrero que contempla la partida, es un *mirón* prudente en toda la extensión de la palabra.

Este lienzo es un bello ejemplo de naturalismo ó de naturalidad, mejor diremos, porque naturalismo huele á escuela; y en pintura lo natural no es escuela, sino dogma.

En cambio, lo que se ha dado en llamar realismo, es una heterodoxia que hará escasos prosélitos entre los artistas de verdadero genio.

EL MAYOR DE LOS AMORES,
cuadro de Eugenio Klimich

Tiene esta obrita un atractivo singular. Bien es verdad que su asunto es simpático; pero raras veces habrá sido interpretado con mayor sobriedad y más feliz éxito. El goce de esa joven madre es tan puro como el afecto que lo ocasiona; la hermosura de esa mujer ha sido realzada, ennoblecida, por la maternidad. Esos labios que besan no manchan; esas manos que oprimen un talle no ahogan; todo en esa mujer respira amor y dicha, y todo en ella inspira admiración y respeto.

El autor de esta obra ha estado inspirado: las madres que tengan *la buena suerte de reconocerse á sí propias en ese cuadro*, pueden decir á su autor:

– Caballero, ¿podríais decirnos cómo os las habéis compuesto para sentir como nosotras sentimos, para amar de la manera que nosotras amamos?...

EL RENTISTA Y SUS AMIGOS, cuadro de Arnold

Puesto que hay hombres de bien, no vemos inconveniente en que haya asimismo perros de bien; hombres y perros, en tal caso, que, llegados al colmo de la fortuna, ni se olvidan, ni mucho menos abandonan, á sus antiguos camaradas de los malos tiempos.

El perro de Arnold es uno de esos animales beneméritos, humilde en la opulencia, que practica notablemente la virtud de la hospitalidad y siempre tiene un hueso á medio roer para obsequiar á un par de amigos menos afortunados.

¡Véanle Vds., cuán lozano y orondo se encuentra á pesar de sus años!... Es natural: tiene la pitanza asegurada, y esto imprime un tinte bonachón á los mismos perros. A sus amigos no les luce tanto el pelo, ni con mucho: carecen de renta, pertenecen á la democracia, casi á la demagogia de los caninos. La amistad, sin embargo, suprime distancias; el rentista perruno tiene el instinto de la cortesía, lo cual no ocurre siempre entre rentistas racionales.

El cuadro de Arnold es un excelente estudio del natural.

EN EL CIELO

I

Hace seis mil años poco más ó menos...

Medio siglo contaba el mundo desde su creación.

Dios había arrojado á Adan y Eva del Paraíso terrenal.

Las almas que habitaban los cielos debían descender á la tierra sucesivamente para animar los cuerpos que nacieran.

La primera que apareció delante de Dios fué la de Abel, y los cánticos de los arcángeles, juntamente con las bendiciones del Señor, consiguieron la venida del alma desterrada y mártir que debió su vida á una falta y su muerte á un crimen.

La segunda fué la de Eva, y cuando las puertas del cielo se abrieron para dar entrada á esta alma pecadora, manchada por la culpa, pero purificada por el sufrimiento, todas las almas futuras la pidieron noticias de la tierra.

Eva había respondido: — He pecado, he sufrido y he llorado: la vida tiene muchas pasiones, muchos dolores y exiguas alegrías.

II

Para todas estas almas que únicamente comprendían la pasión del cielo, las pasiones y dolores eran dos palabras enteramente desprovistas de sentido. No comprendían sino una eternidad tranquila, del mismo modo que no veían más que una extensión inmensa de reposo.

Y recorrían pensativas los jardines de estrellas que Dios había hecho cerrar, preguntándose las unas á las otras lo que podían ser las cosas ignoradas en el cielo que se llamaban en la tierra pasiones y dolores.

Y suspendidas en el límite de la bóveda celeste, trataban de ver lo que pasaba entre los hombres; empero las tinieblas de las pasiones eran para sus ojos tan impenetrables como las luces de la eternidad lo son á nuestra ciencia humana.

III

Entre estas almas deseosas de esta tierra nueva, había una á quien dijo su ángel del bien:

—Tú nacerás un día del seno de una mujer, y dejarás tu forma inmortal por el mundo que ha hecho el Señor.

—¿Y cuándo naceré?—preguntó el alma.

—Espera orando,—repuso el ángel.

Un día el sol se anubló sombríamente. Otra alma acababa de dejar la tierra, y al presentarse en las puertas del Señor arrojóla lejos de sí el ángel de la justicia.

Toda la corte radiante del Señor se arrodilló, redoblando alabanzas y ruegos.

Dios respondió:

—Se llamaba Caín, y ha muerto á Abel.

Y el cielo se oscureció por el primer crimen como se oscureciera por la primera falta.

—¿Qué motivo puede haber en el mundo,—pensaba el alma que debía nacer,—para que un hermano mate á su hermano?

IV

La primera falta y el primer crimen habían excitado la cólera de Dios, de tal suerte, que los muertos se sucedían con rapidez y entraban en los cielos menos almas que de él salieran.

Las que volvían, interrogadas por sus compañeras, respondían:

—Delante de Dios se pierde el recuerdo de los hombres; pero todo lo que Dios hace es hermoso, y la tierra, en medio de sus dolores, tiene también sus goces.

Los siglos pasaban y el alma esperaba siempre.

V

Un día los ángeles guardianes del eterno trono, vieron no la cólera, sino una lágrima en los ojos del Señor, y esta lágrima fué el diluvio.

El cielo lloró cuarenta días sobre las faltas de los hombres, y la tierra desapareció.

Desde la bóveda celeste los ángeles seguían con su mirada y con sus oraciones, como desde aquí abajo nosotros seguimos á una estrella, algo que flotaba sobre las aguas: era el arca de Noé.

El alma que esperaba su nacimiento creyó un momento que el mundo iba á ser borrado por toda una eternidad.

El arca la volvió la esperanza.

El mundo apareció.

Cada vez que un alma dejaba el cielo por la tierra, la que esperaba la acompañaba y la decía:

—Hermana mía, á tu vuelta me contarás lo que se hace en el mundo.

Y desaparecía.

A cada pregunta que hacía acerca de su nacimiento á su ángel bueno, éste respondía:

—Espera orando.

VI

Y pasaban los siglos.

El mundo era más malo cada vez: las alabanzas redoblaban en el cielo á medida que el culto se perdía en la tierra.

Como el castigo no había detenido los crímenes, Dios quiso ensayar con el perdón, é hizo un alma á la imagen de su pureza y la envió á la tierra. Los ángeles la acompañan cantando, y quedan arrodillados largo tiempo hasta perderla de vista en los espacios infinitos.

Luego que esta alma, á quien Dios había dado el nombre de hijo suyo, y á quien la tierra diera el nombre de Jesús, pasó treinta y tres años en su destierro, comenzaron las almas á recorrer los casi borrados senderos de los cielos, purificadas por este hombre divino.

Todos los días, la eternidad de felicidad comenzaba radiante y espléndida, y el cielo se poblaba de vírgenes y mártires.

VII

El hijo de Dios volvió de su misión divina con una corona de espinas en sus manos destrozadas por el martirio.

Dios le dijo:

—Ven ¡oh hijo mío! tus pies han quedado destrozados por las piedras del camino de la vida, pero la obra de la regeneración se ha cumplido.

Y lo hizo sentar á su diestra mano.

—¿Cuál puede ser este mundo, — se decía el alma pensativa,—en el que se da muerte al hijo de Dios?...

Esperaban el alma de una gran pecadora que el Cristo había convertido á su llegada; el alma que esperaba su nacimiento, le preguntó:

—Hermana mía, ¿cuál era tu nombre?

—Magdalena,—contestó la pecadora:—los goces de la tierra son efímeros, mientras que los del Señor son eternos.

Y Magdalena arrodillóse á los pies de Dios.

El alma continuaba esperando. El Señor dijo á la pecadora arrepentida: «Te perdono porque has amado mucho.» Y el alma futura le preguntaba lo que era este amor que había perdido á Eva y que salvaba á Magdalena.

VIII

Los apóstoles habían sufrido el martirio predicando la palabra divina. Sus almas fueron sucesivamente á inclinarse á las plantas del Altísimo. Empero, los hombres no seguían el camino trazado por la mano del Salvador.

El alma esperaba siempre, y los siglos se sucedían como los granos de arena de un reloj.

Pero la ley del Señor triunfaba: no había emperadores crueles; no había apóstoles mártires; todo parecía marchar según la eterna voluntad; y para el alma solitaria que se hubiese contentado con el amor lejos de los placeres, la tierra no hubiera dejado de presentarle hartos goces.

—¡Espera orando! eran sin embargo las palabras del ángel bueno.

. . . .

IX

El ángel bueno había dicho:

—¡Nacerás antes de un siglo!

Y el alma continuó esperando.

¡En dónde encontrar la paciencia si falta en el cielo!

Sin embargo, el alma comprendió que esta esperanza de otro mundo que el de Dios era ya un pecado, y que iba á ser manchada con una falta original, tanto mayor cuanto se cometía en medio de la pureza eterna.

El tiempo marchaba rápidamente, porque delante de la eternidad los días se suceden como las gotas de agua que forman los manantiales. El alma veía llegar el momento tan esperado; á medida que se aproximaba deseaba más conocer ese mundo tan misterioso, y crecía su fe por ese amor terrestre y sus dolores que romperían la monotonía de la beatitud.

Y al recorrer los ocultos senderos de los cielos, en vano intentaba levantar un extremo de ese velo diamantino que Dios extiende cada noche sobre los firmamentos.

—¿Qué castigo me impondrá Dios por la falta que cometo tan cerca de *Él*, cuando mi único deseo había de consistir en verle, mi felicidad en la oración, y mis goces en la eternidad?

De tiempo en tiempo el ángel pasaba á su lado y la decía:—¡Paciencia!

X

El alma esperaba.

El ángel bueno se acercó á ella y le dijo:

—Tu madre ha nacido hoy; esperarás diez y ocho años: espera orando.

Los deseos del alma iban á realizarse, y su alegría era

infinita si puede haberla de esta suerte en la eternidad. Pero cada día entraba más en el pecado, y antes de nacer tenía ya que expiar. ¿Qué castigo reservaba Dios á esta alma que turbaba con su alegría la serenidad eterna de los cielos?

Cuanto más se aproximaba el momento anunciado por espacio de seis mil años, tanto más deseaba saber cosas del mundo que iba á habitar.

—Tu madre está en cinta y nacerás;—díjola el ángel bueno.

El alma lanzó una exclamación, que en los cielos era sin duda un crimen.

Nunca se había visto un alma tan deseosa de la vida corporal.

Y las almas, sus compañeras, que no tenían otro amor que el de Dios, comenzaron á orar por ella.

Su alegría aumentaba por instantes, y el ángel bueno se acercó y la dijo:

—Tu madre ha muerto al darte á luz, y tú al venir al mundo...

. . . .

El castigo siguió á la falta.

Y el alma sintió que se entreabrían los cielos, precipitándose en los limbos.

FELIX REY

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Entre gastar el dinero que se tiene y procurar nuevos ingresos, era mucho más fácil para Armengol lo primero que lo segundo: el hotel de Inglaterra ya saben Vds. que es uno de los mejores de Madrid; y al cabo de un mes en que dejamos de tener noticias del hijo del comerciante, venimos á encontrárnosle con diez duros en el bolsillo por único capital. El hospedaje en el hotel había consumido lo demás.

Entonces recordó todos sus propósitos, todos sus planes, comprendiendo que en filosofar y pasear había perdido mucho tiempo, y que sin dejar trascurrir un solo instante debía buscar nuevo domicilio, ya que el hotel costaba demasiado caro.

Las amarguras de ese descenso paulatino, desde la encumbrada y feliz existencia de los ricos hasta la ínfima estrechez de los pobres, llenaron el alma de Armengol en los dos días que empleó buscando una vivienda económica.

Con diez duros se pueden hacer muy pocas cosas, y Armengol hizo todo lo que pudo.

En una casa de la calle de Embajadores, cuyo portal estrecho, húmedo y repugnante, conducía á un patio ancho y destartalado, alquiló una habitación pequeñísima y avecindada con los muebles. Instaló en ella una cama de hierro, una mesa de pino, una jofaina, una silla y un espejo.

Armengol estaba dispuesto al sacrificio, y le consumó con un valor estoico y admirable.

Una tarde en que regresaba á su casa con el corazón entristecido, después de adquirir con la experiencia la confirmación de sus previstos desengaños, respecto á la indiferencia del mundo, hallóse de manos á boca con un antiguo compañero de su padre, el cual exclamó con alegría y asombro:

—¿Dónde diablos se mete V., hombre? Andolo buscando por este Madrid hace quince días y no he podido encontrar rastro de su existencia.

Angel no supo qué contestar, y ocultando á duras penas lo poco que le agradaba aquel encuentro, limitóse por toda respuesta á estrechar la mano gruesa y curtida que le presentaba su amigo.

Al cabo de un rato de silencio, repuso:

—Ya lo ve V.; estoy en Madrid.

—Ya suponía yo que no había V. salido de la corte.

Y metiéndose á toda prisa la mano en el bolsillo del gabán sacó un verdadero montón de papeles y se puso á revolverlos, mientras decía:

—Tengo un encargo que dar á V. El mes pasado salí de Barcelona. Antes fuí á despedirme de su padre de usted y le encontré sumamente afligido.

—Permítame V. que no le crea, —repuso Armengol con acento sereno y firme.

—¡Cómo! ¿No cree V. lo que le digo? ¿Piensa V. que le engaño? ¡Vaya! pues tome V. y lea. Hablen cartas y callen barbas.

Y puso en manos de Angel un pliego cerrado que él examinó. El sóbre estaba escrito de mano de su padre. Abriólo con presteza y leyó sin dar muestra de la más ligera ansiedad. En tanto, el anciano, á quien llamaremos, pues éste era su nombre, el señor Viladi, le contemplaba con cierta curiosidad impertinente.

Hé aquí lo que decía aquella carta:

«Hijo mío: Te he escrito dos veces, dirigiendo el sóbre á la lista de correos, y no han debido llegar á tu poder las cartas, cuando no te has dignado contestarme. Prefiero creer esto á creer que no me escribes por una pertinaz obstinación en considerarte ofendido. Si tu educación fuese menos *brillante*, si con tantas cosas inútiles como te han enseñado no hubieras perdido la sencillez toda de los sentimientos naturales, hasta el punto de desfigurarlos lamentablemente, sabrías que los padres no ofenden nunca á sus hijos.

»No quiero insistir sobre ese particular.

»Si piensas de distinto modo que yo, te compadezco, pero no me hallo dispuesto á transigir con caprichos ridículos ni con petulancias punibles.

»Desde que cometiste la grandísima necedad de abandonar mi casa, he tenido tiempo bastante para reflexionar acerca de los sucesos pasados.

»Cada vez me hallo más arrepentido de haberte dejado durante la primera juventud en esa absoluta libertad que hasta aquí gozaste. Yo debí entender que el hijo del comerciante Armengol no estaba llamado á pasar la vida entregado á las dulzuras de las costumbres inútiles y elegantes. Debí educarte con menos lujo; esta es la palabra que corresponde á mi pensamiento, aun cuando á tu serenidad olímpica ofenda con lo vulgar de su sentido.

»Pero si reconozco mi error y le declaro, lo cual es cosa bastante dura para quien, como yo, puede jactarse de haber acertado casi siempre en hombres y cosas, en hechos y en planes, no es por el solo gusto de que tú lo sepas, sino para procurar la enmienda del equivocado derrotero. Hemos emprendido un mal camino; cambiemos de ruta. Hé aquí lo que yo quiero.

»Mi deber es decírtelo; el tuyo resignarte á obedecerme.

»Supongo que el estado de tus asuntos es deplorable. Acaso carezcas de dinero. Si mis consejos te parecen razonables, puedes pedir á Viladi, de quien recibirás esta carta, aquello que necesites para regresar á Barcelona.

»En el caso de que la memoria de tu padre siga apareciéndosete como odiosa, y de que ciegamente aferrado á tus errores y á tu orgullo desmedido desoigas mi voz, renuncia á todo socorro que pueda proceder de mí. Yo deseo perdonarte; pero no es cosa, —ya lo comprendes, — de que me prosterne ante tus plantas. —Tu padre.»

—¿Qué me responde usted?

—Respondo que yo no puedo contestar á esta carta. Me lo veda el respeto que me inspira mi padre.

—Según eso, ¿no acepta V. el perdón?... Puede V. hablarme con franqueza. Pedro (así llamaba al viejo Armengol) me ha contado estos leves disgustillos.

—No acepto el perdón, amigo mío, —dijo Angel doblando la carta, —porque yo no he cometido falta alguna.

—Sin embargo, el respeto filial...

—El respeto filial tiene un límite y le hemos traspasado.

El bueno de Viladi, que era un obeso comerciante, para quien la vida no había presentado nunca estos complicados problemas, se calló quedando un tanto preocupado. Quiso cambiar de conversación, y dijo:

—¿Vive V. aquí cerca?

—No es muy lejos.

—Acompañaré á V. hasta su calle.

Indudablemente Viladi traía algún encargo grave para Armengol y no osaba comunicárselo. De tal modo le asustaba el carácter vivo, enérgico, duro é inflexible del joven. —Averigüemos dónde vive y otro día le diré lo que ha motivado mi viaje, —pensó sin duda.

Angel echó á andar hacia la calle de Embajadores. Seguíale Viladi. Cuando llegaron á la pobre casa donde se hospedaba Angel, éste se detuvo.

—Hemos llegado, —dijo.

—¡Cómo! ¿vive V. en este...?

—¿En este cuchitril sucio y hediondo, iba V. á decir? Sí, señor; aquí vivo. Suba V., suba V. á tomar posesión de mi casa, —añadió el joven con acento de burla, mientras se dibujaba en su rostro una sonrisa amarga y tristísima.

Viladi estaba pasmado. No sabía qué pensar. De buena gana se hubiese excusado de entrar allí, pues temía que iban á ser inevitables las explicaciones que él deseaba aplazar; pero no le sugirió su pobre magín ningún recurso valedero y se dejó conducir por Angel. Entraron en la estancia.

Angel se sentó en la cama y ofreció la silla á su visitante.

—Déjeme V. que me asombre, querido amigo, —exclamó con acento cariñoso Viladi, estrechando las manos á Armengol. —¿Cómo vive V. aquí? Me inspira V. una grande simpatía y quiero saberlo todo.

—Gracias, querido Viladi, gracias, —contestó Armengol, comprendiendo que las palabras del anciano tenían origen en un sincero deseo de amistad. —Aquí no hay secreto alguno. El hecho es el siguiente: no tengo dinero.

—Pero si esto es así, —y acerca de ello bien veo que no cabe duda, —¿por qué no vuelve V. á Barcelona?

—¡Ay, señor Viladi! Eso es imposible. Volver á Barcelona es ya quebrantar un propósito firme, y no hay nada que me inspire más desprecio que el hombre de criterio movedizo y versátil. Usted, que sabe lo que ha ocurrido entre mi padre y yo, no debe extrañar mi determinación. Además, —añadió con alegría humorística, y asomándose á la ventana, —aquí no se está mal. Estas vistas no tienen rival en todo el Universo. Vea V. qué fila de tejados descubro desde aquí; los matices rojos, oscuros ó verdosos de las tejas, recuérdanme los variados trozos de un paisaje; esos ejércitos de chimeneas traen á mi memoria los ejércitos de palmas de la huerta de Valencia; los declives, sinuosidades, rodeos y ondulaciones de las casas, simulan el oleaje de un mar que se ha solidificado. Todo esto es bonito, sí señor, es bonito y me ofrece distracción continuada.

—Dispénseme V. que le diga, —replicó Viladi acercándose á la ventana, —que no veo aquí nada de lo que usted dice. Veo sólo muchos tejados medio hundidos, muchos patios nada limpios y llenos de gentes míseras y desarrapadas; en suma, el más lastimoso espectáculo de miseria.

—¡Bah! otra exageración menos disculpable que la mía, pues que la mía conduce á que yo tenga por distracción lo que á V. le causa repugnancia. Claro es que para encontrar agradable este cuadro es preciso mirarlo con los ojos de la metáfora; pero, ¿sucede otra cosa en el mundo, por ventura, con las cosas mejores?... De noche aun tiene más atractivos el espectáculo. A veces se ilumina el cuadrado de una ventana con la luz interior de la habitación y entonces veo dibujarse en el foco luminoso las siluetas de los que allí viven; ya veo dos amantes cuyas sombras se confunden hasta formar una sola; ya veo danzar á cinco ó seis muchachos que aturden la casa y hacen felices á sus padres con aquel estruendo; ya, en fin, columbro la linda figura de alguna solitaria muchacha...

—¿Está V. enamorado?

—No, hasta ahora. ¡Pobre y enamorado! Sería demasiada desventura!

Sentáronse de nuevo Viladi y Armengol, éste en su cama y aquél en la silla.

—¿Y cuándo va V. á Barcelona?

—Si V. quiere, mañana.

—¿Si yo quiero?

(Continuará)

MEDICINA POPULAR

LA RABIA (II) *y último*

Una quietud desusada ó una agitación excesiva son los primeros fenómenos que deben despertar sospechas y llamar nuestra atención. El perro, que acudía solícito al menor ruido; que respondía con alegres demostraciones á nuestro cariño, permanece inmóvil en un rincón escondido, se muestra indiferente á todo, y contesta con un gruñido á cualquiera insinuación para sacarle de su estado. Pero, con más frecuencia que esta inmovilidad taciturna, revela el perro una agitación extraña. Se vuelve y se revuelve en su cama, se levanta despavorido, corre, ladra, mira á todos lados inquieto, va y viene sin dirección fija, y vuelve á acostarse para, después de breves instantes de calma, repetir los mismos actos, como movido por súbita alucinación.

A pesar de esto, la inteligencia del animal permanece íntegra; es atento, dócil á la voz de su amo; pero su mirada es triste, la expresión de su fisonomía distinta, y su cola, que habitualmente se agita con rapidez, se mueve ahora con lentitud y pereza. Lejos de importunar con sus caricias, vuelve al poco rato á su escondite donde procura evitar la luz y la vista de los objetos exteriores. En este primer período el perro nunca muerde.

Esta agitación, poco perceptible al principio, se acentúa más y más, y vemos al perro levantarse de pronto con violencia; mira con vista extraviada, revuelve cuanto encuentra, araña con furor el piso, va de un lado á otro, no tiene un momento de reposo, olfatea los rincones y por debajo de las puertas, cual si buscase una pista extraviada ó previese un peligro desconocido.

Hay en este primer período de la rabia verdaderas alucinaciones, por extraño que parezca la aplicación de un concepto puramente moral á seres á quienes hemos negado quizás demasiado gratuitamente la conciencia. Durante la agitación rábica, vemos al animal ejecutar actos y adoptar posiciones, cual si espiase á otro animal ó pelease con él, ó si tuviese ante su vista algo que le inspirase terror ó sorpresa. Muerde al aire, ladra con furor á un sér invisible ó se arroja contra las paredes como para acometer á un objeto que creyese real y que claramente percibiese.

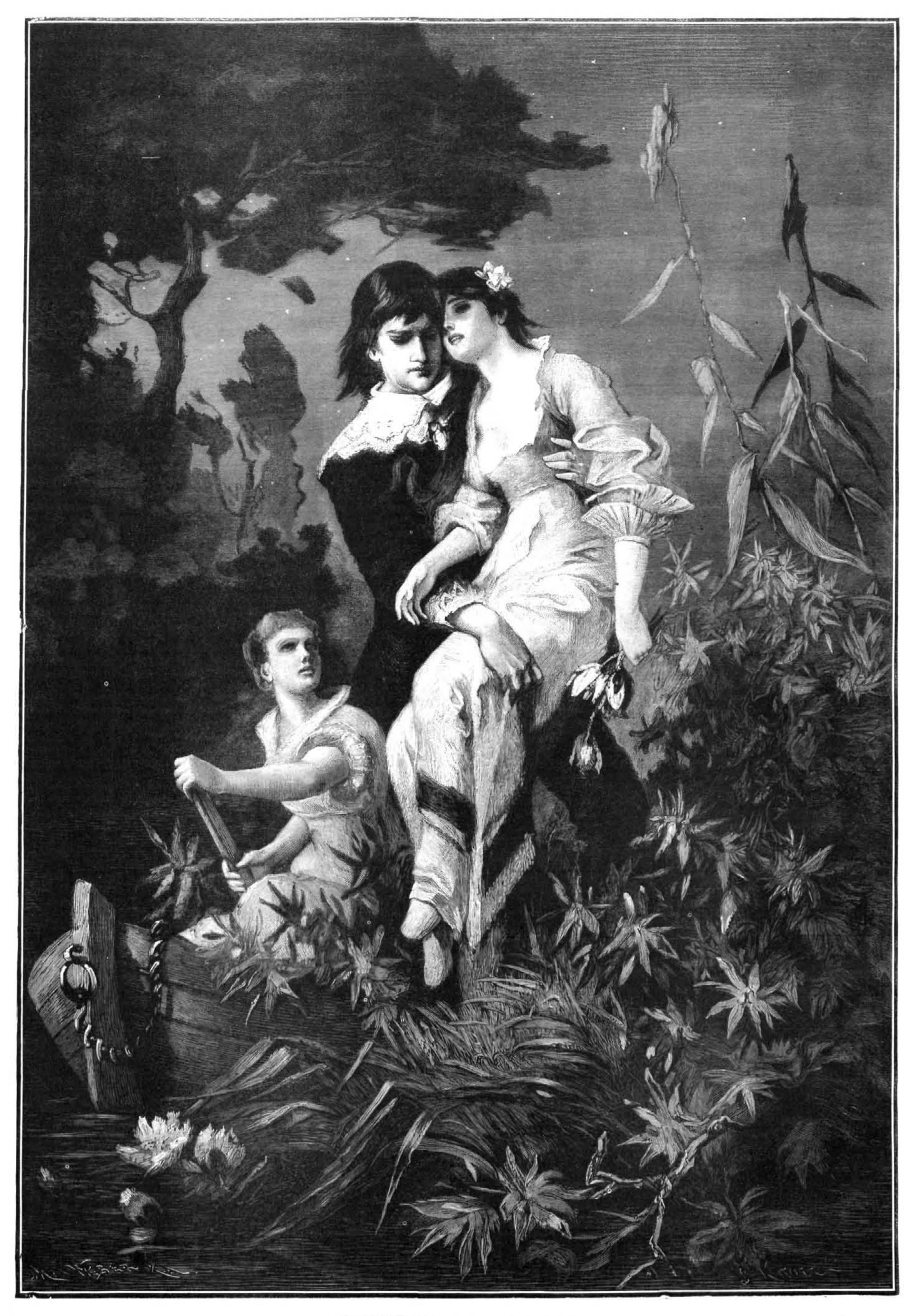
A pesar de esto, y aun en los momentos en que parece más perturbada su inteligencia, basta la voz de su amo para hacerle volver en sí, y como si agradeciera verse arrancado á tan angustiosa pesadilla ó si buscase ayuda y protección, suele en esas ocasiones extremar sus manifestaciones afectuosas, lamiendo con ardor las manos y la cara de la persona querida, mostrándole con afanosa solicitud su cariño, cariño funesto susceptible de trasmitir la terrible afección de que el pobre animal es ya víctima.

Basta esta breve descripción del estado *moral* del perro para advertir á los que no son médicos del peligro que el animal ofrece; pero, para hacer aun más completo este bosquejo, diremos algo de otros síntomas que traducen el período inicial de la rabia.

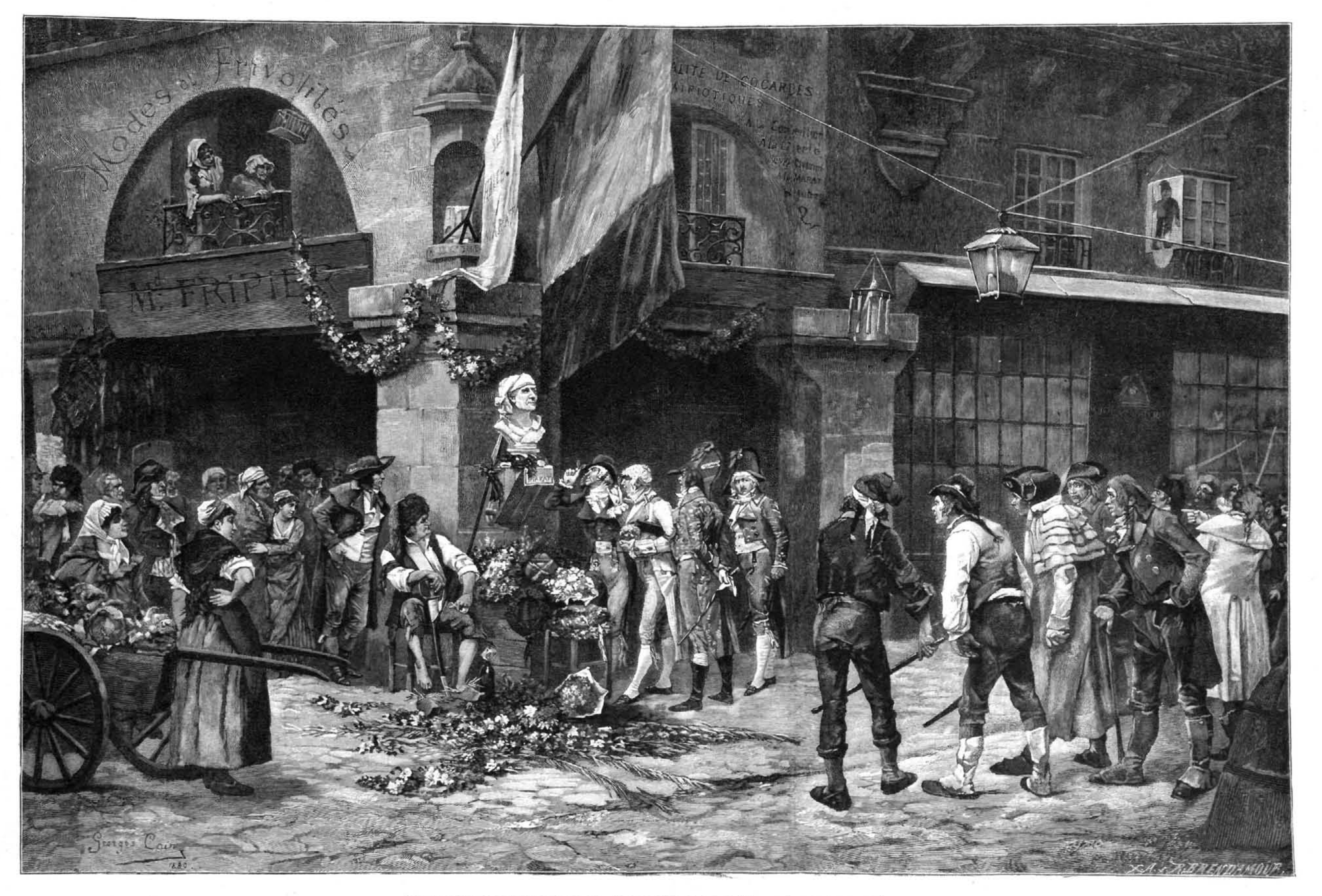
La primera afirmación que debemos hacer es que el animal rabioso no es hidrófobo. El animal bebe, y con más ansia que de costumbre; y hasta cuando la constricción de su garganta es tal que toda deglución se hace imposible, se arroja al agua, sumerge el hocico, y parece querer morder el fondo del vaso. Se ha visto animales rabiosos atravesar un arroyo á nado para acometer á un rebaño de carneros, que pastaban en la orilla opuesta. Insistimos en este punto porque es este un error tan general, que hasta los mismos médicos caen en él, y no necesitamos ponderar la utilidad de desvanecer una creencia, que puede inspirar tan fatal como infundada confianza (1).

---

(1) Consúltese á Delabère-Blaine, Meynell, John Hunter, Hamilton, Yonatt, Trolliet, que todos protestan contra esa afirmación desmentida por innumerables observaciones y que no tiene otro fundamento que una razón de analogía con lo que acontece en la rabia del hombre, cuyo síntoma culminante es la hidrofobia.



EL SALVADOR, cuadro de Jorge Knorr



EL BUSTO DE MARAT EN EL MERCADO DE PARÍS, cuadro de Jorge Caín

El perro rabioso no tiene apetito, ó mejor dicho, el apetito está pervertido, y á tal punto, que se le ve devorar cosas que no son comestibles, como pedazos de suela, de alfombra, madera, arena y cuanto encuentra á su alcance, y es tan característico este síntoma, que cuando en la autopsia se encuentran en el estómago de un animal sospechoso objetos de esta naturaleza, casi sin temor de equivocarse, se puede afirmar que el animal estaba rabioso. Se observa á veces en los principios del mal algún vómito de glerosidades sanguinolentas. No es un síntoma seguro, pero debe inspirar recelos.

No es tampoco la baba síntoma inseparable de la rabia, y es muy frecuente no observarla ni en el período inicial ni aun durante el de rabia confirmada. Por lo común, la secreción salivar no pasa de la cantidad ordinaria y es conveniente tener sabido esto, pues es otra de las creencias vulgares, pudiendo la falta de este síntoma inspirar una seguridad engañosa.

Dan mucha importancia, como valor diagnóstico, los autores al aullido especial del perro rabioso. Basta oir este aullido, dicen, para conocer si el animal rabia ó no. Ocioso sería en estas nociones describir el timbre particular de la voz del perro, cual lo hacen estos autores, y por nuestra parte lo consideramos completamente inútil, pues nunca la palabra escrita puede imitar el sonido. Diremos solamente que todo cambio en la inflexión de la voz habitual del perro debe inspirar sospechas al dueño y desde luego someter al animal á una detenida observación.



ESTATUA DE EDUARDO I

El síntoma que es verdaderamente característico y que casi pudiera considerarse como el *reactivo* de la rabia es la excitación que produce en el animal afectado la vista de otro animal de su misma especie, fenómeno extraño, que no se explica, pero que es positivo y constante. Animales inofensivos, de buen carácter, que ni aun siquiera habían dado muestra de agitación, han manifestado la mayor excitabilidad á la vista de otro animal extraño, y se han abalanzado con furor á morderle sin previa provocación, sin nada que motivase esta violenta agresión. Por desgracia este signo pasa inadvertido muchas veces, y sólo se recuerda cuando hechos posteriores hacen fijar la atención para entonces lamentarse de no haberlo notado oportunamente. También ofrece síntomas particulares la herida ó mordedura que inoculó al animal la rabia. Muchas veces es un simple arañazo que apenas se ve; pero, aunque sea una herida verdadera, la cicatrización se verifica como en los casos ordinarios. Mas, aunque el período de incubación haya sido largo, cuando los primeros síntomas de la rabia van á presentarse, se produce en la cicatriz una excitación tal que obliga al animal á lamerse ó á restregarse contra las paredes ó contra el suelo, si el sitio en que se halla, no es accesible á su lengua. El prurito es á veces tan intolerable que le hace morderse, arrancarse los pelos y hasta hacerse sangre en la parte afectada.

El apetito genésico durante este período se encuentra extraordinariamente excitado.

Aunque, como hemos visto, no hay ningún signo especial que constituya un carácter peculiar de este período inicial, todo este conjunto forma un cuadro tan acabado, dibuja tan perfectamente la fisonomía de la rabia, que, á vulgarizarse estos simples conocimientos, con seguridad se evitarían esos funestos accidentes harto comunes, gracias á la ignorancia de todo lo útil y gracias también á errores, que se conservan cual precioso legado de generación en generación.

2.° período: *Rabia confirmada*. Los síntomas de este período son tan característicos y conocidos, que casi podríamos excusarnos de describirlos y mucho más no siendo nuestro objeto tratar, como médicos, este asunto. ¿Quién no recuerda haber visto alguna vez un perro de pelo erizado y sucio, agotado de fatiga, de andar vacilante, mirada indecisa, con el rabo péndulo, la cabeza baja, caída la mandíbula inferior y asomando entre los dientes una lengua seca, azulosa y cubierta de polvo? Tal es la fisonomía de la rabia confirmada. Pero antes de llegar á ese estado, precursor de una muerte próxima, el perro tiene violentos accesos de furor, durante los cuales experimenta una necesidad imperiosa de morder hasta tal punto que se le ve hacer un violento esfuerzo para no morder á sus propios amos y á las personas que le son queridas; pero, ¡desgraciados de estos, si, demasiado confiados ó sobrado imprudentes, provocan su cólera con la menor amenaza ó el más simple golpe! el animal se olvida de todo y muerde irritado la mano que há poco lamía. Es muy conveniente advertir, sin embargo, que no es un síntoma constante el que muerda un perro rabioso. Los autores citan casos en los que el animal no ha mostrado otra cosa que una sombría tristeza, sin indicios de querer atacar ni hacer daño á nadie. Aunque raros estos casos, débese tenerlos presentes para no dejarse llevar de errónea confianza. Al principio de este período, el perro huye de la casa, bien por instinto, bien por evitar las imprudentes persecuciones con que es asediado; se dirige fuera de los poblados, y corre por el campo desatentado y mordiendo á todo el que encuentra á su paso, muy especialmente á los animales de su propia especie, propagando, por lo tanto, con la inoculación el contagio. ¡Terribles consecuencias que hubieran podido evitarse, si, conocida en su primer período la enfermedad, se hubiera aislado convenientemente al animal!

Haremos, para terminar, algunas consideraciones sobre el tratamiento de la rabia.



UNA BUENA JUGADA, cuadro de G. Harburger

Esta afección es conocida desde la antigüedad más remota, y, ante la ineficacia de los remedios, júzguese cuánto y cuánto no habrá inventado la fecunda imaginación del hombre para combatirla, desde el empirismo más grosero hasta la superstición más absurda. Pero desde Celso, que indicó ya los medios quirúrgicos que hoy usamos, la ciencia no ha dado un solo paso y únicamente en el fuego aplicado con prontitud por inclemente mano encuentra el medio seguro de salvar á la víctima de tan funesta dolencia (1).

Como curiosidad solamente, citaremos algunos de los diversos medios, que en toda época han aplicado la Medicina y el vulgo para combatir la rabia. Aunque parece ocioso darlos á conocer, no lo es tanto si se considera que la destrucción de los errores no tiene sólo un valor negativo, sino que contribuye á que no se pierda un tiempo precioso en el que pudieran emplearse los procedimientos quirúrgicos, únicos eficaces, únicos indiscutibles en el tratamiento de la rabia.

El mismo Celso, partiendo del error de que el rabioso muere por no beber agua, aconsejaba que al individuo en ese estado se le arrojase á un depósito ó estanque de agua fría sumergiéndole hasta el fondo y sacándole á la superficie en el momento en que fuera á sobrevenir la asfixia, para volverlo á sumergir de nuevo, «á fin de que se viesen obligados á beber, á pesar de sí mismos, librándose de ese modo á la vez de la sed y del horror al agua.» Despues de este *humanitario* tratamiento, hacía arropar á los enfermos para procurar una reacción favorable.



EL MAYOR DE LOS AMORES, cuadro de Eugenio Klimich

No es muy explícita la historia sobre los resultados de este medio curativo; pero, al ver que ni aun lo citan los autores posteriores á Celso, es de presumir que no realizara muchas curas, no haciendo tampoco demasiados prosélitos; pues, por bárbaro que fuera el tratamiento, seguramente no hubiese sido desechado ni entonces ni ahora si el éxito lo hubiera coronado.

Ni las sangrías hasta producir el desmayo, ni la inyección de agua en las venas, ni las fricciones mercuriales, ni el opio á altas dosis, ni el cloral, ni otros mil procedimientos, desgraciadas tentativas de la ciencia en unos casos, vil especulación de descarada ignorancia en otros... nada sirve para curar ni aun para atenuar los efectos de la inoculación del virus lísico.

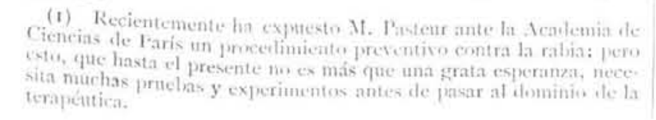
De ese infinito número de recetas contra la rabia que han venido amontonándose durante diez y ocho siglos, no todas son inofensivas, y algunas hay que más parecen destinadas á propagar el mal que á combatirlo. Entre estas últimas, mencionaremos la de hacer comer el hígado crudo ó cualquiera otra víscera del animal rabioso; otras veces la cabeza, cruda también pues en punto á remedios vulgares, parece que su eficacia debe correr parejas con la repugnancia que inspiren; y por último, y esto es lo más singular, la misma baba recogida de debajo de la lengua del animal rabioso, extraña terapéutica, que parece inspirada por algún espíritu sarcástico, curioso de hallar el límite, nunca asequible, de la estupidez humana.

La superstición, que tanto influye en el hombre, ha representado y representa todavía no escaso papel en el tratamiento de la rabia. No discutiremos la eficacia de ciertos amuletos, ni el poder milagroso de San Huberto. Comprendemos cuán consoladora es la fe para el creyente y cuánto contribuye á hacerle sobrellevar sus infortunios; pero las prácticas supersticiosas tienen un gravísimo peligro, cual es el hacer perder el tiempo que es tan contado en la terapéutica de la rabia.

El único medio, el único, entiéndase bien, que hasta hoy se conoce para impedir los efectos de la mordedura del animal que rabia, es la cauterización rápida, profunda y con el hierro candente. Los cauterios potenciales (nitrato de plata, ácidos concentrados, etc.) son poco eficaces, y tienen el grave inconveniente de inspirar una confianza peligrosa, perdiéndose de un modo irreparable la ocasión oportuna, el momento preciso. Mordido un individuo por un animal rabioso,—sospechoso solamente—debe procederse en el acto á la cauterización de la parte herida con un hierro al rojo, sin lástima, sin vacilación. La compasión en estos casos es crueldad, más aun, es un crimen. En tanto que el médico no viene, cauterice cualquiera, si tiene valor, y, sino, lávese la herida con agua abundante, déjese correr la sangre y líguese el miembro para impedir la circulación. Si la herida es pequeña, debe dilatarse para favorecer la salida del virus. Hecho esto, cauterizada con *caritativa crueldad* la mordedura, ya no hay peligro: el individuo está salvado. No se olvide que OBRAR MAS PRONTO ES OBRAR MEJOR. En cambio si el remedio casero, el miedo ó la ignorancia hacen perder los primeros instantes, en balde es acudir á la Medicina casi impotente por desgracia contra esta espantosa enfermedad.

DR. A. FERNANDEZ-CARO.

EL RENTISTA Y SUS AMIGOS, cuadro de C. J. Arnold



(1) Recientemente ha expuesto M. Pasteur ante la Academia de Ciencias de París un procedimiento preventivo contra la rabia: pero esto, que hasta el presente no es más que una grata esperanza, necesita muchas pruebas y experimentos antes de pasar al dominio de la terapéutica.



Viaje á Filipinas. – Chino recién llegado y chino establecido

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

En las últimas horas de la noche es principalmente cuando esta naturaleza seductora adquiere un encanto indecible; entonces es cuando el europeo, trasportado bruscamente á estas regiones, podría creerse juguete de un sueño. Muchas veces, buscando lepidópteros, que no se dejan coger sino á las primeras horas de la mañana, recorro los alrededores de Albay en medio de casetas silenciosas, cuyos habitantes se hallan entregados al sueño, debajo de los *talisays* (1) de sombrío follaje; Venus brilla entonces con tranquilo resplandor, y la luna, en el primer cuarto, proyecta su ceniciento disco sobre una cortina de estrellas. Los cocoteros se destacan en toda su esbeltez sobre una alfombra de arrozales, y el sol, aun invisible, dora con sus primeros reflejos las espesuras que cubren los flancos de Mayón. Estamos en las fiestas de Navidad, y por eso al volver á Albay encuentro una larga procesión de jóvenes veladas que llevan cirios, cuya luz palidece á los primeros albores de la aurora; el cortejo se pierde de vista silenciosamente en la iglesia, cual si le urgiese ocultar á la claridad profana la celebración de los misterios.

Desde que se sabe que nos ocupamos de antropología y que vamos en busca de cráneos, se nos dirigen varios avisos, y no dudamos que la región contiene muchos osarios. Las tradiciones del país son precisas en cuanto á su existencia, pero de una vaguedad que nos desespera por lo que hace al sitio en que se hallan. Llenos de ideas supersticiosas, más bien alimentadas que combatidas por el catolicismo, los indígenas alegan ignorancia cuando se les pregunta con empeño; pero todo parece indicar que encontraremos alguna cosa en la isla de Cagraray, al norte del golfo de Albay. Vamos á explorar la isla, mas el señor Alvarez Guerra, que ha contribuído principalmente á facilitarnos estas indicaciones, no quiere dejarnos ir solos, temiendo que no podamos vencer la repugnancia de nuestros guías. A pesar de sus numerosas ocupaciones, quiere acompañarnos él mismo, con el señor Obregón.

9 setiembre. – Nos embarcamos á las ocho de la mañana en Legaspi, en la falúa del gobierno, montada por doce remeros; esta embarcación, larga y maciza, es un poco pesada, pero muy cómoda. Favorecidos por una ligera brisa del sudoeste, dejamos á babor el estrecho de Sula, costeando al sud de Cagraray; una espesa vegetación nos impide ver nada, y al cabo de hora y media de navegación llegamos á la punta de Cagraray, al sudeste de la isla. En este lugar, la costa, cortada á pico, presenta un alto ribazo calcáreo, orientado al este, que tiene profundos surcos irregulares en toda su longitud. Como tal vez haya cavernas en el fondo de esas aberturas, se da orden de anclar, y procedemos á una detenida inspección, saltando en las anfractuosidades de la roca. A diez metros sobre el nivel del mar, una ancha cornisa sostiene varias moles desprendidas que allí se han aglomerado; pasamos entre ellas, y desde luego vemos una alta cortadura muy estrecha. ¡Oh felicidad! esta grieta, que después se ensancha, nos conduce á una magnífica cámara sepulcral: el suelo está cubierto de osamentas y de cráneos, mezclados con algunos vasos de porcelana china, donde sin duda se depositaba una ofrenda de arroz; la bóveda y las paredes, ocultas bajo largas cortinas de estalactitas, parecen adornadas para una ceremonia fúnebre; la gruta está sumida en una semi oscuridad; y por la abertura que nos dió entrada divísanse las puntas de Batun y de Rapu-Rapu, distinguiéndose más allá el mar sin límites, el inmenso Océano Pacífico. Llegada la noche, los espíritus de todos estos difuntos, según las tradiciones indígenas, deben venir aquí, deslizándose sobre las aguas.

Todas las osamentas son humanas; sólo encontramos en ellas un húmero de quiróptero. Algunas salamandras parecen ser los únicos habitantes de la gruta, que antes de servir de refugio á los muertos debió serlo de los vivos, pues en la pared del fondo se ve uno de esos morteros para mondar el arroz como los que aun se usan en el país.

Estos cráneos, esta bóveda y estas rocas, iluminadas por el claro-oscuro, ofrecen un aspecto tan tranquilo é imponente, que vacilamos algunos instantes antes de perturbar aquel reposo secular; pero ¿qué antropólogo resistiría largo tiempo ante un tesoro semejante? Con no poca alegría reconocemos cráneos magníficos, muy bien conservados, que presentan evidentes deformaciones artificiales, análogas á las que se practican aún hoy en algunos puntos de Borneo. El cráneo de los habitantes actuales de la provincia de Albay no tiene ya tales deformaciones; así como el de todos los malayos, es muy aplanado en su parte posterior; mas no creo que este aplanamiento sea resultado de operaciones practicadas durante la infancia; muy á menudo he penetrado en las casetas y siempre ví á los niños con la cabeza desnuda sin vendaje ni aparato alguno.

Los cráneos recogidos, convenientemente empaquetados, irán á enriquecer las colecciones del Museo, pues el señor Guerra no quiere conservar más que dos ó tres, como recuerdo de nuestra excursión. Los remeros lo trasportan todo con mucha repugnancia á la falúa, y durante esta operación acércase á nosotros una barca, en la que vemos, con no poca satisfacción, al digno Apolonio, cocinero chino de la Casa Real, que nos trae un almuerzo muy á la europea. Apolonio no se ha mostrado jamás tan consumado artista: las viandas frescas y los pasteles desaparecen con singular rapidez, rociados con numerosas copas de la mejor manzanilla, y así celebramos el feliz encuentro del osario, dándole el nombre de *Gruta del Levante*.

Nuestro regreso se hace algo difícil, pues la brisa que nos ha conducido refresca ligeramente, y este fenómeno tan sencillo impresiona á nuestros tripulantes, que ven en esto la influencia evidente de los espíritus perturbados en su reposo. Para distraer á los remeros, el señor Guerra les manda navegar *á la generala*, es decir, como lo hacen los del Sultán cuando conducen á éste desde Dalma-Bagtché á Estambul; pero la embarcación es muy estrecha, y nuestra falúa no avanza mucho por esta maniobra desesperada. Nos resignamos fácilmente, porque no nos faltan ricos cigarros, y porque las horas pasan pronto en el golfo de Albay. No llegamos á Legaspi hasta las once de la noche; de modo que el movimiento, la conversación, y el aire penetrante del mar han contribuído á que sólo conservemos del almuerzo de Apolonio un recuerdo lejano. D. José Ortiz nos espera, y adviértenos que comeremos en su casa. La jornada termina alegremente en la mesa de este caballero y su esposa, que hace los honores con tanta amabilidad como distinción.

Pasamos los días siguientes examinando nuestro botín, y también consagramos algunas horas á la caza, á la pesca, y á las observaciones de todo género; pero como nuestro descubrimiento nos ha hecho tomar el gusto, queremos buscar más cráneos. La resolución del señor Guerra ha roto el encanto, y sin duda la lengua de los indígenas se desatará ahora; pero sobreviene un contratiempo enojoso, y es que el cocinero Apolonio enferma. La noticia de esta indisposición, bastante grave, debida sin duda á alguna falta en el régimen, se extiende por todas partes; los indios ven en ello una manifestación evidente de la venganza de los muertos; y desde entonces todas las bocas se cierran. Bajo el punto de vista de la superstición, los bicols no pueden envidiar nada á nuestros pueblos de Europa; los aparecidos, los fantasmas y los duendes, tienen sus equivalentes así en las Filipinas como en la China. En la provincia de Albay, lo mismo que en otras partes, los fenómenos más naturales revelan siempre la acción de un sér sobrenatural. Llamado cierta noche por una familia indígena para practicar una operación indispensable y urgente, no consigo sin gran esfuerzo que me dejen obrar, pues se ha dado muerte hace poco á una mariposa negra y dos murciélagos, presagio seguro de muerte. Por fortuna, la operación tiene buen éxito, y el enfermo se salva, pero considérase la cura tan sobrenatural como el presagio, y atribúyese á un sortilegio, del que debo tener el secreto; para esta gente tan sencilla é ingenua, todo se explica naturalmente por lo que es menos natural. La ciencia de las matronas es elemental, y la mortandad de las mujeres embarazadas muy considerable: los Bicols atribuyen este sensible resultado á la acción de un espíritu invisible, que por un procedimiento que no se puede describir hiere de muerte á la madre y al hijo. Si no sucede siempre así es porque durante el alumbramiento el padre hace centinela en el tejado de la casa, y esgrimiendo un sable sin cesar en el espacio, consigue muy á menudo dividir en dos al cruel vampiro.

Sin embargo, Apolonio es sometido á un tratamiento enérgico, y como no se puede tener bastante confianza en los muchachos que le sirven para que se cumplan nuestras prescripciones, el señor Guerra le da por enfermero un mediquillo bicol, encargado de la ejecución de nuestras disposiciones. Estos mediquillos, muy ignorantes en cuanto á las teorías europeas, prestan, sin embargo, grandes servicios, pues conocen bastante bien por experiencia la marcha de las principales dolencias del país, como la diarrea y la disentería; y tienen á su disposición en las plantas de la localidad una colección numerosa de amargantes y astringentes, que si bien carecen de la fuerza y precisión de nuestras medicinas, no dejan de producir su efecto. Nuestro mediquillo, D. Pascualito, anciano bicol, flaco y bronceado, se enorgullece al saber que desempeñará su cargo bajo la dirección de dos doctores europeos. Le hemos confiado un termómetro, indicándole el medio de reconocer tres veces diarias la temperatura del enfermo; pero este trabajo no basta para su actividad: al volver á la habitación del enfermo, D. Pascualito nos hace un saludo exagerado, se pone unos anteojos



Viaje á Filipinas. – Una calle de Libog

gigantescos, y como el Leporello de *Don Juan*, desarrolla á nuestra vista una larga faja de papel donde están registradas, medidas, y apreciadas de cuarto en cuarto de hora, las actitudes, las palabras, los suspiros, y hasta las diversas fases del estado moral del enfermo. Bajo los esfuerzos combinados de la medicina europea é indígena, Apolonio recobra muy pronto la salud y vuelve á sus hornillos, desapareciendo con su restablecimiento las inquietudes de los supersticiosos.

(Continuará)

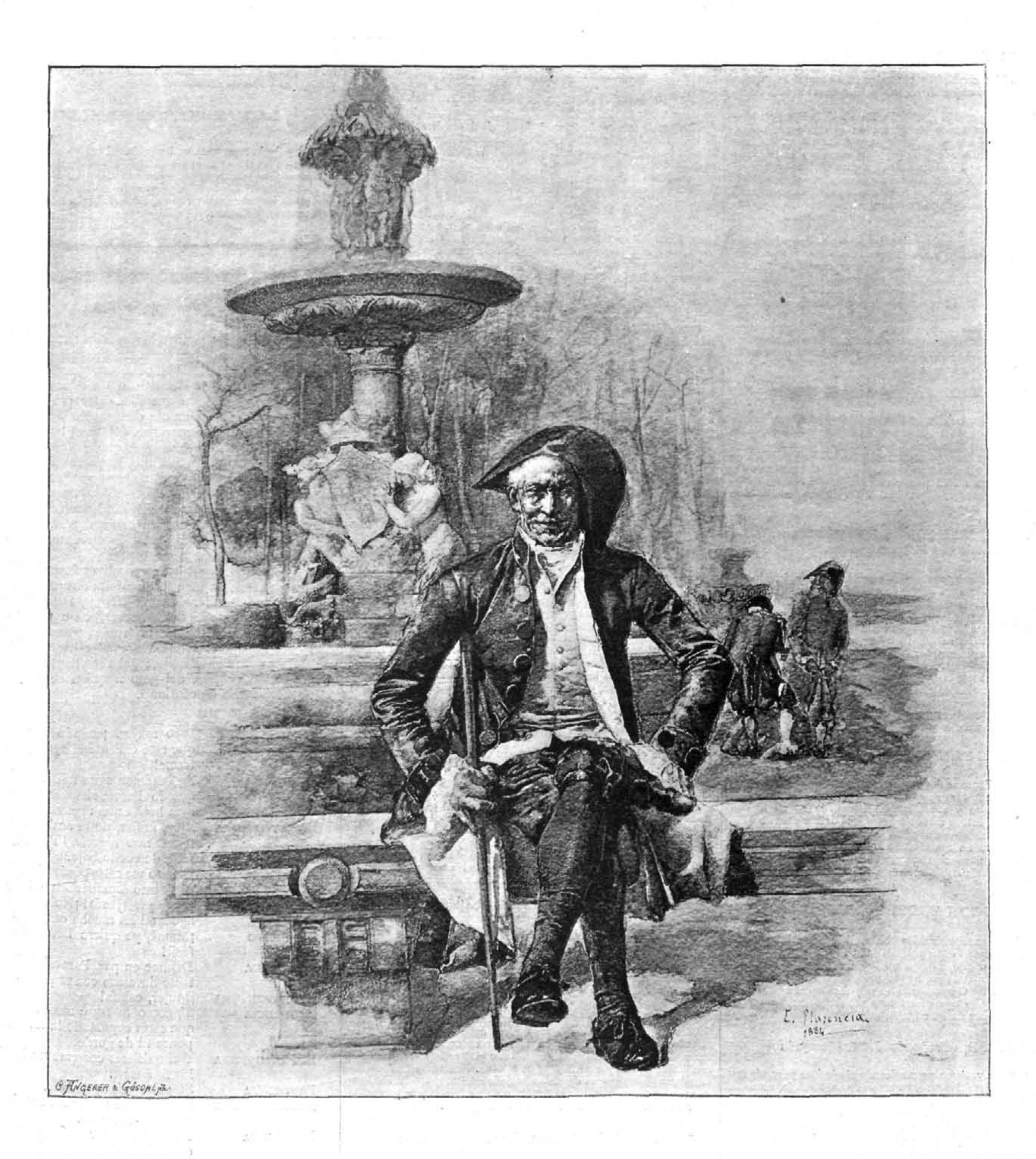
(1) *Terminalia latifolia* (Combretáceas).

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 8 DE MARZO DE 1886— NUM. 219

NUMERO EXTRAORDINARIO.—REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN VIEJO VERDE, copia de una acuarela de C. Plasencia

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UN VIEJO VERDE, acuarela de C. Plasencia

Véanle Vds... Tan coquetón y tan calaverilla como siempre, con todo y peinar canas, ó mejor dicho, no peinar canas ni otra suerte de pelo.

Así lo veía un día y otro el célebre D. Ramón de la Cruz; ocupante impertérrito de un banco de piedra en el Prado madrileño, sonriendo maliciosamente á las pasiegas y á las majas, dispuesto á desempeñar el entonces común papel de cortejo y sosteniendo que los jóvenes *menores de sesenta años* eran unos enclenques incapaces de cosa de provecho. El obsequiaba con panales á las niñeras y amas de leche, él frecuentaba los tendidos en compañía de chisperos y mozas de garbo, él asistía á todos los corrales en que actuaban cómicas frágiles y no se desdeñaba de frecuentar los bailes de candil en que se jaleaba por lo fino.

Plasencia ha dado forma á ese tipo de que están llenos los argumentos del ilustre *sainetista*, y aun cuando ni el pintor le ha conocido, por fortuna suya, ni nosotros tampoco, por suerte nuestra, así debió ser ni más ni menos, en los buenos tiempos del Sr. D. Carlos IV, que es cuando los viejos verdes han sido más verdes y más ridículos. En la edad presente el tipo tiende á disminuir: no diremos que se ha extinguido la casta, porque la de los tontos es inextinguible; pero al presumido seductor de Plasencia ha reemplazado el banquero, que, en materia de conquistas, acepta la teoría del célebre monarca macedónico: no hay fortaleza inexpugnable si se puede hacer penetrar en ella una acémila cargada de oro.

LES ÉGOUTIERS, cuadro de R. Ribera

El título de esta composición no tiene palabra equivalente en castellano, sin duda porque tampoco tienen equivalencia ó analogía las cloacas de París con las cloacas de España. Los *égoutiers* son aquellos hombres que, con buena ó mala intención, viven ó trabajan en los inmundos receptáculos de las aguas sucias y pluviales. Esta clase de seres son ciertamente bien poco artísticos; pero la notable ejecución realista que ha impreso en su obra el Sr. Ribera, recomienda para ella el honor de la popularidad.

UN DRAMA EN EL DESIERTO, cuadro de E. Kaemp Her.

Raras veces un pintor ha conseguido mayor efecto empleando menos suma de medios. Ningún objeto ajeno á la escena representada, ningún detalle, distrae la vista del drama que tiene lugar en el desierto.

El cazador de leones ha hundido su lanza en la garganta de la fiera; ésta es implacable en su odio; pero á punto de dar muerte á su enemigo, fáltanla las fuerzas; las fauces abiertas para devorar, dan paso al estertor de la agonía.

La simplicidad con que está ejecutado el asunto, contribuye poderosamente á la impresión que produce. El autor ha despreciado en este cuadro los recursos vulgares, fiándolo todo á su fuerza de ejecución. Esto no es dable á las vulgaridades; la sobriedad en los medios empleados está en razón directa de la potencia del artista.

LA NOCHE DE SAN JUAN, cuadro de J. Bretón

El autor de este lienzo es dos veces poeta, cuando escribe y cuando pinta. Tiene compuesta una poesía descriptiva del asunto á que se refiere este cuadro y sobre ella ha basado la escena que en aquél se representa, escena común á todos los pueblos y á la cual se entregan con gran confianza las niñas casaderas, ni más ni menos que si San Juan fuera un casamentero de profesión. El artista ha dado á su obra una animación extraordinaria, justificando una vez más cuán digno es de la doble corona que le han ceñido la poesía y el arte.

PESCADORES CON ANZUELO, dibujo de Jiménez

Tres tipos sicilianos reproducidos con verdad suma. Dícese que los pescadores con anzuelo dan pruebas de una paciencia inagotable. El autor de nuestro dibujo, á quien no le debe escasear cuando tan buen estudio ha hecho del tipo, ha plantado, como si dijéramos, tres mojones en el mar. En él se pasarán horas y más horas aguardando á que el pez pique, y lo que picará más probablemente es un sol bastante y sobrado para darles un tabardillo.

EL AZUD, dibujo de J. M. Marqués

Hace tiempo que venimos pronosticando el glorioso porvenir que aguarda al joven pintor tortosino: cada una de sus obras nos confirma más y más en nuestra opinión, porque en cada una de ellas observamos un adelanto. Marqués no tiene escuela especial, por la sencilla razón de que puede decirse de él que no ha tenido maestro. No es esto, sin embargo, bastante exacto: el maestro de nuestro artista es un maestro infalible, pacientísimo, de caudal inagotable, en cuyo estudio se han formado los grandes artistas todos: se llama la Naturaleza.

Marqués la contempla, la saborea, la siente; y en este estado de observación y de inspiración la reproduce, unas veces tal como es realmente, otras veces tal como la ven sus ojos de artista, bella ó embellecida; pero siempre natural, verdadera, animada por su propia fuerza de vida, llena de ambiente, de luz y de armonía.

Ejemplo el dibujo que publicamos: este paisaje no puede confundirse con una fotografía; entre esos árboles cruza el aire, de ese azud salta el agua que vemos correr rápidamente, espumosa, mugidora; esos árboles se balancean muellemente; es la naturaleza funcionando y en este estado sorprendida por el artista.

Continúe Marqués por tan buena senda; observe mucho, estudie mucho y, sobre todo, no cambie de maestro.

SILENO MODERNO, copia de una pintura de E. Sala

Dícese que el Carnaval autoriza muchas libertades. Esto podrá ser cierto, pero no es menos condenable, cuando la libertad degenera en licencia y el licencioso no es ya un estudiante barbilampiño, cuya cabeza han exaltado bien el alcohol del *fine-champagne*, bien los ojos, más incendiarios aún, de alguna pierrotina sentimental ó tití frágil.

Pero cuando se trata de un hombre serio, baqueteado y á quien ya no abona la menor edad, ni el Carnaval ni la Cuaresma excusan su ridículo proceder. La mejor manera de curar sus excesos es reproducirle, como en un espejo, para que se contemple á sí mismo cuando haya pasado la borrasca. Esta obra meritoria ha llevado á cabo el autor de nuestro cuadro: si con ella no se alivia, tiene necesidad de ingresar en el hospital de incurables. Por la ejecución del asunto felicitamos de todas veras al señor Sala, uno de nuestros más notables coloristas.

PELANDO LA PAVA, cuadro de García y Ramos

Esta composición de costumbres andaluzas está hecha con conocimiento de causa; su autor debe haber presenciado más de una vez la escena que representa. Tiene sabor local, y si la decoración es característica, las figuras tienen todo el aire de los hijos de esa excepcional región española. El cuadro del señor García y Ramos es con justicia merecedor del aplauso de todos los inteligentes.

DERECHO DE PRIMACÍA, *copia del cuadro de Guido de Maffei.*

El autor de este cuadro, uno de los discípulos más sobresalientes de la Academia de Munich, ha alcanzado merecido renombre por el inimitable acierto con que en sus lienzos reproduce las más variadas especies de las faunas terrestre y aérea. Por la inteligencia y verdad con que pinta las aves de plumajes más variados así como los cuadrúpedos de más abigarrado ó espeso pelaje, se le considera como hábil especialista en este género. El grabado que hoy publicamos, copia de uno de los últimos lienzos de este aventajado artista, prueba hasta qué punto es fundada la justa fama de que goza en su país el Sr. Maffei. Por lo demás, creemos ociosa toda explicación del asunto en que el pintor se ha inspirado, pues basta examinar un momento el grabado para comprender por la actitud expresiva de los animales la causa que motiva la reclamación del *derecho de primacía.*

ORA PRO NOBIS, cuadro de Domingo Morelli

Esta verdadera obra de arte respira sentimiento; pero un sentimiento profundo y que pudiéramos calificar de erudito. Con efecto, la Virgen se apoya ó se levanta de entre un grupo de flores: su semblante es hermoso, pero de una hermosura no exenta de tristeza, como la del divino niño que estrecha entre sus brazos. Parece que ambos tienen el presentimiento de su destino. El Jesús de Morelli no es, tampoco, un niño sonrosado y mofletudo como le pintan artistas vulgares; al contrario, es una de esas criaturas en las cuales domina la inteligencia sobre la materia, cuya vida se halla concentrada en los ojos y cuya actitud de brazos diríase que preludia el futuro suplicio.

Este cuadro, bien concebido y ejecutado á conciencia, fué adquirido por la princesa Sirignano, y es una de las joyas de su galería de París.

¿ME LO CUENTA V. Á MÍ?... dibujo de A. Fabrés

En el patio de una casa que dista mucho de ser un palacio, ha colocado Fabrés una deliciosa pareja, rica de juventud, palpitante de verdad, saturada de intención. Que el joven requiebra á la doncella, está á la vista; que la muchacha no se traga el anzuelo, lo dice harto claramente la expresión de incredulidad que denota su semblante. Por lo demás son jóvenes y juegan con el amor... Milagro será que existiendo en contacto fuego y estopa, no se produzca una llama.

Esta composición es notabilísima por la naturalidad de sus personajes, ejecutados con la delicadeza, cariño y perfección que Fabrés imprime á todas sus obras. Nuestro compatriota posee el don de reproducir como pocos la parte íntima, la nota dominante del sentimiento de sus personajes: ninguno que los examine puede equivocarse; antes bien cuanto más se fija la vista en ellos, van adquiriendo relieve mayor y aquella nota vibra con tal fuerza, que ni profanos ni entendidos pueden confundirla con otra alguna.

¡ABSUELTO!..... cuadro de Fernando Brutt

Un acusado político ha comparecido ante sus jueces: al pie de la escalera del palacio en que el tribunal se reune, una mujer joven y apenada, una criatura inocente y angelical, tienen fija la vista en la puerta que da paso á curiales, litigantes y curiosos. Arriba se decide de la libertad de un hombre: abajo agonizan su esposa y su hija.

Trascurrieron minutos largos como horas y horas largas como días... De pronto un hombre, joven y pálido de emoción, se precipita por la escalera, y un momento después el amor y la felicidad forman el grupo más interesante que puede concebir un corazón sensible.

El cuadro de Brutt es una obra magistral: ajustado á la más estricta verdad, está saturado de poesía: la satisfacción con que se contempla es de aquella que hace arrancar lágrimas á los ojos de toda persona sensible.

GRUPO DE FIGURAS DE ARCILLA, de Federico Leighton

Federico Leighton, cuyos trabajos se distinguen por la corrección del dibujo y la naturalidad de las formas, debe este resultado á su método especial, consistente en moldear en arcilla las figuras de sus modelos, para estudiarlas después con el detenimiento que debe conducirle á la mayor perfección de su obra. Nuestro grabado representa uno de los grupos de ese aventajado artista, grupo verdaderamente escultórico que, por lo exquisito de las formas y la pureza de los contornos, llama la atención de los inteligentes.

VICTA, busto en mármol por Feraze

Entre las obras más notables debidas al cincel de este hábil escultor italiano, que á pesar de su juventud se ha dado á conocer ya ventajosamente, figuran en primer término sus bustos ideales, algunos de ellos expuestos últimamente en Londres. El que más ha llamado la atención de los inteligentes es el que lleva por título *Victa*, del cual reproducimos una copia en nuestra ILUSTRACIÓN. Este busto, de tamaño algo mayor que el natural, es de una mujer de nobles facciones y altiva mirada, en la cual el artista parece haber querido representar á Polonia vencida, por cuyo motivo se la ha dado el nombre que lleva. Nada más acabado que esta obra maestra, en la que se creería reconocer la influencia de Miguel Angel y el armónico conjunto de Venus de Milo; si no fuera porque sus formas tienen cierta voluptuosidad impropia del tipo que el autor ha querido idealizar.

EL DÍA DEL SEÑOR, cuadro de J. Scheurenberg

Nos cabe la satisfacción de poder incluir entre nuestros grabados una copia del encomiado cuadro del pintor alemán Scheurenberg, cuyas obras son tan apreciadas. De las condiciones artísticas de este lienzo, únicamente debemos decir en su elogio que la acreditada revista *El Arte para todos* ha publicado recientemente una copia de él, y ya es sabida la escrupulosidad con que esta publicación da acogida en sus páginas á las reproducciones de las obras contemporáneas.

CABEZA DE ANCIANO, de Leonardo de Vinci

Leonardo de Vinci es sin disputa uno de los príncipes de la escuela pictórica italiana. A una potencia de concepción altísima y á una forma intachable, unía un talento analítico evidenciado en todas y cada una de sus obras. La que hoy publicamos, que es de admirar en el Museo Británico, demuestra hasta qué punto se complacía en aumentar dificultades para vencerlas á fuerza de talento.

Así, en esa cabeza de anciano suprimió el gran Leonardo todo accesorio que pudiera disminuir la importancia del estudio; pelo, cabello, cuanto tendiera á ocultar la osamenta, que resulta neta y tan bien entendida como pudiera estarlo si se hubiera ejecutado bajo la dirección del más consumado profesor de anatomía. Los inteligentes admiran esta obra y la consideran un modelo de estudio y de talento. Muy bien debía parecerle, asimismo, á su autor cuando la reprodujo en varios de sus lienzos.

LA MADONA DEL GRAN DUCA

Este grabado representa un bosquejo del cuadro que admiran los amantes de las artes en el palacio Pitti de Florencia. Es un lienzo de reconocido mérito y gran valor, que tiene marcadas afinidades con la factura de Leonardo de Vinci. Si no se debe, realmente, á este autor, no cabe duda en que debió serlo algún maestro eminente de la escuela florentina.

UNA EXCURSIÓN DOMINGUERA

(Cuadro de familia)

Llegó por fin el domingo tantas veces anunciado por don Buenaventura, y con tanta impaciencia esperado por su mujer y sus hijos. El sol, bostezando por detrás de las sonrosadas cortinillas del balcón de la aurora, parecía prometer al mundo un apacible calor primaveral, y á nuestros amigos un buen día de Aranjuez, cuando doña Prudencia, llena de su nombre, dejaba el lecho para preparar lo necesario. Poco después que ella empezase á poner la blusa de gala á Ricardito, metía D. Buenaventura piernas y barriga en los pantalones que el sastre del portal arregló dos días antes, y Amalia, ajustándose la bata de percal, levantaba la cortinilla del balcón de la sala para ver si estaba de llover, según decía, ó para observar si había llegado Alfredo al portal de enfrente, según para sus adentros deseaba.

Empezaron entonces los preparativos formales: D. Buenaventura corría en mangas de camisa de una parte á otra; encendía doña Prudencia con fósforos y trapos la lumbre para el chocolate, que debían tomar en casa por economía; y Amalia se arreglaba las rubias trenzas de modo que pareciese que estaban sin arreglar; mientras Ricardito, pegando patadas en el suelo, regaba con llanto un arañazo, demostración pacífica del gato á quien se empeñó en poner en dos pies de centinela.

BUENAVENTURA. Pero mujer, ¡cuándo querrá Dios que esté caliente el agua para afeitarme!

PRUDENCIA Aféitate con agua fría. Para lo bien que lo haces: siempre vas con la cara hecha una regadera de sangre.

BUENAVENTURA Bien, mujer, no te acalores. (*Revolviendo una cómoda.*) Pero, ¿y la camisa de cuello bajo?

PRUDENCIA ¡Bueno me estás poniendo ese cajón con tanto escarbar en él! Quítate, porque... ¡Jesús! ¡No sé como una aguanta! Es mucha casa esta.

RICARDITO ¡Mamá, yo quiero llevar el ros y el fusil!

PRUDENCIA Déjame en paz. Para adefesios, bastante llevamos con tu padre.

BUENAVENTURA ¡Mujer, calma!

PRUDENCIA Sí, como la tuya: media hora hace que estás cepillando la levita. Así te pones tú de gordo.

BUENAVENTURA Y si quisieras coserme un botón de los tirantes...

PRUDENCIA Sí, entre prisa y prisa...

BUENAVENTURA Pero hija, se me van á caer los pantalones en la calle.

PRUDENCIA Ponte un alfiler. Ahora estoy muy ocupada. ¡Pobrecito! ¡picarón! que tiras todos los cañamones. (*Llenando el comedero al canario.*)

BUENAVENTURA Me parece que nos va á hacer buen día; en los jardines de Aranjuez estará delicioso.

PRUD. Eso es lo que tú sientes: si en lugar de ir con tu mujer y tus hijos fueses con alguna perdida...

BUENAV. ¡Ave María Purísima! ¡mujer, qué cosas tienes!

PRUD. ¿Llaman? Amalia, ves á abrir.

AMALIA *(Desde la alcoba.)* No puedo, mamá, que me estoy vistiendo.

PRUD. Abriré yo: ¿quién? *(Asomando al ventanillo.)* No señor: ya podía usted haber visto que este es el segundo. ¡Insolente! ¡mala lengua! Buenaventura, sal con un palo, que ese hombre me ha llamado vieja.

BUENAV. Déjale, mujer, que después de todo no eres ninguna chiquilla, y al fin y al cabo...

PRUD. ¡Majadero! Otra vez la campanilla. Si quisiera Dios que se os cayese en la cabeza.

BUENAV. Me parece que es el aguador. ¡Pícaro zapatero! ¡vaya unas botas! nada, no entran: tendré que llevar las viejas.

PRUD. *(Al aguador que sale con la cuba vacía.)* Ya podía V. haber venido más temprano, lo tengo dicho cien veces.

AGUADOR Tuvimos fuegu esta noche, y llevárunnus los cívicos de aquí para allá.

Estos razonamientos tenía la familia, y estando por fin todos preparados para la expedición, fuéronse acercando hacia la puerta. Doña Prudencia había dejado al gato comida para todo el día, y de las llaves de la casa pensaba encargar al tocinero de enfrente, que era hombre de confianza. No hay que decir, por supuesto, que Ricardito llevaba el ros de cartón y el sable de hojalata: mis oyentes saben que cuando los niños se empeñan en una cosa, son como los periodistas de oposición cuando empiezan á asegurar que hay crisis: por más azotes que lleven unos y otros, aquellos se salen con su capricho y estos hacen bambolearse el gabinete más enganchado en la poltrona.

– Muy de prisa tenemos que andar para llegar á tiempo, – decía D. Buenaventura, mirando el reloj.

– Si tú no fueras tan posma, – contestaba su mujer, – tiempo nos hubiera sobrado.

– Pero si he concluído antes que tú.

– ¡Eh! basta. Mira, aquí hay un coche, vamos á tomarle.



LES ÉGOUTIERS, cuadro de R. Rivera

– ¡Hija! ¡una peseta más! ¡no aumentes los gastos!

– Qué gastos ni que... En un día como hoy es preciso ser generosos; y así también verán las del escribano de enfrente que vivimos como las personas de tono.

Convencido D. Buenaventura por el modo con que su mujer pronunció aquello del tono, dejóse llevar á la portezuela del coche. Violos abrir el cochero inmóvil en su puesto, pero al oir la voz de D. Buenaventura que decía «al ferrocarril» en acento de amo, contestó con la misma imperturbable serenidad: «está alquilado, señoritu.»

– ¡Cómo! – exclamó doña Prudencia; – ¿y esa bandera no dice «se alquila?»

– Es que olvidóseme quitarla.

– Anda, Buenaventura, arriba: – siguió Prudencia, empujando á su marido, – y dejémonos de cuentos.

– ¡Pero señurita, si está tan léjos y son tantos!

– Yo te daré propina, – interrumpió nuestro padre de familia, añadiendo en voz baja con un suspiro: ¡otros cuatro cuartos más! ¡cuánto gasto inútil!

– Mamá, – gritaba Ricardito, – yo quiero ir en el pescante; yo quiero el látigo para arrear el caballo.

En fin, acomodáronse todos, y echaron á andar camino de lo que fué puerta de Atocha.

Se me olvidaba decir que detrás de nuestro coche iba otro. Por la ventanilla de éste asomaba de vez en cuando una cara con lentes y bigote, y por la del primero salía también al mismo tiempo la cabeza de Amalia, y aquella cara y esta cabeza se miraban con un gusto y un aquel, que me daban ganas de tener novia.

De repente, ¡oh dolor! sálese una rueda de su sitio y quédase el coche tumbado en medio del arroyo. Allí fueron las quejas de Prudencia, allí los lamentos de D. Buenaventura y los lloros de Amalia, hasta que un joven de lentes y bigote, ayudado de dos guardias civiles, los sacó de tan estrecha y maltratada cárcel.

Era preciso seguir á pie, y faltaba la mitad de la calle de Atocha. A los pocos pasos, aparece un señor de grave aspecto, dirígese derechito á D. Buenaventura y exclama:

– ¡Amigo mío! ¡cuánto me alegro de encontrar á V.! he estado buscándole para hablarle de un negocio hace dos semanas.

BUENAV. *(Con aire tímido.)* Ahora voy á Aranjuez y...

EL AMIGO Una palabra nada más, con permiso de la señora.

El amigo se lleva á parte á Buenaventura.

Pásase un cuarto de hora discutiendo acaloradamente.

Prudencia muerde el pañuelo y rompe el abanico; y Ricardito tira de la levita á su papá, gritando: que yo quiero ir al vapor.

Por fin se despiden. – ¡Jesús, creí que no acababas! – dijo doña Prudencia.

UN DRAMA EN EL DESIERTO, cuadro de E. Kaemp Her

— Mujer, ha sido mi jefe, ya ves tú que al cabo...

Escena final: delante de la estación del ferrocarril.

Prud. — ¿Se oye una campana?

Amalia. — Sí, estarán tocando á misa en Atocha.

Buenav. — No: debe ser algún aviso: es en la estación. Apretemos el paso, no cierren el despacho.

Ricar. — ¡Ay papá! mira, mira, una máquina que sale, ¡qué bonito! ¡cómo corre! ¡cuántos coches lleva!

Prud. — ¡Maldición! Ya se marcha el tren; por tí, por tí nos sucede eso.

Buenav. — Bien, mujer; otro día iremos. Tableau.

Prudencia vuelve la cara hacia Madrid con un hocico de tres varas.

Buenaventura se sonríe con la expresión de un bienaventurado: Amalia mira de cuando en cuando al de los lentes, y Ricardito grita: «que yo quiero ir en el vapor.»

Marcos Calvo y Bustamante



La noche de San Juan, cuadro de Julio Bretón



NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

por don J. Ortega Munilla

(Continuación)

— Sí, amigo mío; si V. quiere, porque yo he venido á Madrid exclusivamente para buscarle. No ignora usted, — añadió, resolviéndose á decir cuanto sabía, — la grande amistad que me une con su padre de V., cuántos favores me ha hecho durante su vida toda. Por eso me ha confiado el encargo de buscar á V. y de...

— Me maravilla lo que V. dice. ¿Para cuándo ha guardado mi padre su ternura?

— ¡Ah, querido Angel! es V. injusto con su padre. El le ama á V. muchísimo y desea vivamente que regrese usted á su casa.

— Sí, ciertamente que eso sería muy dramático. ¡Representar la parábola del hijo pródigo! Mas si aquí no hay hijo pródigo, ¿cómo hemos de inventarle?

— Sus instrucciones respecto á este particular han sido concretas, — continuó Viladi, sin tomar acta de las amargas palabras del joven. — «Busca á Angel, me dijo; comunícale mi deseo de volver á verle. Y si no cede, si se obstina, si no acepta lo que mi carta le propone, entonces...»

— Entonces, le encargaría á V. que me pegase en su nombre otra bofetada. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

— ¡Angel! — exclamó Viladi: poniéndose de pie. — Usted no olvida nunca los agravios.

— ¡Algunos jamás! — respondió con calma y serenidad suma Armengol.

Viladi volvió á sentarse.

— En el triste caso de que V. no acepte su perdón, me encargó le manifestase que está decidido á casarse.

— ¿A casarse? sea enhorabuena.

— Vive solo, no tiene á su lado una persona con quien le liguen otros lazos que los del interés. Esto es horrible cuando ya blanquean las canas sobre nuestras sienes.

— Pues aplaudo su resolución. ¿Y quién es la feliz mujer?

— Lo ignoro... Pero, Angel, Angel! ¿Ha pensado usted bien en su situación? ¿Por qué empeñarse en labrar la propia desgracia?

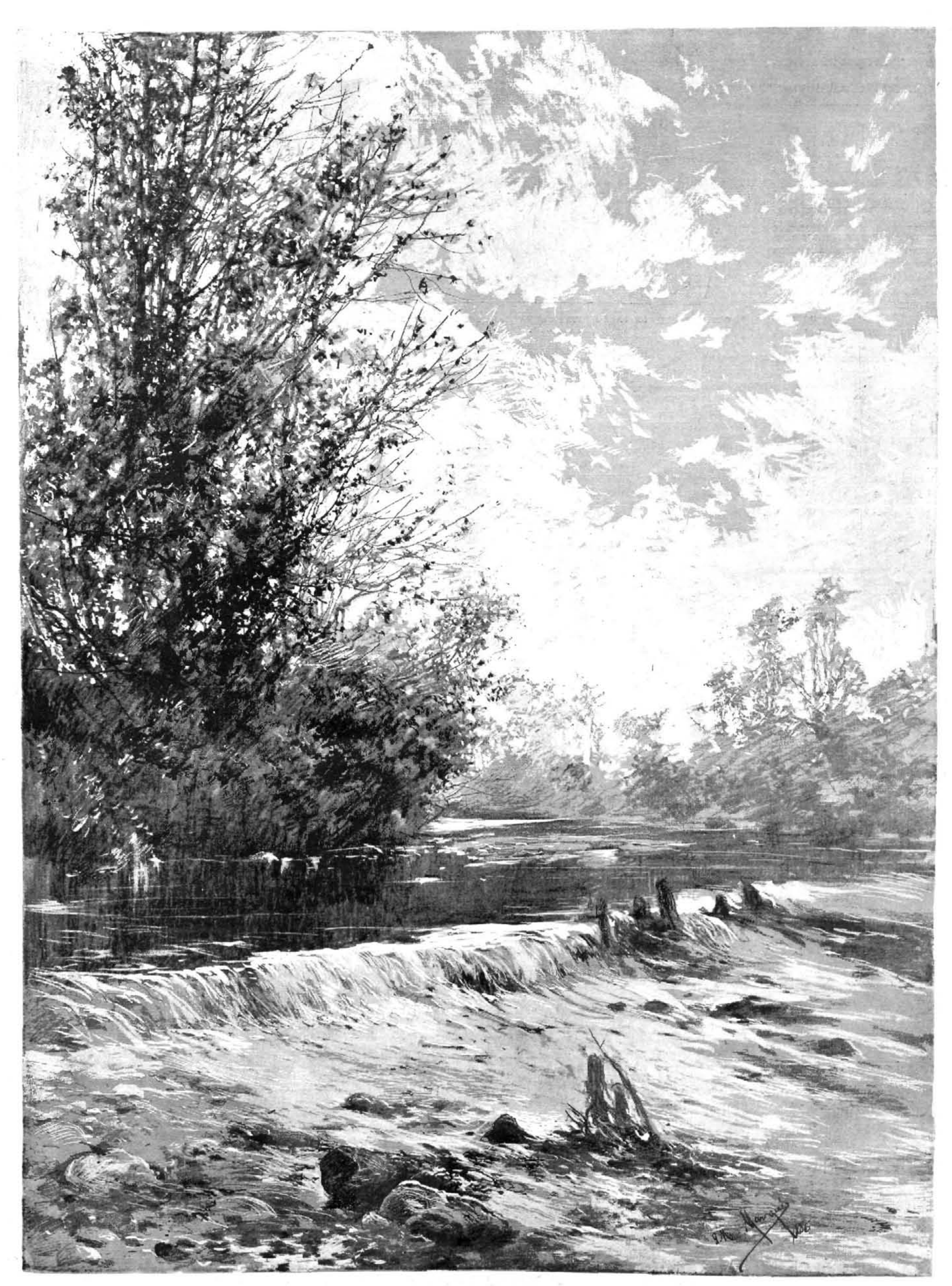
— Así lo quiere el hado, — repuso Angel usando aquel tono de fina broma que acostumbraba á emplear.

— Me voy con el corazón destrozado, amigo querido.

— Hace V. mal. Eso consiste en que V. ve en mí un hombre miserable, sin alma casi, un ogro en quien jamás tuvieron arraigo los dulces sentimientos de la familia. ¡Ay Viladi! no es eso, no es eso.

— Ni yo le juzgo de esa manera. Sé que es V. un amable joven, un gran corazón; pero sé también que ahora confunde V. el sentimiento de la dignidad con una intransigencia poco cristiana... En fin, V. se ha decidido y fuera vano tratar de disuadirle... Su padre de V., que es hombre prevenido, me ha dado esta carta para usted.

PESCADORES CON ANZUELO, dibujo de Hector Jiménez



EL AZUD, dibujo de J. M. Marqués



GRUPO ESCULTÓRICO PARA SERVIR DE REMATE AL ARCO DE TRIUNFO DE PARÍS (boceto de A. Falguière)

– ¿Otra carta? – exclamó Angel tomando la que le presentaba Viladi.

– Sí, una segunda carta.

– Vamos, un *ultimatum*, como se dice en términos de diplomacia.

– Y me marcho. Adiós, querido amigo, adiós. Creo innecesario repetir á V. mis ofrecimientos de siempre. Me inspira V. grandísimas simpatías. Adiós.

Angel estrechó la mano de Viladi y le acompañó hasta la salida de la escalera.

Cuando Viladi llegó á la calle lanzó un hondo suspiro de su pecho, y dijo:

– ¡Qué corazón de hielo, Dios mío! ¡qué hombre de mármol!

El hombre de mármol rompió el sobre de la carta, pero como ya estaba oscureciendo, fué necesario que buscase una luz y la encendiera.

Entonces se aproximó á la mesa y leyó la siguiente lacónica misiva:

«Si Viladi te da esta carta, será porque ha agotado antes todos sus recursos para hallar entre las cenizas de tu amor filial, un resto, un solo resto que te hablara de tu padre. Adiós, hijo, adiós. Lo que has hecho es horrible. Has asesinado todas mis esperanzas.»

Mudo, pensativo y sombrío quedó Armengol cuando hubo leído el papel, y con los codos apoyados en la mesa y la cabeza en las manos permaneció un buen espacio de tiempo.

Después dió más luz al quinqué y buscó un libro en una pequeña maleta que había debajo de la cama.

Sentóse junto á la mesa y se puso á leer.

Aquel libro contenía las tragedias de Shakespeare.

Armengol abrió el libro por la parte donde estaba el Hamlet y fijó sus ojos en el sintético verso inglés:

Ser ó no ser: ¡esta es la cuestión!

VI

BATALLA. — MONÓLOGO

Aunque Armengol estaba dotado de una excelente naturaleza, con todo, las privaciones, las amarguras, los sufrimientos acabaron por echar por tierra la fábrica tan hermosa de su cuerpo sensible y delicado.

¡Quién le hubiera visto en la época á que vamos refiriéndonos!

Los cabellos de su cabeza se hallaban en un estado de descuido lamentable, así como su barba, antes tan reluciente y perfumada. El color de su rostro tenía esa palidez mate y blanquecina que hace recordar la piel apergaminada y sin vida de uno que dejó de existir. Los huesos se dejaban traslucir fácilmente bajo la fina epidermis que revestía sus miembros. Sólo dos cosas hacían simpático y hermoso á Armengol, resto de sus antiguos varoniles encantos: sus ojos, que con la fiebre habían tomado mayor fulgor y más profunda negrura, y su boca, cuya sonrisa era cada vez más dulce y cariñosa, á medida que daba un paso en el vía-crucis de la desgracia.

Por fin, no pudiendo nuestro joven soportar en pie el peso de su infortunio y su miseria, después de unos días de lucha horrible consigo mismo, decidió guardar cama y se dispuso á morir descontento de todo el mundo, á cuyas puertas había llamado con dignidad antes de su postrera resolución de abandonarse resignadamente al torrente de la inhumana desventura.

Pasó algunos días siendo víctima de la fiebre más contumaz que puede imaginarse. Nadie, si no era su conciencia pura y tranquila, le hacía compañía ni le prodigaba consuelos en medio de su soledad y abandono. Y aunque veía por momentos acercársele el fin de su existencia, no se curaba de ello, decidido como estaba á no transigir con ninguna cosa que menoscabara su orgullo de granito.

El se decía á veces en són de reproche:

—¿Pero no soy joven? ¿no poseo riquezas? Yo bien puedo trabajar en algún empleo digno que me proporcione lo suficiente para vivir; y si ésto no, ¿por qué no he de pedir á mi padre eso mismo que había de ganar con el sudor de mi frente, ya que tarde ó temprano todo lo que él posee habrá de venir á mis manos?

Mas á seguida que se dirigía interiormente estas preguntas, aparecía su vanidad, algún tanto disculpable por la educación especial que había recibido desde su niñez, respondiéndole en sentido siempre contrario, triste, abrumador y desesperante.

Armengol jamás pediría dinero alguno ni por nada del mundo á su padre, ni tampoco se avendría á solicitar, sombrero en mano, un destino, un empleo, un cargo que no había de desempeñar á conciencia por su falta de saber en este género de ocupaciones, y opuesto en absoluto á su carácter independiente, superior y nada rastrero ó rutinario.

Sus amigos no había para qué contar con ellos; desde que llevaba género de vida oscura y estrecha que hemos visto, no había echado los ojos encima de ninguno de sus antiguos camaradas. Y en cuanto á reclamarles algún auxilio, pensar tal cosa sería pensar lo imposible y lo absurdo, conocido como es el temple del alma del joven Armengol.

En tanto, su estado valetudinario se agravaba y no se le ponía remedio ni lenitivo. La fiebre amenazaba consumirle en pocos días, á semejanza de una fiera hambrienta que tiene entre sus fauces una pobre víctima desfallecida y moribunda.

Las noches las pasaba nuestro enfermo casi todas en vela. Una luz, puesta en un vaso de vidrio oscuro, proyectaba sobre la pared mil sombras confusas y fantásticas que venían á formar comparsa con los lúgubres pensamientos del calenturiento, despertando en su memoria recuerdos dulces y halagadoras esperanzas de otros tiempos.

Hacía ya seis días con seis noches que se encontraba en esta postración del alma y del cuerpo, cuando en la madrugada del que hacía el número siete oyó que llamaban suavemente á la puerta de su cuarto.

Al pronto creyó que sería una alucinación ó un sueño de su sobrexcitada fantasía.

Pero llamaron por segunda vez.

¿Sería la muerte que había tomado forma sensible?

SILENO MODERNO, copia de una pintura de E. Sala

VII

UNA OBRA DE CARIDAD

Angel puso atento oído á los golpes que por segunda vez, ya más distintos, daban en la puerta de su gabinete.

Incorporóse en el lecho para oirlos mejor; y habiendo sonado aquellos por tercera vez con más fuerza que antes, con voz debilitada y doliente, exclamó:

-¿Quién es?

-Yo soy, vecino; no se moleste V., -contestó una voz femenina de dulce timbre y agradable entonación, al mismo tiempo que entreabría la puerta de la habitación del enfermo.

-Entre V., -repuso éste, picado algún tanto de curiosidad.

La mujer que se había titulado vecina, y que en efecto lo era, dió un paso adelante por el callejoncito que precedía al departamento que hacía las veces de dormitorio, comedor, sala de estudio y de recreo para el pobre Angel.

Era esta mujer, según lo que hasta ahora se puede columbrar á la luz de la mortecina lámpara del enfermo, aún joven, pues sólo contaba, al parecer, como unos treinta años, de regular cuerpo, algo gruesa, redonda de cara, agraciada, abandonada en los movimientos, lenta en los ademanes, de cabellos castaños, de ojos negros, de boca fresca, risueña, voluptuosa y con unas manos pequeñísimas y limpias, sólo comparables á sus pies menuditos como los de una niña y airosamente arqueados.

Iba vestida con toda sencillez, con demasiada sencillez; acaso no llevaba envolviendo su cuerpo más que la camisa interior y la bata de indiana á rayas, que la cubría exteriormente. Al menos tal podría presumirse por lo ceñido de los paños que se plegaban con cierta gracia sobre sus formas, dejando ver en todos sus contornos.

La vecina, sin duda alguna, por lo extraño é intempestivo de la hora en que venía á visitar á nuestro Armengol ó por otra causa cualquiera, daba muestras de haber estado, antes de tomar esta determinación, acostada en su lecho ú ocupada en vulgares oficios domésticos, pues que de pronto y tan á la *deshabillée* se había presentado en el cuarto de nuestro héroe.

Este, al verla adelantar hacia él por la sala, llevado de un impulso de pudor, el cual siempre está bien visto en toda clase de personas, cubrióse con la colcha hasta el cuello y se colocó una almohada á sus espaldas para mantenerse sentado, en señal de respetuoso acogimiento á



PELANDO LA PAVA, cuadro de García y Ramos

aquella mujer que tan á deshora se le entraba por las puertas.

El pobre de Armengol no pudo permanecer un instante en esta nueva postura. Sintió que se le iba la cabeza, que toda la sangre refluía con precipitación, y que un frío glacial discurría por sus nervios quitándoles toda su extensión y agitándolos convulsivamente.

La trasformación y lividez de rostro del joven y el temblor de su cuerpo no pasaron desapercibidos para la hermosa vecina.

-Acuéstese V., D. Angel, -dijo; -yo no vengo á que se moleste V. por nada, sino, por el contrario, á hacerle cuantos servicios le sean precisos...

Armengol le dió las gracias con un ligero movimiento de cabeza, la cual tenía apoyada sobre una mano continuando, no obstante lo dicho por la vecina, en la misma posición que al principio.

Esta, sin apercibirse de ello, prosiguió hablando.

-Ya hacía algunos días que no le veía á V. por ninguna parte. Al pronto creí que se había V. marchado de esta casa; mas esta noche me he convencido de que estaba equivocada. Llevada de la curiosidad, siempre viva en mí, mayormente desde que á cosa de las dos oí desde mi cuarto ciertas voces, que á no dudarlo era V. quien las daba tal vez en el delirio de la fiebre, me acerqué á esta puerta. Porque V. debe de estar malo. ¿No es verdad, D. Angel?

Angel respondió sólo con un suspiro.

Repuesto un poco, sacó el brazo derecho de debajo de las sábanas, y quitando los chismes que contenía la silla, que estaba junto á la cabecera de la cama, se la presentó á la buena de la vecina, diciéndole en tono afectuoso:

-Gracias, D.ª Antonia. Siéntese usted.

Doña Antonia, sin cumplimiento alguno, hizo lo que el joven le mandaba.

Ambos permanecieron por espacio de algunos minutos en silencio.

La hora, el lugar apartado, el silencio que reinaba en aquel sitio, el desorden de las cosas que percibía la vista, la desgracia cuyo imperio se dejaba sentir en todo aquel lugar, el espectáculo que ofrecían dos jóvenes solos, apenas conocidos el uno del otro, lo que el mundo pudiera colegir de esta extraña visita ó encuentro, todas estas cosas, en fin, creaban una situación embarazosa y violenta, para salir de la cual se necesitaba emplear un esfuerzo poderoso de una y otra parte.

Rompióse, al fin, el hilo por lo más delgado.

Doña Antonia, viendo que se prolongaba el silencio más de lo regular, se levantó de su asiento y balbuceó estas frases, llenas de cierta displicencia al considerar el poco efecto de sus ofrecimientos:

-Sin duda no me ha comprendido usted.

Armengol irguió á estas palabras su cabeza, dirigió sus ojos hundidos hacia la vecina, y haciendo un ademán

DERECHO DE PRIMACÍA, copia del cuadro de Guido de Maffei



ORA PRO NOBIS, copia del celebrado cuadro de Domingo Morelli



¿ME LO CUENTA V. Á MÍ?... dibujo de A. Fabrés, grabado por M. Weber

para que ésta se volviera á sentar, intentó pronunciar algunas frases; pero su extremado abatimiento le impidió decir lo que quería. La compasiva mujer se acercó entonces al enfermo, el cual apenas daba más muestras de sí que las que puede dar un moribundo.

Pasó su hermosa mano sobre la ancha frente del joven, la cual abrasaba como una esfera de fuego. La fiebre había llegado á su más alto grado. Ya no podía ser más intensa. El descuido y la miseria la habían acrecentado considerablemente.

La vecina, comprendiendo de un solo golpe la gravedad del caso, y ardiendo en un deseo vivísimo de salvar á aquel infeliz de una muerte segura, dejando á un lado escrúpulos de todo género, empezó á prodigarle todos los pequeños servicios que por el momento se requerían.

Le mulló un poco la cama, que la tenía bien dura; le arropó con cuidado y afecto; y ya, al ir á echarle sobre la almohada, Armengol, escapándose de los brazos de Antonia que hasta entonces le habían retenido con amor mientras hacía las anteriores operaciones, dió un grito, la miró con ojos desencajados pero dulces, y exclamó:

—¡Antonia! ¡Antonia! no puedo más... tengo sed, tengo hambre, tengo... ¡ay!

Y cayó desplomado sobre el lecho.

Antonia salió precipitadamente en busca de auxilio.

VIII

¿QUIÉN ES ANTONIA?

A los tres días:

—Vamos, reanímese usted, D. Angel.

—¡Ay! señor D. Juan, si V. supiera cuán poco me importa la vida. Siempre la he tenido en poco, en la dicha como en la adversidad, lo mismo cuando estaba sano que ahora que me encuentro enfermo.

(Continuará)



¡ABSUELTO!... copia del notable cuadro de Fernando Brutt

LA GALLEGA

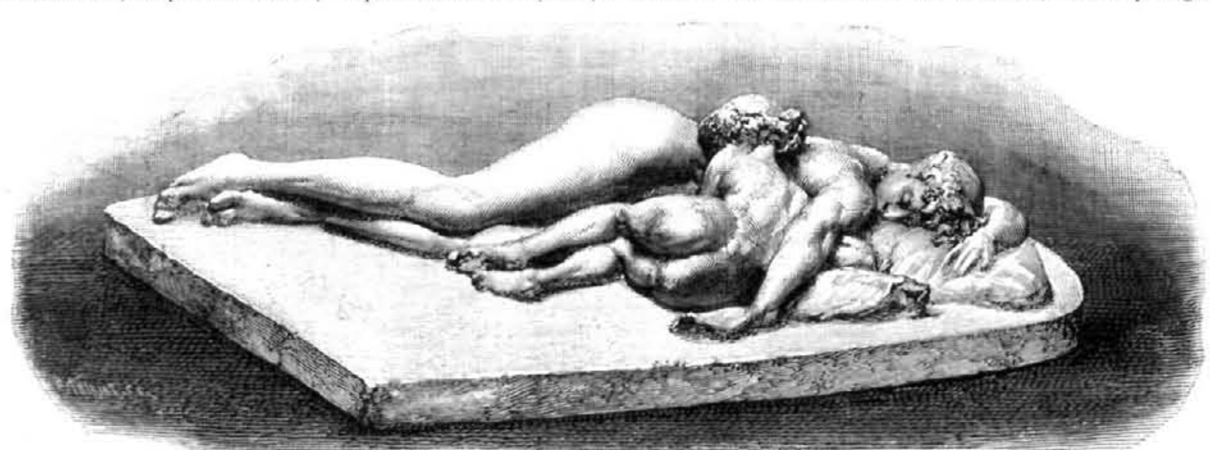
POR D.ª EMILIA PARDO BAZÁN (1)

Describióla á maravilla la musa del gran Tirso. La bella y robusta serrana de la Limia, amorosa y dulce como una tórtola para quien bien la quiere, colérica como brava leona ante los agravios, aun hoy se encuentra, no sólo en aquellos riscos sino en toda la región cántabro-galaica.

No obstante, región que es en paisajes tan variada, tan accidentada en su topografía, que tiene comarcas enteramente meridionales por su claro cielo, otras que por sus brumas pertenecen al norte, manifiesta en su población la misma diversidad, y posee tipos de mujeres bien distintos entre sí, marcados en lo moral y en lo físico con el sello de las diferentes razas que moraron en el suelo de Galicia, que lo invadieron ó lo colonizaron. Celtas, helenos, fenicios, latinos y suevos vivieron en él, y sus sangres, mezcladas, yuxtapuestas, nunca confundidas, se revelan todavía en los rasgos y apostura de sus descendientes. Pero hay un tipo que domina, y es el característico de todos los países en que largo tiempo habitó la noble raza celta: el de Bretaña é Irlanda. Donde quiera que se alce sobre las empinadas cumbres ó se esconda en la oscuridad de la selva el viejo dolmen tapizado de líquen por la acción de los años, hallará el etnólogo mujeres semejantes á la que voy á describir: de cumplida estatura, ojos garzos ó azules, del cambiante azul de las olas del Cantábrico, cabello castaño, abundoso y en mansas ondas repartido, facciones de agradable plenitud, frente serena, pómulos nada salientes, caderas anchas, que prometen fecundidad, alto y túrgido el seno, redonda y ebúrnea la garganta, carnosos los labios, moderado el reir, apacible el mirar. Es la belleza de la mujer gallega eminentemente plástica; consiste sobre todo en la frescura de la tez, blanca y sonrosada, no con la fría albura de las inglesas sino con esa animación que indica el predominio de la sangre sobre la bilis y la linfa, y en la riqueza y amplitud de las formas, que algunas veces se exagera y hace pesados sus movimientos y planturosa en demasía su carnación. No arde en sus ojos la chispa de fuego que brilla en los de las andaluzas; su pie no es leve, ni quebrado su talle; mas, en cambio, el sol no logra quemar su cutis, y sus mejillas tienen el sano carmín del albaricoque maduro y de la guinda temprana.

Siempre que cruzo, en los flemáticos coches de la llamada diligencia, el trecho que separa á Lugo de León, me entretengo considerando el íntimo enlace que existe entre la tierra y la mujer, la relación que guardan los paisajes con las figuras que los animan. Conforme va quedándose atrás la provincia gallega, cesan de ser verdes los vallecillos, y herbosos los prados y frecuentes los arroyos, bórranse los manchones de castaños, olmos y nogales; desaparecen las blancas manzanillas y los amarillos tojos, y se presentan interminables y pardas llanuras, escuetas montañas salpicadas de fragmentos de granito, ó revestidas de negruzcas láminas de pizarra. Las últimas mujeres que recuerdan á Galicia son las que salen á ofrecer al viajero el vaso de aromática leche de vaca; mozas sucias, desgreñadas, maltraidas por la intemperancia y el trabajo, pero femeninas aun en su hechura, tratables en sus carnes y no sin cierta lozanía en el rostro. Corridas algunas leguas más, al entrar por los tristes poblachones del territorio leonés, asómanse á las ventanas ó salen por las puertas de las casuchas, terrizas mujeres de enjuta piel pegada á los huesos, semblantes de recias y angulosas facciones, de color de arcilla ó ladrillo, cual si estuviesen amasadas con el árido terruño ó talladas en la dura roca de las sierras.

No desmiente la mujer gallega las tradiciones de aquellas épocas lejanas en que, dedicados los varones de la tribu á los riesgos de la guerra ó á las fatigas de la caza, recaía sobre las hembras el peso total, no sólo de las faenas domésticas sino de la labor y cultivo del campo. Hoy, como entonces, ellas cavan, ellas siembran, riegan y deshojan, baten el lino, lo tuercen, lo hilan, y lo tejen en el gimiente telar; ellas cargan en sus fornidos hombros el saco repleto de centeno ó maíz, y lo llevan al molino; ellas amasan después la gruesa harina mal triturada, y encienden el horno tras de haber cortado en el monte el haz de leña, y enhornan y cuecen el amarillo torterón de borona ó el negro mollete de mistura. Ellas, antes de que la pubertad desarrolle y ensanche su cuerpo, llevan en brazos al recién nacido, que grita que se las pela; ellas, rústicas zagalas, apacentan el buey, y comprimen las gruesas ubres de la vaca para ordeñarla; y cuando ven colmado un tanque de leche cándida y espumosa, en vez de beberla, con sobriedad singular y religioso cuidado colocan el tanque en una cesta de mimbres que acaban de llenar con un par de pollos atados por las patas, cosa de dos docenas de huevos,



GRUPO DE FIGURAS EJECUTADO CON ARCILLA, de Federico Leighton

(1) Este artículo forma parte de la colección titulada: MUJERES ESPAÑOLAS, AMERICANAS Y LUSITANAS, PINTADAS POR SÍ MISMAS, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición se ha puesto á la venta, ilustrada con bonitos cromos que dan i lea exacta de los tipos descritos en el texto. Débese éste, como su título dice, á distinguidas escritoras exclusivamente; y por cierto que, según su fondo y forma, nada tienen que envidiar esas ilustres damas á los literatos más profundos en sus observaciones y más elegantes en su estilo. El nombre de la mayoría de esas escritoras es bien conocido, pues en esa obra han colaborado casi todas las eminencias del bello sexo literario; y en cuanto á las menos populares de las autoras, han demostrado que esta circunstancia es debida á que su mérito es tanto como su modestia.



EL CURIOSO IMPERTINENTE, dibujo á la pluma de L. Marohs

un rimero de hojas de berza, y tres ó cuatro quesos de tetilla, y sentando en la cabeza la cesta, dirígense al mercado de la villa más próxima, donde venden sus artículos regateando hasta el último miserable ochavo. Así vive la mujer gallega, afanándose sin tregua ni reposo, luchando cuerpo á cuerpo con el hambre que la acecha para colársele en casa y sentársele en mitad de la piedra del lar humilde. Pobre mujer que de todos es criada y esclava, del abuelo gruñón y despótico, del padre mujeriego y amigo de andar de taberna en taberna, del marido brutal quizás, del chiquillo enfermizo que se agarra á sus faldas lloriqueando, de la vaca ante la cual se arrodilla para ordeñarla, del ternero, al cual trae en el regazo un puñado de yerba, del cerdo para el cual cuece un caldo no muy inferior al que ella misma come, de la gallina á la cual atisba para recoger el huevo que cacarea, y hasta del gato, al cual sirve en una escudilla de barro las pocas sobras del frugal banquete.

Mientras la gallega permanece en estado de soltería, aun es tolerable la no escasa ración de trabajo que le toca; pero al casarse, empeora su situación. Sólo el imperioso mandato de la naturaleza, la ley que fuerza al germen á brotar, á espigar á la mies, al árbol á rendir su fruto y á la materia toda á sacudir la inercia y animarse, puede obligar á la mujer gallega á constituir una familia. Damas del gran mundo, vosotras para quienes el tapicero viste de seda las paredes de la alcoba nupcial, y los dedos ágiles de la modista combinan artísticamente ricas estofas en los trajes de gala, voy á referiros cómo está decorada la vivienda de la novia gallega, y á pintaros su ajuar. Entrad en la casa: el piso es de tierra húmeda y desigual; el techo á teja vana, por donde muy á su sabor se introducen agua y ventisca; en los ángulos hay colgaduras de primoroso encaje que labraron las arañas; la alfombra compónela algún troncho de col alternando con vainas de habas, hojas secas de maíz y excremento de animales domésticos. Sobre la losa del hogar pende de la férrea cremallera el negro pote; en el rincón reluce la tapa de la artesa, bruñida de tanto pan como sobre ella amasaron, y se ve la maciza arca apolillada, depositaria del *trousseau*, que llegará á un repuesto de tres camisas de lienzo moreno y gordo, y algún mandilón de burdo picote. El tálamo conyugal lo hacen cuatro tablas sin acepillar, formando una como caja pegada á la pared y abierta por donde es preciso que lo esté para dar ingreso á sus ocupantes. Dos pasos más allá asoman la cabeza terneras y bueyes, que con ojazos tristones contemplan á los novios, y con prolongados mugidos les cantan el epitalamio, mientras las gallinas escarban el suelo en derredor y el cerdo gruñe hozando contra el lecho.

Ello es verdad que el festín de bodas fué lucido: sopa de fideos muy azafranada, bacalao y carne á discreción, vino á jarros, puches de arroz con leche á calderos, pan de trigo y añejos dulces de hojaldre. Pero después de tan babilónico regodeo, en la mañana en que los germanos solían hacer á sus desposadas un don, la gallega salta descalza del lecho, y enciende la lumbre y echa en la oscura concavidad del pote los ingredientes del caldo, y equilibra en su cabeza la sella para ir á la fuente por agua. Y son estos los más llevaderos de sus deberes y afanes. Impónele la naturaleza un hijo por año, como impone su cosecha anual á la campiña; y si en los primeros meses de la gestación, período de languidez tan inevitable y profunda, la gallega trabaja, según frase del país, *como una loba*, en los últimos, abultada y pesadísima, tragina más si cabe, y á veces el trance terrible la sorprende camino de la feria, ó en el monte partiendo el espinoso tojo; á veces suelta la hoz de segar, ó la masa de la borona, para oprimirse el talle en la primer explosión de dolor materno, y quizás el inocente ser ve la luz al pie de un vallado ó en plena carretera, y metido en la propia cesta y envuelto en el *mantelo* de su madre entra en el domicilio paternal; pero, al venir al mundo así, como por casualidad, halla la tierna criatura dispuesto el seno próvido que ha de alimentarla: la gallega tiene de sobra licor de vida con que atender á sus hijos, amén de los ajenos que suele encargarse de amamantar, oficio que desempeña con no menor felicidad que las amas pasiegas. Así es que la semblanza de la mujer gallega puede bosquejarse suponiéndola rodeada de sus hijuelos como la gallina de su echadura, llevando de la mano un rapaz de siete años, asidas del refajo dos ó tres mocosas poco menores en edad, colgado del ubérrimo seno un mamón de doce meses y sintiendo acaso en lo más íntimo de su organismo el vago estremecimiento de otra nueva vida, de otro ser que se forma en sus entrañas.

Bien merece, bien merece disfrutar de un poco de solaz esta paridera y criadora y madraza mujer gallega; dejadla, dejadla que el día del santo patrón del lugar, ó en la primaveral y deliciosa noche de San Juan, ó cuando las primeras castañas estallan al calor de la alegre hoguera y el mosto remoja el gaznate de los vendimiadores, ella también se divierta y pegue un par de brincos á la sombra del nocedal ó del castañar hojoso. Dejadla que lave rostro y pies en la pública fuente ó en el *regato* que atraviesa su huerto, y peine y alise sus dos trenzas, uniéndolas por las puntas, y vista el gayo traje de las ocasiones solemnes.

Si ha nacido en la Mahía, en alguno de los fértiles valles que cercan á Iria Flavia y á Compostela, ceñirá á su cabeza con cinta de vivos tonos la linda cofia de puntilla trasparente. Si en el Ribero de Avia, ó en las cercanías de Orense, llevará el pañolito de seda oscura, que realza la suave palidez del rostro oval, y abrochará atrás el brevísimo dengue con dos conchillas de plata. Si vió la luz en las poéticas orillas de las Rías Bajas ó en Muros, vestirá el rico atavío que enamora á cuantos lo ven: basquiña de claros matices, corpiño de negro raso, ancho *mantelo* de brillante sedán franjeado de panilla y recamado de azabache, pañuelo de crespón color lacre ó canario, cuyos flecos caen acariciando la cadera airosa, como las ramas del sauce sobre el tronco; rodearán su garganta pesados collares de filigrana de oro, hilos de cuentas, y de su menuda oreja colgarán largos zarcillos, y sobre el pecho refulgirá la patena, conocida por *sapo*. Pero, aun cuando presumen con razón las muradanas, por su elegante arreo, de llevarse la palma en Galicia, pienso que el traje clásico de *gallega* es el usado por las mujeres de mi país, las *mariñanas*. Lucen éstas dengue de escarlata orlado de negro terciopelo y sujeto atrás con plateado broche; el justillo, de fuerte drogué, se escota sobre la chambra de lienzo con flojas mangas y puños de curiosa manera fruncidos; el soberbio mantelo no cede en riqueza á otro alguno, y se ata atrás con cintas de seda de charros colorines; bajo la franja del mantelo se ve media cuarta de saya de grana, y se entrevé un dedo de refajo de amarilla bayeta, y el zapato de cuero con lazadas de galón azul; ciñe su cuello la gargantilla de filigrana, y cubre sus hombros el pañuelo de blanca muselina, prolijamente rameado. Cuando con estas bizarras ropas salen á bailar la tradicional *muiñeira*, danza nacional desde mucho antes de los remotos tiempos en que guerrillas gallegas y lusitanas auxiliaban á Aníbal y contrastaban el poder de Roma, es imposible imaginar más regocijado y pintoresco golpe de vista: pasan las mujeres, bajos y entornados los ojos, la trenza al viento, arrebolada la tez, movido el dengue por la oscilación del seno, rozando unas contra otras las yemas de los dedos, el pié hiriendo blandamente la tierra, en cadencioso girar, arremolinándose á cada vuelta del cuerpo las sayas multicolores, mientras la gaita exhala sus sonidos agrestes y melancólicos, graves ó agudos, pero siempre penetrantes, y el tamboril apresura la repercusión de sus notas secas y estridentes, y la pandereta lanza sus carcajadas melodiosas, y los cohetes aran con surcos de luz el cielo y caen disolviéndose en lágrimas de oro.

Pero cada día escasea más este espectáculo. Trajes, danzas, costumbres y recuerdos van *desapareciendo* como antigua pintura que amortiguan y borran los años. A la *muiñeira* sustituye el *agarradiño*, grotesca parodia de la *polka* húngara y del *wals* germánico; á las sayas de grana y bayeta, el faldelín de estampado percal francés; al dengue el mantón, á las trenzas la *moña* tamaña como un rosquete de pan, al villanesco zapato de cuero la botita de rusel... y en breve será preciso internarse hasta el corazón de las más recónditas y fieras montañas para encontrar un tipo que tenga olor, color y sabor genuinamente regionales.

PAISAJE

I

Todo el mundo sabe lo qué es un paisaje; y sin embargo, ¡qué concepto más complejo encierra esta palabra! A primera vista, quien dice «paisaje» parece decir «campo;» pero el desierto dista mucho de ser campo y nadie negará que es paisaje. Además, si por campo se entiende una comarca con vegetación, donde la vida del animal y la planta prepondera sobre la del hombre, por oposición á la ciudad, donde acontece lo contrario, en el paisaje, concepto mucho más comprensivo, pueden entrar, no sólo los caseríos y los pequeños grupos de población rural diseminada, sino las ciudades mismas, por grandes que sean, á condición de avenirse á no representar más que uno de tantos accidentes, de subordinarse á la naturaleza —por decirlo así—deshabitada, merezca ó no el nombre de campo. De esta suerte es como, al par de los elementos puramente espontáneos, contribuyen también y enriquecen al paisaje otros (casas, caminos, tierras cultivadas, etc.) que son obra ya del arte humano, y hasta el hombre mismo, cuya presencia anima con una nueva nota de interés el cuadro entero de la naturaleza.

Por esto podría decirse en algún modo que la pintura de paisaje es el más sintético, cabal y comprensivo de todos los géneros de la pintura. Pero, si dejamos á un lado el antiguo paisaje llamado «histórico,» donde se representan á un tiempo, equilibrando su interés, perspectivas campestres y escenas de la vida social, en el paisaje puro y sin aditamentos la figura humana no entra sino como un ser físico, como una forma, como una nota de claro-oscuro ó de color, aunque siempre ofrezca á nuestros ojos cierto valor ideal de un tipo, de una clase, de un género de vida determinado; v. g., aldeanos, caminantes, cazadores, pastores, artistas.

En su más rigorosa acepción, el paisaje es la perspectiva de una comarca natural; como la pintura de paisaje es la representación de esa perspectiva. A poco, sin embargo, que se reflexione sobre los diversos elementos en que cabe descomponer el goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre (que


OTOÑO, copia del notable cuadro de G. Oeder

espinos, las zarzas, agotan casi todos los matices del verde, desde el álamo blanco al negro de la encina; y en medio de las tierras sembradas y de las praderas, con su yerba corta, fina y rala, clarean sobre el suelo anchas ráfagas sonrosadas, de una espléndida carnación luminosa.

Suaviza, sin embargo, este contraste una nota fundamental de toda la región, que lo mismo abraza al paisaje de la montaña que el del llano. En ambos se revela una fuerza interior tan robusta, una grandeza tan severa, aun en sus sitios más pintorescos y risueños, una nobleza, una dignidad, un señorío, como los que se advierten en el Greco ó Velázquez, los dos pintores que mejor representan este carácter y modo de ser poético de la que pudiera llamarse espina dorsal de España. Nada alcanza á dar idea de él como su comparación con las formas que más frecuentes son en nuestras comarcas del Norte y el Noroeste, y en especial de Galicia. En las riberas del Saja ó del Nalon, pero más aún en las encantadoras orillas del Miño ó en las rías bajas de Pontevedra, todo es gracia, armonía, proporción, encanto: los valles son cerrados y pequeños; los cerros, bajos; pálido el azul del celaje; el verdor de los árboles, trasparente: fresco y brillante el de los prados: la naturaleza entera sonríe en una media tinta que lo envuelve todo y hace imposible la ruda acentuación de contrastes enérgicos. Es la belleza femenina, expresión de una actividad desplegada sin lucha en un ritmo tranquilo. Aquí, por el contrario, asoma por doquiera el esfuerzo indomable que intenta abrirse paso á través de obstáculos sin cuento; y así como en un mismo día y lugar se suceden con rapidez vertiginosa el hielo y el ardor de los trópicos, así también el sol deslumbra con un fulgor casi agrio en el fondo de un cielo, de puro azul, casi negro. Es la nota varonil, masculina, que pudiera llamarse. «Los valles del Guadarrama—me decía há poco uno de mis compañeros de excursiones—se sonríen también, pero á su modo: no cómo los niños de Murillo, sino como los de Miguel Angel.» Precisamente por esto, la grave y austera poesía de un paisaje, cuyo nervio llegaría hasta la fiereza, si no lo templasen la dignidad y el reposo que por todas partes ofrece, es menos accesible al sentimiento del vulgo. Este pondrá siempre á Lucas della Robbia sobre Donatello; á Bellini sobre Beethoven; á Perugino sobre Signorelli; á Lamartine sobre Dante. ¡Dichosa tierra, sin embargo, aquella, que puede como España concentrar ambos tipos, el varonil y el femenino, en el paisaje de sus varias comarcas!

no lo es nunca el de las ciudades), se advierte que este goce no es sólo de la vista, sino que toman parte en él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente; la presión del aura primaveral sobre el rostro; el olor de las plantas y flores; los ruidos del agua, las hojas y los pájaros; el sentimiento y conciencia de la agilidad de nuestros músculos; el bienestar que equilibra las fuerzas todas de nuestro sér, y hasta el sabor de las frutas, por prosaico que parecer pudiera á la sensiblería de una estética afectada y romántica... todo, ya más, ya menos, contribuye á producir en nosotros ese estado y á preparar el segundo momento, el momento ideal, de las representaciones libres, que extiende nuestro goce más allá del horizonte del sentido.

Aun reduciendo el paisaje á una perspectiva, y su percepción á la mera contemplación visual, es incalculable el mundo de factores que intervienen para constituirla: tantos como fuerzas, seres y productos despliega la naturaleza ante nuestros ojos: la tierra y el agua en sus formas; el mundo vegetal con sus tipos, figuras y colores: la atmósfera con sus celajes; el hombre con sus obras: los animales y hasta el cielo con sus astros y con el juego de tintas, luces y sombras que matizan diversamente el cuadro á cada hora del día y de la noche. Ahora bien, de todos estos elementos, hay uno en el que tal vez no siempre se repara bastante: el suelo. Sin duda que no hay quien desconozca el papel, por ejemplo, de las grandes montañas en el paisaje ó el del contraste entre el mar y la costa; pero á esto se reduce casi todo. Vischer mismo, que en su *Estética* tan extraordinaria amplitud concede al estudio de la belleza en este orden, descuida sin embargo, —cosa explicable por sus ideas,— muchos puntos.

El suelo, la costra sólida del planeta, como elemento de paisaje, prescindiendo de las corrientes de agua y de la vegetación, ofrece por sí solo datos suficientes para constituir una que podría llamarse «estética geológica.» El primero de éstos es la naturaleza de los materiales que lo forman. Así, por ejemplo, hay paisaje granítico, basáltico, de aluvión, etc. Todo el mundo v. g. distingue el pintoresco dentellado con que se recortan sobre el azul del cielo las Pedrizas del Manzanares en la vecina sierra Carpetana, y el suave modelado de los cerros que rodean á Madrid. Aquellas son de granito; éstas, de diluvio cuaternario. El granito, por su composición y estructura, presenta una cierta resistencia, así en cantidad como en dirección, á los agentes atmosféricos; merced á lo cual, no se deja destruir sino en un cierto sentido, de donde nacen á su vez ciertas formas. Doquiera que aflora al descubierto, el agua, al resbalar sobre sus masas, las redondea, produciendo, en las pequeñas, esas superficies ásperas, rugosas, cubiertas de líquenes, que interrumpen la continuidad de la tierra vegetal; y en los grandes cantos, la configuración peculiar de las «piedras caballeras,» monolitos á veces enormes y que en ocasiones oscilan como otros tantos monumentos megalíticos naturales; hasta que, la radiación del calor, que las dilató durante el día, las contrae por la noche, las hiende, las raja en mil grietas, que luego, al hincharse dentro de ellas el hielo, estallan, desprendiendo gigantescas esquirlas; y éstas, apiladas unas sobre otras, forman ese agudo dentellado de las cimas graníticas de nuestra cordillera: dentellado, sobre todo visible allí donde se entrelazan dos tipos de granito: uno más resistente; otro más quebradizo y más blando.

Por el contrario, la lenta sedimentación de los aluviones cuaternarios depositados en el valle de Madrid, con proceder exclusivamente de la trituración de los materiales de la propia sierra, ha hecho imposible en él toda aspereza y toda forma abrupta: los grandes horizontes, cuyos últimos términos se funden dulcemente en el celaje; el inmenso radio de las ondulaciones del terreno: las cumbres rectilíneas de los cerros, semejantes al «conoide» de los geómetras: la uniformidad, pero no monotonía, que reina en toda esta región, contrastan con la cordillera, realzando este contraste la vegetación, tan distinta en una y otra zona. En la montaña, severa hasta la majestad, todo es mate y adusto: los líquenes que tiñen el verdoso granito; el monte bajo, cuyo tono apenas templan, allá en la primavera, el morado cantueso, la amarilla flor de la retama, el rojo de tal cual amapola ó de las opulentas peonías; el sombrío verdor de los pinos, que se alzan sobre ellos, ora esbeltos y erguidos, ora corpulentos y nudosos, ó muertos con el gris de plata de sus ramas desnudas, retorcidas y secas.—Abajo, en el amplio valle, la luz es más igual; las sombras menos acentuadas, los tonos más ricos y brillantes; los olmos, los chopos los sauces, los

Esta relación del suelo con el paisaje, de la geología con la estética, que ya ilustraron en sus tiempos un Cuvier y un Humboldt, presenta problemas de interés extraordinario. Respecto de los materiales de los terrenos arcaicos, v. g., pueden observarse delicadas diferencias entre las formas graníticas y las gneísicas, diferencias tan visibles casi como las que separan ambas clases de formas de las que ofrecen los conglomerados del Montserrat, ó las calizas carboníferas en las cumbres de los Picos de Europa, ó los depósitos lacustres de los llanos de la Tierra de Campos. Sin embargo, la distinta posición orográfica de unos mismos materiales, esto es, el plegamiento de las capas, influye considerablemente en el paisaje. Igualmente, una acción química superficial puede dar á las rocas un aspecto muy diverso del que usualmente revisten. Recuerdo el magnífico tono frío amoratado de los acantilados del circo de las Dos Hermanas, en el macizo de Peñalara, debido á la hidratación del óxido de hierro contenido en las micas de sus gneises; mientras que en el puerto del Reventón, en el vallecito de la Berzosa (debajo de la Maliciosa y de las Cabezas de Hierro), y en tantas y tantas otras partes, ese mismo gneis, por cuyas lajas corre una fina capa de agua, ofrece los rojos más cálidos, ricos y trasparentes, merced á otro grado de hidratación de esos mismos hierros.


REZAGADO, apunte de Guillermo Díez

(*Concluirá*)

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

LAS PRIMERAS ROSAS

Hablo de las rosas *pur sang*, de las que según los mitólogos salieron del talón herido de Venus; de las verdaderas hijas de la primavera; no de esas florecillas tísicas criadas en la estufa, como doncellicas entecas, y que se ofrecen en París fuera de tiempo á veinte francos la pareja.

Las flores y los frutos es preciso buscarlos en la época en que la tierra los ofrece vestidos de color, saturados de esencia, henchidos de savia y rodeados de verdura: *cada cosa en su tiempo* y *los nabos en adviento*, dice una saludable advertencia hortícola, cuyo realismo zolaico espeso dispensarán mis lectores.

Yo me perezco por las primeras rosas, por las primeras golondrinas y por los primeros vasos de leche, justificando esta última afición, el siguiente precepto del doctor Pópulo:

La leche de abril para mí.
La de mayo para mi hermano.
La de junio para ninguno.

Antes ó después del veintiuno de marzo, que no siempre sabe el almanaque cuándo hace su entrada triunfal la primavera, procuro hacer mi primera excursión á los jardines, alamedas y campiñas donde esparce sus heraldos y trompeteros con flores y con alas. Pláceme oir las conversaciones de los pájaros que acaban de llegar de sus viajes de recreo y que han aprendido al vuelo el volapük á juzgar por la facilidad con que se comunican unos con otros sin necesidad de intérpretes, aunque vengan de diversas latitudes y distintas tierras.

Claro es que las rosas no están lejos: ¡cómo han de estar! flores y aves, son cosas, entidades ó ideas correlativas, seres ó formas que se complementan; ya lo dijo Calderón:

..... con las galas
que le dan belleza suma
es el ave flor de plumas
ó ramillete con alas.

Están las rosas cerca, repito, y voy á ellas con verdadero frenesí de *amateur*, con deseo de apreciar en ellas los efectos de la decantada ley darwiniana, con el ansia de hallarlas más frescas y más hermosas, con el firme propósito de meter en ellas la nariz, de profanar sus pétalos, de dar un mal rato á toda larva viviente que haya buscado leche en el cáliz de la que por mí sea preferida.

A mi llegada tiemblan y se estremecen sobre sus tallos; ¡es claro! el hombre es para las flores un bárbaro, un tirano, un asesino. Si ellas tuvieran lengua, como asegura el Ramayarza, se quejarían de nuestros atrevimientos con lágrimas de rocío; cubrirían sus senos suaves y húmedos cuando nos propasásemos con ellas, y nos despedirían á cajas destempladas, al ver que cometíamos, sin el menor reparo, la villanía de poner en sus cálices nuestros labios.

¡No te vayas, por tu vida,
que vendrán los osmandinos
á besar á tu querida!

decía una hermosura del Sahara á su africano, según nos cuenta en sus orientales el malogrado Arolas; añadiendo incontinenti:

Vendrán por los arenales
cual tigres de horrendas garras
y cortarán mis rosales
con sus corvas cimitarras.

De lo que se desprende que los osmandinos, bárbaros al fin, tomaban los labios por las rosas y las rosas por los labios, profanando estos y cortando aquellas, como si dijeran para sí: —¡ahora veremos lo que son flores!

Y vean mis lectores lo que es el contagio. Estos trucatintas de los hijos del desierto, parece que se han generalizado por la culta Europa y ya no hay coplero, tenorio ni amador que deje de confundir las rosas y los labios, cuando las primeras son frescas y coloradas y los segundos rosados, húmedos y suaves.

¡Qué más! yo también me confieso osmandino, y al contemplar las primeras rosas pienso en los primeros besos que he recibido.

Hay otra relación que demuestra que los labios y las rosas se parecen como dos gotas de agua del mismo diámetro. Según afirman los naturalistas que han visitado los poéticos valles de la Rumelia, donde las rosas de Kezanlik se riegan como los trigos en los campos andaluces, se necesitan veintiseis kilogramos de rosas, es decir, *130,000* de estas poéticas hijas de los Balkanes para producir treinta gramos de esencia; pues bien, muchas más palabras salidas de los labios de cualquiera coqueta, de cualquier charlatán de salón ó de cualquier orador político se necesitarían para extraer un solo gramo de discreción, de verdad y de pensamiento racional y humano.

¡Y cómo huelen las primeras rosas!

Habrá algunos de mis lectores que afirmen que huelen como todas las demás que han de bordar nuestros búcaros y nuestros terrados; pero se equivocan lastimosamente.

Las primeras rosas nacen cuando aun está humedecida la tierra con los chaparrones de marzo; cuando todavía montan en sus caballos fantásticos las legiones de la bruma, cuando el humus se orea, cuando la hoja seca se pudre en el surco, cuando las violetas, sus precursoras, modifican con su penetrante perfume esa reunión de olores acres que se elevan del gran pudridero mundano.

Por eso respiramos en gratos éxtasis sus aromas virginales y saludamos en ellos el reinado de la primavera. Rosas nuevas, vida nueva: muy luego necesitamos para espolear nuestros sentidos cansados, la loca oleada del jazmín, el jacinto y la azucena.

Huele el campo á flores nuevas, decía Zenea, el poeta mártir, recordando sus amores con Fidelia. Flores nuevas, tan coloradas y frescas como la boca que le besara, tan airosas y flexibles como el talle que él oprimió, tan fáciles de coger como las manos menudas que estrechó entre



VICTA, busto en mármol por Teraze



DÍA DEL SEÑOR, cuadro de J. Scheurenberg

las suyas tantas veces. Sin embargo, aquellas flores no eran las mismas que él cortó para colocarlas en el seno de su adorada, como las golondrinas que volvió á ver Becquer no eran aquellas oscuras avecillas que aprendieron nombres queridos.

¡Mira, mi bien, cuán mustia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer, brillante, fresca y olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada!...

decía Plácido el mulato, recordando tiempos pasados, *siempre mejores que el presente* á juicio de otro poeta. Y es, que en vano conservaréis el mismo búcaro, el mismo jardín, el propio plantel cuidado por la podadera: las flores no son las mismas. ¡Cómo han de ser, si aquéllas os dieron todo su aroma y os complacieron hasta deshojarse en vuestras manos!

Los que no hacen versos ni tonterías, se explican lógica y naturalmente la sucesión de las flores; la rosa que dura mucho en nuestro vaso, acaba por cansar la retina y la pituitaria. Un cocinero decía confuso y cariacontecido á su amo, que era extremadamente aficionado á las perdices:

– Señor, ¿cómo las condimentaré para que no cansen á V. E.?

Y al día siguiente se las sirvió rellenas de carne de perro perdiguero.

La variedad en la unidad, el mudar eterno, el perpetuo *móvil inmóvil*, hé aquí la ley de la vida. Sin los cambios de decoración de las estaciones apenas nos daríamos cuenta de la belleza de los paisajes. Adán y Eva se debieron de aburrir soberanamente en las florestas del Paraíso: aquello era, según Milton, un verdadero empacho de verdura.

Suele acontecer que el afán de formas, perspectivas y sensaciones nuevas lleve á sensibles extravíos al hombre ó á la naturaleza. *Per troppo variar natura é bella;* mas si reconocemos la escala de los afectos hasta llegar al egoísmo, y la escala zoológica hasta llegar á la víbora y al murciélago, vendremos á convenir, con el cocinero de S. E., en que el afán de la variedad suele degenerar en aberración.



CABEZA DE ANCIANO, por Leonardo de Vinci (facsímil)

¡Las primeras rosas y los primeros sueños! Paso á la juventud y á la primavera, que ya sabemos que son una misma cosa.

Muchas veces me he preguntado si es la vista de las rosas tempranas la que produce esos sueños de los primeros años en que las hadas y las silfas tienen principal parte, ó si, por el contrario, son los primeros años los que traen los tempranos sueños de primavera que se trasforman en flores, pájaros, luciérnagas y mariposas.

La mitología miente cuando asegura que las rosas nacieron de la herida que los abrojos causaron al talón de Venus, cuando ésta buscaba desolada el cadáver de Adonis por las florestas y campiñas. Las rosas han nacido y nacerán siempre de las heridas que el travieso rapaz causa en los corazones juveniles. Algunas veces no son heridas, sino alfilerazos; si queréis ver nacer un par de rosas, acercaos al oído de la virgen enamorada y pronunciad esta palabra: Matrimonio.

Hay en las primeras rosas una serie de promesas que rubrica el sol, la luna y las estrellas. Con la primavera, estación que abre la puerta de la más hermosa parte del año, comienzan los días de eterno azul, de misteriosos rumores, de actividad corporal é imaginativa. Corre la sangre más aprisa por las arterias, y los rayos del sol no se deslizan por la epidermis, sino que penetran corazón adentro.



LA MADONA DEL GRAN DUCA

En Andalucía, con las primeras rosas aparecen las primeras caras bonitas en las ventanas y en los balcones. Durante el invierno, la lluvia que golpea los cristales de los elegantes cierros sevillanos parece llorar la ausencia de las silfas que duermen el sueño invernal; mas, cuando se acerca el equinoccio, aquellos cristales se iluminan súbitamente con reflejos de iris y *se hace la luz*, es decir, el busto de la andaluza se dibuja en el fondo del vidrio con todos sus contornos pictóricos y estatuarios.

Si las viese Rollinat, afirmaría de ellas lo que de las rosas: *On dirait de la chaire pétrie avec du rêve.*

Consérvase en el gran ducado de Baden una tierna y sencilla tradición de las primeras rosas.

La castellana de Rossemberg, nido feudal que se halla en una altura cerca de Heidelberg, era asaz caritativa con sus siervos, habiéndose formado su carácter como para contrarrestar el egoísmo y mala ralea del de su esposo, que no sólo era avaro hasta el punto más grotesco, sino que pecaba de cruel y sanguinario, como buen señor de horca y cuchillo.

Hasta tal extremo llegaban los cuidados de la castellana de Rossemberg con las gentes del contorno, que ella misma cuidaba de llevar al hogar del pobre el pan de su mesa y las piernas de jabalí ahumadas en las chimeneas de su señorial morada; para los necesitados de los alrededores, era el ángel bueno de aquel maldito castillo.

Una desapacible mañana de marzo, el señor de Rossemberg, que iba de caza seguido de sus jaurías y monteros, alcanzó á ver á su esposa que caminaba al propio tiempo por las estrechas sendas de la montaña, cargada con las pesadas cestas de mimbres llenas de provisiones para dedicarse á sus caritativas tareas. Montando en cólera, al verla en tan plebeya guisa, sin acompañamiento de damas y pajes como á su elevado rango cumplía, dirigióse á ella, y, sin dejar siquiera el arzón ni hacerle las usadas cortesías, díjole en alta voz y de mal talante:

– ¿Qué lleváis en esas endiabladas cestas con las que más parecéis torpe villana que señora principal y de valía?

La noble señora tembló como cervatilla á quien los lebreles cierran el paso, y conociendo la dificultad de dar al avaro señor satisfactoria respuesta, díjole entre temerosa y confusa:

– ¡Señor, son las primeras rosas, que acabo de cortar en la pendiente para adornar mi reclinatorio...!

El señor de Rossemberg, que veía, aún, á su alrededor, árboles desnudos y picachos cubiertos de nieve, dudando de aquella respuesta que avispaba al par las desconfianzas de su avaricia, y echando pie á tierra como si se tratase de más serio asunto, mandó á uno de sus monteros que abriese las cestillas que su esposa había colocado á sus plantas. ¡Cuál no sería la sorpresa de ambos al ver rebosar en los mimbres coloradas y odoríferas rosas!

Poco tiempo después se hizo público el milagro: los tasajos de jabalí y los panes de Rossemberg habían sido trocados en flores por el ángel de la Caridad, y el señor del castillo cambió de carácter y fundó varios monasterios. Sus descendientes colocaron sus estatuas encuadradas á ambos lados de la gran poterna del castillo, donde aun puede verse á la caritativa castellana cargada con su cesta de flores prematuras.

También las primeras rosas, es decir, las rosas paradisíacas, influyeron grandemente en los destinos del género humano. Un viejo talmudista revelóme, no sé cuándo ni cómo, el hecho que yo puse soñando en verso castellano. Hélo aquí con asonantes, incisos, puntos y comas:

Eva, perdida en el Edén, vagaba
Por las calles de tilos,
Cubierta con la gasa de la aurora,
Coronada de perlas... de rocío.

—

En sus mórbidas formas se mecían
Placeres infinitos,
La tibia luna y las estrellas faustas
En su primera noche habían lucido.

—

El jazmín, la clemátida olorosa
Y el perfumado lirio,
Soñaban encontrarse en sus cabellos
O verse entre sus labios encendidos;

—

El colorín la saludó, entonando
Sus deliciosos trinos,
Y no hubo fiera que, al pasar la hermosa,
Dejara en el espacio un solo aullido.

—

A orillas de un remanso silencioso,
Cuyos raudales límpidos
Eran, como una lámina de acero
Por delicado artífice bruñido,

—

Detúvose la hermosa, contemplando
Las orlas de jacintos
Que bordaban sus márgenes, cubiertas
Con las flores acuáticas del Nilo.

—

Iba á inclinarse al borde de las aguas,
Acaso á ver el nido
Que, con débiles pajas, en los juncos
Formaban dos incautos pajarillos;

—

Cuando avanzó, sobre las ondas claras,
El contorno indeciso
De una hermosura de turgentes formas
Y de sedosos y dorados rizos.

—

Pintándose el asombro en su semblante
Miróla de hito en hito,
Y observó que, la imagen de las aguas,
Silenciosa también, hizo lo mismo.

—

Interrogar á la importuna sombra
Acercándose quiso;
Pero al mover los labios, vió á sus plantas
El imperioso gesto repetido.

—

Adivinando, al fin, que era ella misma
La causa del prodigio,
Dudó un momento y apartó los ojos
De la brillante lámina del río;

—

Pero era hermosa y encontró su espejo...
¿Cómo hubiera podido
Resistir al deseo peligroso
De contemplar en él sus atractivos?



ESTUDIO, de Alberto Durero

Con la regia osadía, que heredaron
Semíramis y Dido,
Volvió á clavar de nuevo la mirada
En aquel limitado precipicio.

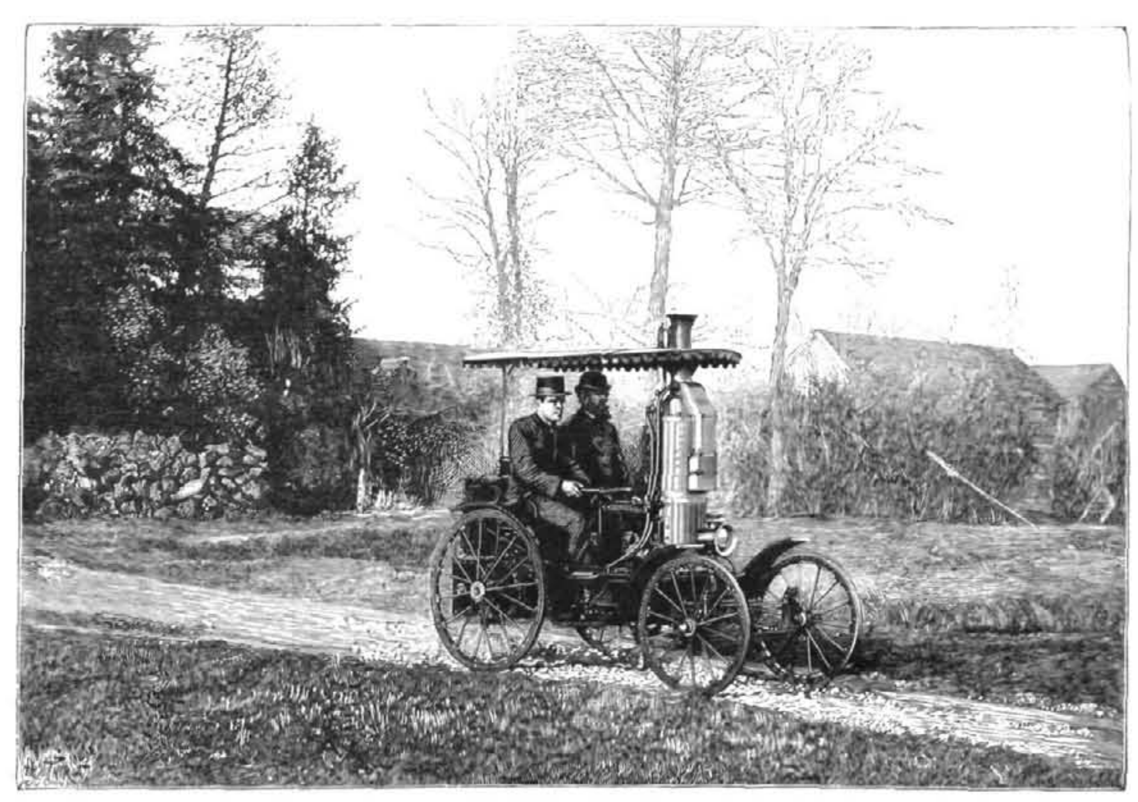
—

Contemplóse orgullosa; una sonrisa
Vagó en su labio altivo,
Y, prendiendo una rosa en sus cabellos,
Exclamó satisfecha: — ¡El mundo es mío!

—

El eco repitió la osada frase,
Con su lúgubre són, de risco en risco....
¡En aquel mismo instante, cuenta el Génesis,
Escalaba Satán el Paraíso!

BENITO MÁS Y PRAT



Carruaje de vapor de M. Bollée. – Pequeño modelo de aficionado

CRONICA CIENTIFICA

CARRUAJE DE VAPOR DE M. BOLLÉE. – EL GAS NATURAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

I

Muchas tentativas han hecho los mecánicos para aplicar el vapor á la locomotiva terrestre en los caminos, y ya se nos ha dado á conocer un considerable número de carruajes de vapor. Entre los constructores más perseverantes son dignos de mención los señores Bollée é hijo, vecinos del Mans, que acaban de construir, y han ensayado ya, un nuevo vehículo de este género, cuyo modelo es el que representa nuestro grabado, copia de una fotografía de M. Sollier.

El armazón del carruaje, todo de hierro y acero, mide $1^{m},90$ de longitud por $0^{m},85$ de anchura, y apóyase en cuatro ruedas por medio de muelles, á fin de evitar las sacudidas. Las ruedas motrices posteriores, de un metro de diámetro, están puestas en acción por un movimiento diferencial, de tal modo, que en las curvas ambas pueden tomar velocidades diferentes; las ruedas directrices anteriores miden $0^{m},80$ de diámetro, y gracias á su sistema de armadura especial, el carruaje no puede volcar, y es muy fácil dirigirle.

El generador, colocado delante, lleva todos los aparatos reglamentarios; es de un nuevo sistema que permite caldear una extensa superficie para poco peso; y es muy fácil limpiarle. Contiene treinta y cinco litros de agua, volumen relativamente grande, que tiene por efecto mantener la presión más regular, pudiendo desarrollarse sin dificultad una fuerza de $2^{1}/_{2}$ caballos.

En la prueba que se hizo la presión fué de veinte kilogramos por centímetro cuadrado, aunque la ordinaria no pasa de ocho. Durante la marcha, la alimentación de agua se hizo por medio de una bomba, y en las paradas por un inyector. La máquina motriz, que está detrás, es de inversión de marcha y de expansión, y tiene una fuerza de 200 kilográmetros.

Los viajeros, en número de dos, van sentados detrás de la caldera, y el de la derecha tiene á mano todos los órganos necesarios para la marcha rápida de la máquina.

El combustible, puesto á cada lado del generador, puede bastar para recorrer veinte leguas. El peso del carruaje vacío es de 650 kilogramos; puede subir por las pendientes más rápidas, y su celeridad media es de veinticinco kilómetros por hora. El inventor ha obtenido velocidades de 35 á 40 kilómetros.

El sistema puede afectar las formas y dimensiones más variadas; en las máquinas de lujo, la caldera va detrás, como el modelo de carretela de vapor que se presentó en la Exposición de 1878.

II

En uno de los últimos números que hemos publicado, M. Tissandier daba algunos curiosos detalles sobre el gas natural empleado en Pensilvania. Una reciente Memoria sobre el asunto, dirigida por M. A. Carnegie al *Irón and Steel Institute*, nos permite publicar ahora algunas noticias complementarias del mayor interés.

El descubrimiento del gas natural en Pensilvania sólo data de algunos años. Hace siete, poco más ó menos, que una compañía se ocupaba en perforar un pozo en Murrayville, como á treinta kilómetros de Pittsburgo; y habíase llegado á la profundidad de cuatrocientos metros cuando la sonda fué rechazada bruscamente y lanzada al aire á gran altura; mientras que la cabria se hacía pedazos y los fragmentos se dispersaban á causa de un terrible escape de gas.

El ruido ocasionado por la columna gaseosa se oyó á la distancia de diez kilómetros. Adaptáronse tubos de cinco centímetros á la boca del pozo y se prendió fuego al gas, lo cual produjo una llama enorme que iluminó todo el país. Aunque el pozo no estuviese á muy larga distancia de las fábricas metalúrgicas, se dejó quemar, sin utilizarle, ese combustible natural durante cinco años. En aquella época, el carbón no era tan caro como hoy, y por lo tanto no se quiso distraer una suma importante en los trabajos de conducción del gas; gastábase por valor de tres francos setenta y cinco céntimos de combustible por tonelada de rails concluídos, y este gasto no parecía ser de bastante importancia para justificar el empleo de varios millones de francos en proporcionarse otro combustible más barato.

Hace dos años, una compañía ofreció poner los conductos ó cañerías y llevar el gas, á sus propias expensas, á las diversas fábricas, mediante el pago anual de una suma equivalente á la que se venía gastando en carbón, hasta cubrir los gastos hechos para establecer las cañerías, despues de lo cual, la anualidad se reduciría á la mitad de la suma invertida en carbón. Han bastado diez y ocho meses para pagar la conducción, y ahora las herrerías ahorran una mitad en su gasto de combustible. Porteriormente, otras sociedades establecieron líneas de conducción desde los pozos en una distancia de veinticinco á treinta kilómetros.

Al visitar el distrito principal del gas natural en Murrayville, M. Carnegie ha reconocido la existencia de nueve pozos, de los cuales uno de ellos produce, según se ha calculado, ochocientos mil metros cúbicos de gas cada veinticuatro horas.

En Murrayville, la salida del gas se efectúa con tal fuerza y celeridad, por tubos de $0^{m},15$ de diámetro, que no se inflama sino á una distancia de cerca de dos metros del orificio; la llama forma una columna de fuego sin la menor apariencia del humo.

Actualmente hay once líneas de conductos diferentes para el servicio de los establecimientos industriales de los alrededores de Pittsburgo. El diámetro máximo de los tubos es de $0^{m},305$; ahora se emplean mucho los de $0^{m},20$; en un principio no se pusieron más que los de $0^{m},15$. Hoy día se pierde aún la mayor parte del gas, y así sucederá hasta que se haya generalizado su uso en las fábricas.

Calcúlase que el aprovechamiento general del gas ahorrará el trabajo diario de cinco mil operarios; y con esta economía entra la cuestión muy importante de la pureza del combustible, ventaja principal para la metalurgia, la cristalería y otras aplicaciones industriales.

Como es indefinida la cantidad de gas de que se puede disponer, hasta aquí no se ha tratado de economizarle, habiéndose adoptado para su uso disposiciones primitivas. Nuestro grabado representa un mechero de gas natural en los alrededores de Pittsburgo: es un tubo en cuya extremidad el gas inflamado produce una especie de hacha inmensa. Ahora se trata de emplear también este gas para el alumbrado, porque es muy superior al de hulla: y hasta se dice que si fuera caro en vez de barato, aun sería ventajoso utilizarle con dicho objeto á causa de su hermosa llama.

El empleo del gas natural ha producido un resultado muy apreciable á primera vista. Una región primitivamente más ennegrecida que ningún distrito metalúrgico del mundo, no ha tardado en llegar á estar tan limpia como un país en que no se hubiera conocido la hulla. Las fábricas de acero donde antes se veían treinta fogonistas desnudos hasta la cintura, que trabajaban por espacio de ocho horas (ó sea noventa fogonistas cada veinticuatro horas) en la calefación de las calderas, que consumían cuatrocientas toneladas diarias de combustible, no necesitan ya hoy más que un hombre para vigilar la alimentación de todos los generadores. Ahora no se sabe tampoco lo que es humo; y tanto es así, que hasta las paredes de las antiguas carboneras de las fábricas están hoy pintadas de blanco.

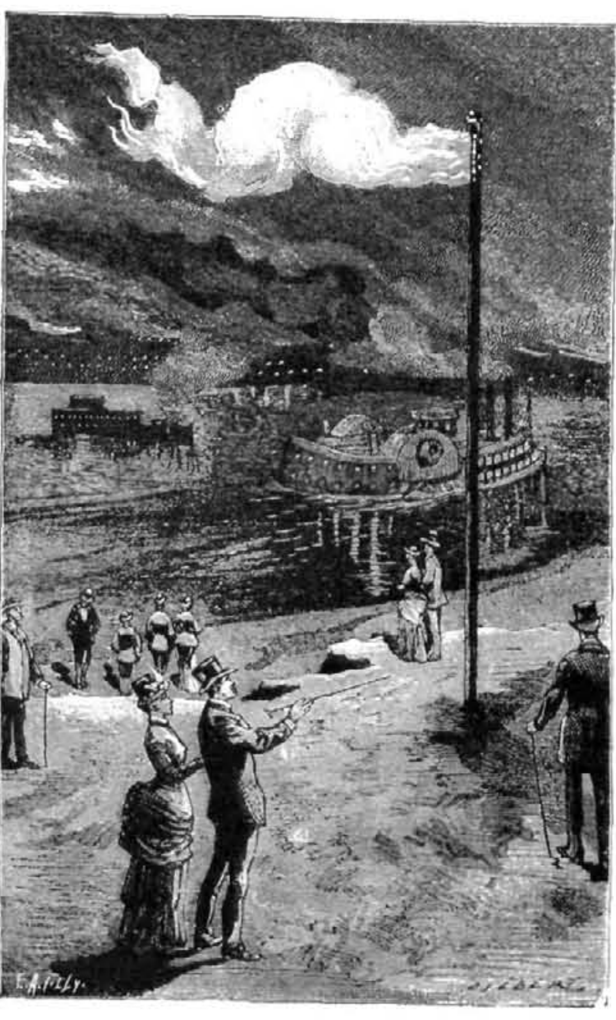
Debe advertirse, sin embargo, que para el empleo del gas se hace preciso adoptar ciertas precauciones: es necesario vigilar las cañerías, pues los escapes de gas han producido algunas veces explosiones, sobre todo en invierno, cuando la tierra está helada y se opone á la infiltración de aquél, que entonces se disemina en espacios donde puede inflamarse. En las fábricas se colocan los tubos siempre que es posible fuera del suelo. Además de las ventajas ennumeradas, hay que añadir la de que el nuevo combustible tiene una fuerza calorífica considerable.

El gas natural es el combustible gaseoso de más fuerza, exceptuando el hidrógeno, y también muy económico, porque se puede utilizar casi toda su capacidad calorífica. Como es muy puro y no tiene azufre, aventaja mucho á la hulla para las aplicaciones industriales. Su uso es muy ventajoso para la producción del vapor, porque se puede regular la llegada del aire de una manera constante, sin que la abertura de las puertas ocasione enfriamientos. Por otra parte, no se necesitan hombres más que para vigilar la alimentación del agua; y hasta se puede prescindir de ellos si se quieren emplear aparatos automáticos. Las calderas duran también mucho más tiempo, pues no han de temerse los peligrosos efectos de las dilataciones y contracciones producidas por las corrientes de aire frío que vienen á dar directamente sobre las paredes candentes de las superficies de calefacción.

Mister Ford, una de las primeras autoridades del día sobre la materia, ha hecho numerosos análisis del gas natural, habiendo reconocido que su composición es muy variable de un pozo á otro. Así, por ejemplo, su proporción de nitrógeno varía de 0 á 23 por 100, y la de oxígeno de 0'4 á 4 por 100; el gas natural de 50 á 72 por 100 de gas de los pantanos, y de 9 á 35 de hidrógeno puro; además contiene gas oleífero, óxido de carbono, etilena y otros.

Difícil es hacer un cálculo sobre la permanencia de las enormes cantidades de gas que hay en Pensilvania: pero cuando se ven los territorios del aceite, que dan 70,000 barriles de petróleo diariamente, y cuyo producto aumenta más y más desde hace veinte años, no se puede menos de admitir la opinión de las personas competentes, las cuales piensan que la región gasífera bastará para satisfacer las necesidades de las fábricas y talleres de Pittsburgo y de sus alrededores por lo menos durante la generación actual.

En un reciente informe, M. J. Lowthian Bell observa muy acertadamente que los enormes volúmenes de gas producidos por los pozos de que se trata inducirían á creer, á menos de admitirse una condensación bajo presiones que excediesen á cuanto se puede imaginar razonablemente, que hay en el país cavidades subterráneas de una extensión no menos difícil de calcular. Además, añade, como se demuestra que la considerable presión bajo la cual sale el gas no ha variado sensiblemente desde hace algunos años, debe deducirse que el flúido se va formando constantemente á medida que se consume, en virtud de una reacción que aun no conocemos.



ALUMBRADO POR EL GAS NATURAL EN PENSILVANIA
(cercanías de Pittsburgo)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

En estos pueblos, á la vez indolentes é impresionables, todo acontecimiento hace olvidar muy pronto el que le ha precedido. Marcados indicios nos inducen á creer que hallaremos otra caverna, y vamos á buscarla: será una excursión agradable, porque el promotor fiscal, señor Ruiz Obregón, quiere ser de la partida.

Emprendemos la marcha á las seis de la mañana: yo monto uno de los mejores caballos de la provincia, caballo acostumbrado á conducir á su dueño al trote largo á través de los campos; y avanzamos por el camino que, pasando por Legaspi y Libog, contornea la vertiente oriental del Mayón. El terreno, excelente, parece de ceniza negra endurecida por la lluvia; la vía, ancha y bien conservada, tiene pocos puentes, pero los arroyos que bajan del volcán se pueden vadear sin dificultad. Poco más allá de Legaspi entramos en el terreno del último cataclismo, que fué desastroso, habiendo costado la vida á centenares de habitantes (1). Aquí no hay ya casetas, porque todas quedaron destruídas; el terreno está cubierto de una ceniza fértil, sembrada de masas de lava; á la izquierda elévase la sombría pendiente del Mayón; á la derecha se extienden las aguas tranquilas y azules del golfo de Albay, estrechadas entre alturas cubiertas de verde; y á lo lejos divísase el Océano Pacífico. Algunas velas que se deslizan sobre las aguas comunican al paisaje un carácter grandioso é imponente, por el carácter de su fragilidad con las masas que nos dominan; y en este conjunto majestuoso extiéndese una luz gris, dulcificada por los grandes árboles, cuyos contornos parecen flotar inciertos sobre un océano de follaje.



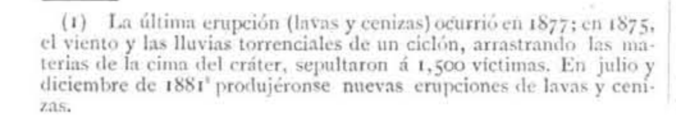
Viaje á Filipinas.—Interior de una cabaña bicola

Muy pronto salimos del perímetro devastado, y al punto reaparecen las casetas, tan risueñas como la fisonomía de sus habitantes: todo este país es un jardín encantado. Nos detenemos para tomar un nuevo guía en la plaza de Libog, pueblecillo que ofrece el aspecto de todos los demás: iglesia y campanario de piedra, convento, y edificio del tribunal, que circunscribe la plaza céntrica, de donde arrancan las principales calles, sombreadas por las palmeras, ó por las espesuras de cañas. A esta temprana hora de la mañana las mujeres salen del templo, cubierta la cabeza con el velo tradicional, y se alejan contoneándose graciosamente. El guía llega muy pronto; es un cuadrillero, buen tipo de los de su especie; su traje se reduce á un calzón muy corto, cubriendo su cabeza un *salaco* (2); la brida de su caballo es un simple ronzal; la silla carece de cincha; y en cuanto al cuadrúpedo, es muy asustadizo, pero un cuadrillero indígena aventaja al árabe en el arte de sacar partido del animal más rehacio, y nuestro guía nos sigue al galope tendido que nuestras monturas toman al salir de Libog. Saliendo del camino llano, continuamos la marcha á través de arroyos y arrozales; las nubes parecen rasar la tierra y resuélvense al fin en una de esas copiosas lluvias de que sólo serían una pálida imitación nuestros más recios temporales; pero nos refugiamos en el pequeño caserío de San Andrés, en el que uno de nuestros muchachos debe desempeñar una comisión: lleva á una joven indígena la *Historia de los amores de dos amantes célebres*, que es la *Iliada* del dialecto bicol.

La perfección de esta epopeya ha debido desanimar á los poetas, pues me dicen que es la única obra del país que se puede leer. Las cualidades intelectuales de los indios nada tienen que ver con el razonamiento y el análisis; en estos pueblos, dominados únicamente por sus sensaciones é instintos, el estudio delicado de un sentimiento no encontraría modelo ni lectores; de modo que el autor suele contentarse con el desarrollo de una aventura trivial, en la que su pluma aglomera descripciones de insoportable extensión.

La caseta donde dejamos la famosa epopeya es semejante á la de todos los indígenas agricultores. En la provincia reina el bienestar, pero en estos climas, donde la vida es tan fácil, sólo se reconoce á primera vista la abundancia por el número de búfalos y la buena conservación de las casetas.

(Continuará)



(1) La última erupción (lavas y cenizas) ocurrió en 1877; en 1875, el viento y las lluvias torrenciales de un ciclón, arrastrando las materias de la cima del cráter, sepultaron á 1,500 víctimas. En julio y diciembre de 1881 produjéronse nuevas erupciones de lavas y cenizas.

(2) Sombrero en forma de sombrilla.

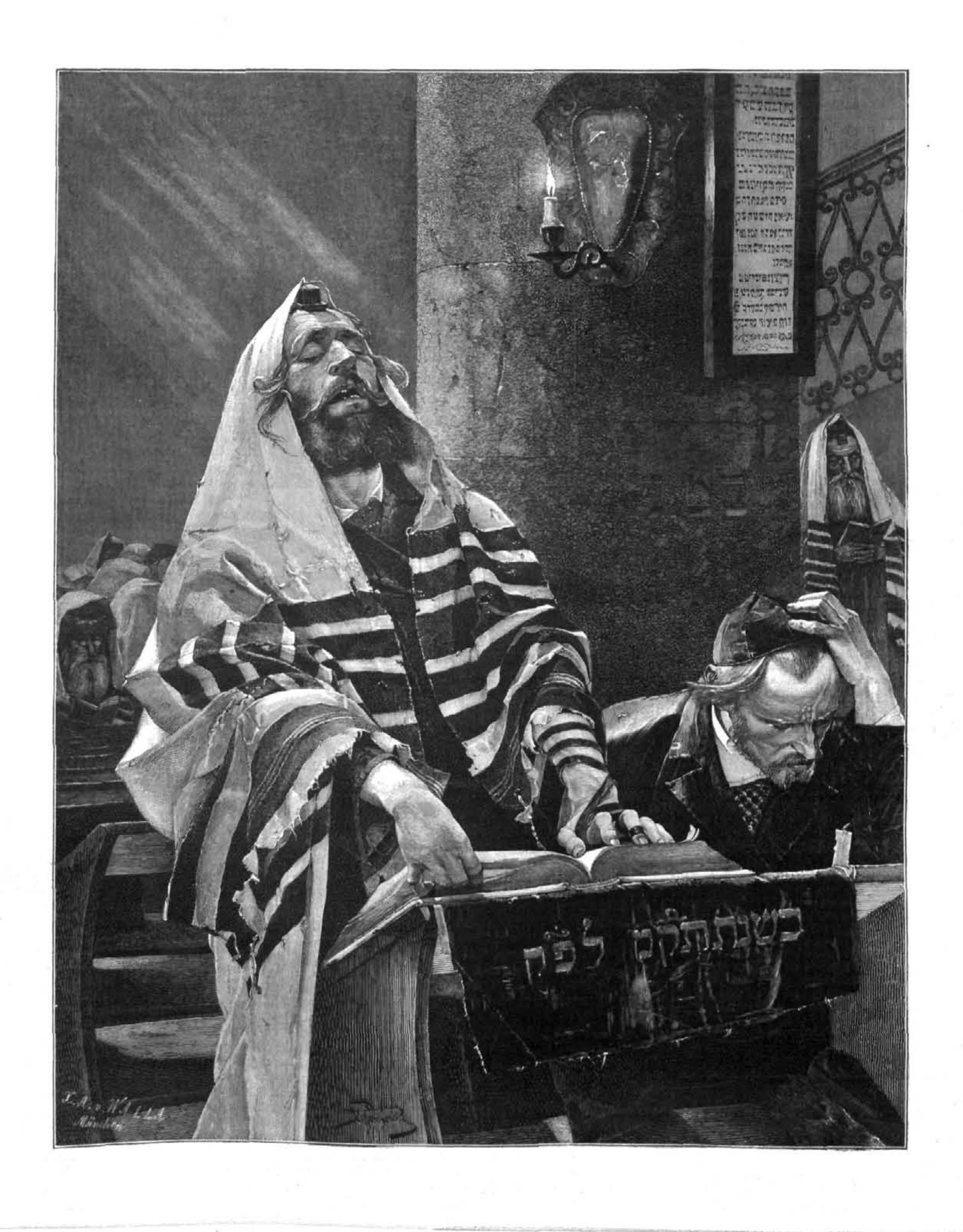
Viaje á Filipinas.—*Moros-Moros*, comedia y baile en el teatro de Albay

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 15 DE MARZO DE 1886— NUM. 220

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡ALABADO SEA EL SEÑOR!... cuadro de Grocholsfi

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡ALABADO SEA EL SEÑOR!.. cuadro de Grocholsfi

En el interior de una sinagoga, el rabino entona el himno de la alabanza, que repiten en voz baja los judíos que pueblan el templo.

El interés de este cuadro está concentrado casi absolutamente en su figura principal: el resto de la tela tiene escasa ó nula importancia. La sinagoga es pobre, nada en ella habla al sentimiento religioso; lo mismo puede ser templo que escuela de primeras letras de un mal pueblo. Esto, empero, aumenta quizás el relieve de la figura del rabino, que es verdaderamente una obra de grande ejecución.

A la vista de ese hombre, que conserva en toda su pureza el tipo de los hijos de Israel, se echa de ver el fervor religioso de que se halla poseído: cualquiera puede confundirle con uno de esos profetas que en sus éxtasis parecían descubrir las interioridades del cielo y entonar sus cánticos cabe el mismo trono del Señor. Su arrobamiento es completo; la materia se halla completamente subyugada por el espíritu; su alma, su pensamiento se encuentra lejos, muy lejos del mundo; cualquiera le diría ciego y pudiera decírselo con propiedad, porque sus ojos rechazan la vista de los objetos que le rodean y buscan á Jehová entre las tinieblas de que voluntariamente se rodean. El rabino de Grocholsfi es la personificación del misticismo judaico.

LA MERIENDA, cuadro de J. Geoffroy

El autor de este lienzo se ha dedicado especialmente á pintar escenas de niños. Esto le ha proporcionado la clientela de muchas madres y la admiración de todas. Como Detaille estudia las costumbres militares, ó mejor como Giacomelli estudia las de los pájaros, Geoffroy estudia las de esas preciosas criaturas que su pincel reproduce, bellas, frescas, lozanas, ingenuas aun en la manifestación de las pasiones á que obedecen de momento. El pintor, que es muy joven aún, conserva perfectamente en la memoria sus recuerdos infantiles y se complace en dar forma á la sociedad en que formaba no há muchos años.

Aparte la fuente de su inspiración, que no puede ser más simpática, hay que reconocer en él una factura delicada, expresiva y que revela dominio del arte. Los niños de ese cuadro no son hombres pequeños, reducciones de figuras mayores que nada tienen de la forma y del espíritu de aquellos; al contrario, son bebés deliciosos, bien comprendidos, bien sentidos, admirables de expresión y dignos de ser comidos á besos. Geoffroy goza de verdadera reputación como artista; y muy merecidamente.

Tocante á la escena que el cuadro representa no hay para qué describirla: el semblante de sus personajes recorre toda la escala de los sentimientos promovidos por la gula infantil; y pues en otro alguno como en los niños la cara es el espejo del alma, en la de esas criaturas son de distinguir los diablillos y los ángeles de la escuela.

PERSIGUIENDO Á UN CANALLA, cuadro de José Wopfner

El autor de este cuadro se ha forjado primero una leyenda, y sobre ella ha pintado una escena verdaderamente dramática. Ignoramos hasta qué punto la leyenda tiene fundamento histórico; pero puede tenerlo, puesto que es la generalizada tradición del hombre malo. Empieza por las travesuras malévolas del muchacho, siguen las faltas graves del adolescente, vienen en pos los primeros delitos del joven y coronan la historia los crímenes del hombre maduro, incluso el asesinato.

En este estado, la justicia, de acuerdo con alguna de las víctimas, sale en persecución del delincuente, que ha huído en una frágil embarcación; y este es el momento escogido por el artista para representado en el lienzo.

El cielo es tempestuoso; el viento encrespa las aguas, la lluvia se desata á torrentes... Pero nada arredra á los perseguidores, porque van animados por sus agravios.

Añade la leyenda que al fugitivo se le rompe un remo, y esto le pone en manos de la justicia, que da cuenta de él por todo lo alto.

Aparte la perfecta concordancia que existe entre el asunto del cuadro y su ejecución, es indudable que la obra de Wopfner impresiona profundamente y que en ella ha dado una prueba de vigoroso dibujo al par que de profundo estudio de la naturaleza.

BOSQUEJOS Y DIBUJOS de Gustavo Doré

Entre los diversos dibujos que se conservan como recuerdo del eminente artista Gustavo Doré, hay uno muy característico, «La Abuela,» que llamó la atención por la naturalidad y gracia con que está representado el personaje. Cuando el célebre dibujante fué á Londres, bosquejó también varios tipos, con esa maestría que le caracterizaba, y en los cuales revelábase la prodigiosa rapidez de ejecución, y su habilidad para representar en cuatro pinceladas las figuras que se proponía caracterizar. Ejemplo de ello son «La Madrecita,» bosqueiada en el Puente de Londres, y que representa dos escuálidos niños en dos grupos diferentes, y la figura de un pobre anciano con su hijo. Del viaje á Italia de Gustavo se conservan también algunos bosquejos de paisajes, como el que representa la «Vía Mala.» Todos estos dibujos son los que se reproducen en nuestro grabado.

DESDE ROMA

Es bien triste, pero muy cierto, que los más y mejores de nuestros artistas son poco conocidos en la madre patria: tal vez así ocurre porque antes de llegar al apogeo de su fama, la triste realidad les enseñó que una de las grandes verdades del Evangelio es, la de que nadie es profeta en su tierra.

Casi todos ellos hicieron y hacen aquí su carrera y por cierto que en ninguna parte mejor. Roma ha sido y es madre del arte y aun más que esto; hoy es uno de los grandes mercados para el arte: de todas las naciones acuden aquí ricos personajes, que tienen también algo más que dinero: visitan estudios y galerías, compran á mejor precio que en cualquier otra parte, y como desgraciadamente de todos ellos ninguno es español, hé aquí por qué las obras de nuestros artistas que tanto valen, van al extranjero y España carece de ellas. Preguntad á Serra, los Benlliures, Pradilla, Villegas y todos os dirán que no exageramos.

A dar á conocer estas obras, á recordar estos buenos compatriotas que tan alto ponen el nombre de España, tienden nuestras Revistas en las que procuraremos no omitir nada, cuidando mucho también de, al propio tiempo, no decir nada de más.

Los españoles que se dedican aquí al cultivo de las bellas artes, unos son libres é independientes, otros se hallan sujetos á reglamentos; unos viven cómo y donde quieren, otros están acuartelados; para unos la animación del Corso y del Babuino, para otros las soledades de San Pietro Montorio, del histórico Janículo, donde se alza la Academia de España; donde han de vivir los pensionados, no gratis por supuesto, sino satisfaciendo todos sus gastos con la mísera pensión que el gobierno les da para remunerar el talento que manifestaron en las oposiciones y como paga, por adelantado, de las obras que han de constituir los envíos. Menos mal si luego estas obras fueran convenientemente apreciadas, pero no puede menos que dominarnos honda tristeza al recordar la desdichada suerte que les aguarda: los cuadros servirán para adornar los pasillos del Ministerio de Fomento ó para decorar alguna oficina, donde los ennegrecerá el humo del tabaco que se quema en gracias de la holganza. Las estatuas, mal colocadas en bajos, húmedos y oscuros corredores, se caerán á pedazos sin que nadie se aperciba de ello ó servirán de solaz y divertimiento á muchachos mal criados, que pondrán sucia punta de cigarro en los labios que modeló el artista, tal vez pensando en frases que articularon y que excitaron su entusiasmo.

Estos pensamientos nos atormentaban no há muchas tardes, visitando los estudios de los pensionados: quisiéramos hablar de todos, pero los de pintura, Checa y Maura, están ausentes, creo que en Padua, para hacer la copia á que el reglamento los obliga: desde luego afirmamos que serán notables, pues es bien conocido el talento de ambos; á estas horas estudiarán á Giotto y á Mantegna, maestros que tanto y tanto representan en la historia del verdadero arte. Sala, hace estudios que son verdaderos cuadros: pensionado de mérito, con respecto á él debían invertirse los términos y decir que es mérito pensionado: pintará cuadro notabilísimo, lo auguramos, pues entendemos que vino á esto; como artista en Roma no aprenderá nada; tal vez sólo el tiempo le enseñe alguna cosa más. Del maestro Serrano, pensionado de mérito también, no podemos ocuparnos: el autor del *Mitridates*, tan aplaudido en el teatro Real, escribe ahora una nueva ópera, que en su día juzgarán los inteligentes, sin duda para aumentar los laureles del joven compositor.

Quedan pues allí, en aquel caserón que tiene por igual de cuartel y de convento, los pensionados de escultura, notables ambos; artistas de gran porvenir y cuyas obras revelan ya sin que pueda dudarse el genio de que felizmente se encuentran animados. Jóvenes los dos es de menos años aún Querol, aventajado discípulo de Vallmitjana, para quien corre ahora el segundo año de pensión. Los escultores que vienen á la Academia, tienen obligación de enviar el primer año una figura, el segundo un bajo relieve y el tercero un grupo. Querol tiene terminado el envío del primer año, admirable estatua que representa al *Vencido de hoy*. Bellísima representación del desnudo, revela grandes estudios y extensos conocimientos en el difícil arte de Praxiteles y Fidias: con la espada rota y ceñida la cabeza con la venda que oculta sus heridas, aquel guerrero está en la calmada actitud del que cumplió con su deber; sus ideales, simbolizados en la victoria que lleva en brazos, pueden contar aún con todo el valor que respira aquel rostro varonil medio vuelto, como si mirase desdeñosamente á quien se fuga en su retirada. Querol ha hecho más que debía: el reglamento le pide un estudio; él ha hecho una estatua que acredita su mucho valer, obra que no es una promesa de estudiante, sino una realidad de artista.

Hállase ahora preparando el envío del segundo año, del que muy poco puede decirse aún: se ha inspirado con fortuna en uno de los acontecimientos más dramáticos de la antigua historia romana. Tulia, la hija del sexto rey de Roma, henchida de soberbia, ciega de orgullo, al saber que su marido es rey de la ciudad que se hará eterna, porque ya asesinó á su padre, corre presurosa á saludarlo: el cadáver de Servio Tulio yace insepulto aún al pie del Esquilino y aquella hija desnaturalizada no se para en nada, ni ante los restos de su padre, que quedan hollados por las ruedas de su *biga*, en la que prosigue á pesar de los gritos de espanto que lanzan los de su séquito. Este joven artista de conciencia, ha realizado grandes estudios para llevar su obra á feliz término y más de una vez se le ha podido ver en la vía que por tal acontecimiento aun se llama *Scelerata*, para estudiar el terreno, ó en el museo capitolino donde se conservan en perfecto estado carros como el que debía llevar la que de una manera tan infausta inauguró el reinado de su marido Tarquino el Soberbio. Lo que lleva hecho es notable; la colocación de las figuras acertada, y no hay por qué dudar que como suya será una creación sobresaliente.

Barrón, el otro pensionado de escultura, no desmerece en nada: trabaja activamente en su segundo envío y hace una obra notable desde todos puntos de vista: *Santa Eulalia ante el pretor romano*, es el asunto escogido para hacer el gran bajo relieve que pronto quedará terminado. La joven entusiasta que voluntariamente se ofreció al martirio, confiesa su doctrina, y á su rostro ha sabido llevar el artista una expresión de ardimiento al par que de dulzura que atrae desde luego las miradas; el magistrado, por su actitud y por su expresión, más parece atento á las gracias de la joven, que al delito que comete, pero junto á él se hallan sacerdotes horrorizados y consejeros fanáticos cuyas actitudes son diversas, como son diversas sus facciones, y para que no falte nada, en una obra tan perfectamente estudiada, que su mismo gran movimiento lleva á la melancolía, casi detrás de la santa ha colocado el escultor un joven que parece estar diciendo: «á mí lo mismo me da.» Sinceramente felicitamos al artista que de un asunto tan sencillo, ha sabido sacar tan grandísimo partido.

Entre los artistas libres, esto es, entre los que no están bajo la benévola vigilancia de D. Vicente Palmaroli, hay gran movimiento no sólo moral, sino que también material. Los tres hermanos Benlliure que viven en esta y Silvela salieron para España, no á pasearse como pudiera creerse, sino á seguir trabajando. De los Benlliure, el mayor fué á entregar al Marqués de Campos un cuadro que el rico valenciano le tenía encargado. Representa la *distribución de premios en una de las escuelas* fundadas por el opulento contratista de los vapores á Filipinas. En esta obra campean todas las buenas condiciones que como pintor atesora Pepe Benlliure; corrección en el dibujo, brillantez de colorido, naturalidad y gracia en el movimiento, en fin todo lo que contribuye á formar un notabilísimo cuadro. El artista ha luchado en él con la no pequeña contrariedad de que todas las figuras son retratos: sobre plataforma casi cubierta de preciosas flores, se ve el tribunal formado por el Cardenal-arzobispo, que ocupa el centro, y los Marqueses de Campos que están respectivamente á su derecha é izquierda: frente á ellos y sobre un taburete, sin duda para que puedan verlo, está un pequeñuelo que, sostenido por una bondadosa hermana de la Caridad, recita alguna composición poética hecha *ad hoc* ó repite aprendida lección que á todos gusta, á juzgar por la expresión de satisfechos que revelan. En el segundo término de esta obra, se ven algunos mudos espectadores de la interesante escena que no pueden menos que fijar nuestras miradas: el artista ha querido que todo esté en perfecta relación y obligado á hacer retratos en los actores de la escena que se representa, ha hecho también retratos en el público que la presencia y entre ellos se reconocen á Pradilla, Villodas y algunos más de nuestros notables compatriotas.

Juan Antonio Benlliure, simpático como todos los de la familia, artista que comienza y al que se le ve progresar por días, marchó también á tomar apuntes para el cuadro que prepara y que aun sin haberlo empezado auguramos que será una nota de color altamente simpática como todas las suyas, en la que campará alguna ó algunas de esas figuras femeniles que tan maestramente toca. De esta familia de artistas, el menor es Mariano, escultor de grandísimo talento cuyas producciones alcanzan ya precios exorbitantes. Por encargo tenía empezada una estatua, representacion de la Música en forma originalísima y de la que hablaremos en su día, y un jarrón de capricho, que será una maravilla. Suspendió sus trabajos y fué á España á estrechar vínculos que formó el corazón: á esta hora Mariano Benlliure se ha casado. Dios quiera que la compañera que Dios le ha formado, sea cuando menos tan perfecta como las obras que salen de sus hábiles manos.

Silvela, y no hay error, pertenece á la conocida familia de los Silvelas: hacemos esta aclaración, pues no faltaría quien sin ella lo pusiera en duda. Es una familia de magistrados, ministros, profesores, militares, diplomáticos, que después de todo son profesiones de tonos sombríos: reunidos casi casi resultaban lúgubres y hacia falta pues una nota de color brillante, que diera luz al cuadro, que formara contraste al menos. Hay familias privilegiadas y esta es una de ellas: ya tiene lo que le hacía falta, un notable pintor, pues sin que pase mucho tiempo, llegará á serlo Mateo Silvela, hijo del serio D. Manuel, varias veces ministro, algunas diplomático y siempre abogado, á quien se hubiera podido predecir mejor un hijo pontífice, que pintor. Discípulo de Casto Plasencia que podría ser llamado el Vigoroso, si fuera costumbre dar á los pintores sobrenombres como á los reyes, Mateo Silvela vino á Roma á seguir sus estudios y debidas á su pincel mostró cabezas que hacen esperar mucho bueno: teniendo presente siempre el natural, trabaja con fe y afán, venciendo dificultades y revelando una notable vista para el color. Juzgóse con fuerzas para hacer algo más que estudios y en verdad que no se le puede acusar de presuntuoso, pues el cuadro que ha terminado acredita sus rápidos progresos. Lo que sin duda favorece más á los artistas que aquí vienen, es la facilidad de adquirir conocimientos y la proporción de estudiar los grandes maestros de todos los tiempos y todas las escuelas: Italia será siempre inagotable mina de riqueza artística, pues apenas si hay poblacho que carezca de joyas de este género: aquí un viaje de recreo, lo mismo por una parte, que por otra, es siempre provechoso, y Mateo Silvela ha sacado opimos frutos de su viaje á Assisi. La patria del Santo á quien llamó Dante *Serafico in ardore*, aquella ciudad que tantos recuerdos despierta, atesora en su catedral estimadísimas obras de Cimabúe y Giotto, de Cavallini y Capanna y allí en aquella cripta reposa el santo caritativo, á quien

con razón creía la gente un emisario de Dios. El artista ha sacado de todo provechosas enseñanzas y en un lienzo de más de tres metros, ha pintado con verdad y acierto una escena tiernísima; *San Francisco dando limosna á los pobres*. Vana y ridícula exageración sería decir que el cuadro está exento de defectos; en primer término es una obra humana, en segundo es el primer cuadro de este inteligente joven, que será en el arte tal vez más que sus parientes en la ciencia, pues si sólo á uno de ellos nos atenemos, como pintor el sobrino vale más á sus pocos años, que el tío como ministro, á pesar de sus excelencias tan decantadas.

El lugar de la escena en este cuadro es uno de aquellos macizos claustros que tanto recuerdan la Edad media: en el fondo hay un bello estudio de perspectiva que facilita luz al segundo término: sin la bien estudiada colocación de aquella puerta, tras la cual se adivina el anchuroso patio, el cuadro hubiera tenido que resultar en exagerada penumbra ó faltar á la verdad. A la izquierda, el santo, en la seráfica actitud que le prestan los antiguos maestros y en forma tal que sin querer se recuerda la estatua de Cano, socorre á varios desvalidos que forman interesante grupo: entre ellos hay dos figuras de primer orden por lo acabado del estudio; la del mendigo que se halla arrodillado á los pies de San Francisco y la del viejo infirme que acude presuroso en busca de paños para cubrir su desnudez. Correcto de dibujo y armonioso en la composición hay que esperar más aún de un joven que no pasa todavía de principiante.

No hace muchos días se abrió aquí una exposición de pinturas, á la que han concurrido algunos artistas españoles: de ellos y de los demás compatriotas, hablaremos en nuestras sucesivas crónicas.

A. FERNÁNDEZ MERINO

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

—¡Cuidado! no hay que jugar con esas cosas, porque nada hay en el mundo tan precioso como la vida.

—¿Ha sido V. siempre feliz? —preguntó Armengol al hombre que, sentado á los pies de la cama, hacía todo lo posible por consolarle.

—¡Jinojo! de todo ha habido en mi viña; pero qué quiere V., con este carácter que Dios me ha dado, que me hago á todo, siempre he tomado las cosas por la cara mejor con que se me han aparecido.

El que esto decía era un pobre señor, como de unos sesenta años, con el pelo entrecano y aun abundante; de rostro jovial y bonachón; de ojos un tanto vivos, pero poco penetrantes en su mirada; delgado de cuerpo, bajo de estatura, ligero en el andar, grave y sentencioso en sus palabras, pero de muy escaso magín y de cortísimos alcances.

Vestía con modestia, pero con aseo. Su traje se componía de un gaban ajustado al cuerpo, un chaleco y un pantalón, todos de una misma tela y de color oscuro con ciertos vislumbres azules y morados.

No bebía, ni jugaba, ni se le conocía vicio alguno si no era el de fumar, y esto con moderación y de lo más barato.

Empleado en Hacienda con cuatro mil reales, allá cuando contaba sólo veinte años, había seguido cobrando el mismo sueldo hasta la edad en que le hemos conocido.

El, á pesar de tan corto progreso en sus honorarios, había permanecido contento y satisfecho durante todo este tiempo, y cuando alguno le hacía alguna observación sobre el poco haber que cobraba, respondía con la mayor mansedumbre:

—¿Y yo para qué quiero más? Con esta cantidad que á algunos parece tan pequeña, tengo yo lo suficiente para vivir, eso sí, con modestia, y aun siempre me sobra con qué echar, al cabo del año, alguna cana al aire.

Pocas, en verdad, echaría el menguado, si no eran las suyas, con tan mezquino patrimonio.

—¿Y doña Antonia? —preguntó Armengol después de una breve pausa.

El empleado, por toda contestación, comenzó á dar voces saliendo al corredor.

—¡Antonia! ¡Antonia! que D. Angel pregunta por tí.

—Ya, ya voy, —contestó ésta desde su habitación.

En efecto, á los pocos momentos salió la vecina, toda apresurada y confusa, y se dirigió al cuarto del enfermo.

Llevaba en la mano izquierda un plato y sobre él una taza bastante honda, llena de caldo, que para que se enfriara un poco iba agitándolo por el camino con una cuchara que llevaba en la mano.

—Don Angel, V. me dispensará si no he venido antes á traerle lo que yo, sin saber jota de medicina, creo que no le sentará del todo mal, —dijo la buena mujer mientras entraba en la habitación de nuestro joven.

—Señora, —replicó éste lleno de dulzura, —no llamaba yo á V. por eso, sino por saber de quién tan bien se porta conmigo; del ángel cariñoso que en medio de mi tristeza y abatimiento me consuela de la manera que usted, doña Antonia, sabe consolarme.

—Vamos, Antonia, no te aturdas con los piropos y requiebros de D. Angel, —dijo el viejo con el tono jovial que le era característico. —¿Ves? ya has derramado el caldo, ¡torpe! Ea, date prisa; dáselo pronto á nuestro vecino y que le sirva de salud y provecho Yo ya me marcho á la oficina. D. Angel, con permiso de V. voy á ver qué hora es en su reloj; porque el mío ya hace días que el maldito no quiere andar. ¡Pues si son ya las diez! Señores, hasta la vista. Que V. se quede con Dios.

Diciendo esto, sin dar tiempo á que ninguno de los dos que con él estaba le contestase, puesto el sombrero y con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos del gabán, tomó las escaleras abajo y se encaminó hacia la oficina, temeroso de que por llegar unos minutos más tarde de lo establecido, le fuesen á quitar su empleo, que sería lo que él hubiera sentido más en el mundo.

Quedáronse, pues, solos Armengol y Antonia. Aquél tomando el caldo; ésta de pie junto á la cama.

—¡Cuán buena es V.! —dijo Angel.

—¿Por qué soy buena? —repuso la vecina.

—No es menester discurrir mucho para saber que lo es usted.

—¡Ba! esto no merece la pena; lo que importa es que usted se ponga bueno, y salga pronto á la calle, y frecuente las tertulias y los salones de los grandes señores, y vea tantas señoras guapas como hay en el mundo, y que encuentre una que, en ocasiones como esta, le dé todos los consuelos á que es V. acreedor.

—Antonia, nunca he creído en tales consuelos.

—¿Cómo que no?

—Dispénseme V., no lo digo por V., á quien verdaderamente estoy reconocido; dígolo por esa mujer de quien poco há me hablaba usted.

—Según eso no cree V. en el amor.

—Bajo ningún aspecto.

Antonia se mordió los labios al oir esta última declaración del joven, y miró hacia la puerta para ocultar el gesto de enojo que adoptó su semblante.

Tal revelación había sido para ella como una luz aparecida de pronto en el momento de espiar, á favor de las tinieblas y el misterio, un subterráneo donde se ocultara un tesoro, custodiado por vigilantes guardias.

El amor de Armengol había sido el sueño que había acariciado con más gusto Antonia, el tesoro ambicionado con mayor ansia por ella, desde la primera vez que le vió.

Todos sus pensamientos fueron desde entonces para él. Todos sus deseos se cifraban en verle, hablarle, tomar con él conocimiento, merecer su confianza, su intimidad, poderle mostrar, á despecho de todas las cosas é inconvenientes que se pusieran como obstáculos, el amor que le tenía, la pasión que la dominaba y que la hacía padecer horriblemente.

Antonia era una de esas naturalezas nacidas sólo para amar, y á quienes, por lo mismo, una fatal circunstancia deja y priva de ese elemento esencial y necesario á su existencia.

Es como si á un ave, creada para volar por el espacio, se la sumergiera en el fondo de las aguas; lucharía, se revolvería en todos sentidos, abriría las alas, éstas se le troncharían bajo el peso enorme de las ondas, y terminaría irremisiblemente por ahogarse, si una mano invisible no la sacase de aquel sitio donde sólo le aguardaba la muerte.

A Antonia, educada en medio del más religioso, pero también del más absurdo recogimiento, se la había acostumbrado desde muy niña á renunciar á su voluntad y á su franca y sincera manifestación en las palabras y en las obras.

Los impulsos, aun los más puros de su corazón, se habían estrellado siempre contra una roca que, al salir de la férula paterna, arrebatarían como torrente desbordado, para el que nada puede detener al borde del abismo.

Ya había llegado para Antonia el momento de romper todos los frenos que la sujetaban, los grillos que la tenían en prisión, la cárcel en que, sin culpa alguna, vivía triste, sin luz y sin esperanza de libertad su alma atormentada.

Si Armengol no hubiera pasado ante sus ojos, Antonia hubiera permanecido algún tiempo aletargada, pero al fin el sol la hubiera despertado y vivificado con sus rayos.

A los treinta años una mujer como Antonia, que ha pasado su vida sin amores, cuando éstos llegan á desflorar su corazón de virgen, no son ya un sentimiento más ó menos puro que se apodera de la niña, un sueño ideal y risueño de la fantasía que nos eleva á regiones imaginarias, conviértense en una cosa más real, más grosera, más apremiante, se truecan de sentimiento purísimo en rastrera necesidad.

Que nadie, pues, eche sobre Antonia más culpas que las que por la naturaleza y la educación buenamente le caben á todo mortal que anda por la tierra.

Antonia, pues, quedó profundamente consternada al escuchar de labios del que amaba con locura, una profanacion: tal la creyó ella del amor dios á quien rendía entonces toda su alma.

Armengol, por su parte, al manifestar su irreligión en esta clase de culto, había dicho lo que sentía.

El amor había sido para él como un entretenimiento; cuando más un motivo de orgullo. Ser amado por una mujer hermosa y distinguida, codiciada de muchos, objeto de la universal admiración, llamarse su amante en presencia del gran mundo, acompañarla en paseo, caracoleando con el caballo junto á su carruaje, oir de los amigos plácemes y felicitaciones, hé aquí todo lo que hasta entonces había comprendido por esta pasión.

Armengol, luego que hubo tomado el caldo, le dió la taza á su enfermera con muestras de agradecimiento.

Esta vez Antonia no dijo nada en excusa del poco mérito de sus ofertas y servicios.

Por un corto rato permaneció indecisa, de pie en un mismo sitio, sin acertar á dar un paso.

Armengol la miró atentamente, y de pronto exclamó:

—¡Antonia! ¿por qué llora usted?

Antonia no supo qué contestar á esta pregunta.

Echó á andar pausadamente hacia la puerta.

—¡Don Angel! —murmuró entre sollozos al llegar á ella. Solo Dios sabe lo que pasa en este momento por mi corazón. He sido una loca. He olvidado que pertenezco á un hombre y que no puedo ser... de... nadie más que de él. ¡Adiós para siempre!

Y desapareció.

IX

LA MUJER DE FUEGO

Luego que quedó solo nuestro héroe, se puso á discurrir acerca de la escena que había ocurrido en aquel sitio pocos momentos antes.

De reflexión en reflexión sobre lo que son las mujeres en general y lo que sería particularmente Antonia, llegó á adquirir cierto interés hacia ésta, muy distinto de los que hasta entonces había cobrado su alma por mujer alguna.

Presumió el extraño sentimiento que había despertado en aquel corazón dormido y sereno, al parecer, como un lago rodeado de montañas, á donde no penetra el aire y en cuya superficie sólo se refleja el azul purísimo del cielo.

Halagóle en cierto modo esta consideración. Ser amado por una mujer como Antonia, cuyo corazón, no había que dudarlo por las señales exteriores con que se había patentizado, era uno de los más puros, generosos y apasionados que podían hallarse, era cosa para envanecer á cualquier hombre.

Armengol concibió, pues, por Antonia cierto afecto, el cual, aunque él no se daba clara cuenta de la clase que fuese, no estaba muy lejos de parecerse al amor.

El resto del día trascurrió sin que acaeciese nada de particular.

Al anochecer sintió pasos en la puerta de su cuarto.

Era la portera, que, por encargo de Antonia, iba á suministrarle cuanto le fuese necesario.

Armengol comprendió entonces con toda claridad la pasión que le profesaba aquella mujer, pasión doblemente grande por el crimen que suponía al llegar á tener efecto.

Armengol, ya más aliviado de la calentura, durmió bien aquella noche.

Cuando despertó á la otra mañana, halló sobre la silla que le servía de dama de noche, un papel doblado.

Este papel estaba escrito: era una carta.

Antonia la autora de ella.

La carta decía lo siguiente:

«Señor D. Angel: Perdonad ante todo á una mujer que va á confesar su falta. Sin duda que mi conducta seguida hasta ahora para con V. es reprochable, pero más hubiera llegado á serlo si ya yo no hubiera hecho el propósito de cortar, en raíz todavía, esta inclinación que, andando el tiempo, podría ser causa de algunas desgracias.

»¿Por qué se lo he de negar á V.? Le amo, sí, le amo con toda mi alma. Aunque unida á otro hombre que no es V., por vínculos sagrados, yo siempre había soñado con otro amor. Le ví una vez, y le adoré con frenesí.

»Usted ignora las locuras, las quimeras, los medios que he puesto en juego para llegar hasta su intimidad; porque si bien es cierto que ya desde su principio nos conocíamos, y nos saludábamos, y sabíamos nuestros respectivos nombres, yo anhelaba más que todo esto; mi corazón ardía constantemente en una llama que, sólo aproximándose, uniéndose, confundiéndose con otra, podía producirse la luz que alegra y calma, y no el fuego que abrasa y que consume.

»Acaso extrañará V. este lenguaje en boca de una mujer. Pero no soy yo la que hablo; es mi pasión. Además, ya no soy una niña para ocultar hipócritamente los sentimientos más profundos de mi alma.

»¡Ay! D. Angel, soy muy desgraciada. Ruégole me compadezca en mi desdicha.

»Otra cosa le suplico también: ¡por favor! no haga usted nada por verme; es más, se lo prohibo.

»Adiós, Angel; recobre pronto su salud y sea feliz.

»No olvidará á V. nunca, —*Antonia*.»

Armengol, con la lectura de esta carta, sintió nacer dentro de su alma algo que ahogaba su vanidad de hombre.

Dos días trascurrieron sin que Armengol saliese de la perplejidad en que le había sumido el escrito singular de Antonia.

Por fin, al tercer día, se decidió á escribirla rogándola viniese á verle por su cuarto, donde hablando se entenderían mejor.

Cogió la pluma y trazó sobre el papel algunas palabras que borró y sustituyó con otras. Pareciéndole éstas tan poco acertadas como las primeras, rompió el papel y pensó que mejor sería ir á visitarla él mismo.

Procuró levantarse de la cama á pesar de sus debilitadas fuerzas. Hízolo en efecto; vistióse, y yendo apoyado con la mano en las paredes, llegó á la habitación de su vecina.

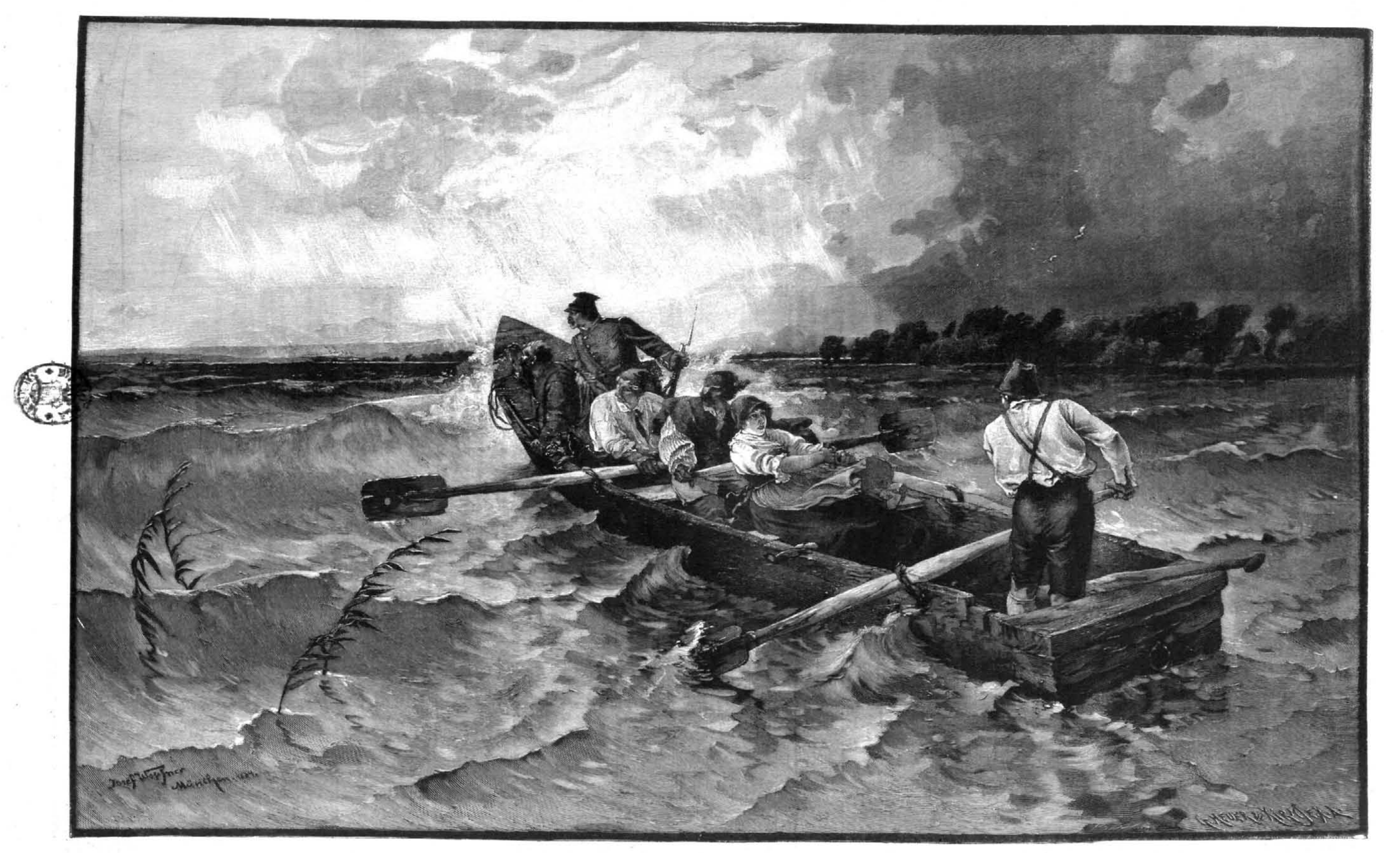
Lo primero que experimentó Antonia al verle entrar fué un sentimiento de alegría.

Después, por una reacción súbita, sintió un afecto contrario.

Esto la desconcertó y turbó de tal manera, que no pudo articular palabra alguna, ni moverse del sitio en que se encontraba.



LA MERIENDA, cuadro de J. Geoffroy.



PERSIGUIENDO Á UN CANALLA, cuadro de José Wopfner


BOSQUEJO, de Gustavo Doré

Angel llegó hasta ella, y, tendiéndole la mano, le dijo:
– ¿Cómo está V., Antonia?

Ella contestó con una fórmula vulgar al saludo.

Antonia, al pronunciar estas frases y estrechar la mano de Armengol, estaba convulsa, mostrando por la palidez de su rostro lo mucho que sufría en aquel momento.

El joven, comprendiéndolo todo, repuso:

– No; pues lo que es V. no está bien

– Angel, no me atormente V. más, – replicó Antonia. – Es cierto, no estoy bien. No lo estaré nunca. Soy muy desgraciada.

Sus ojos se humedecieron al acabar de decir esto.

Armengol estrechó una mano que Antonia le tendió.

(Continuará)

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS

Inocencio Negro estaba llamado á tener un porvenir más oscuro que su apellido, y como la suerte ó la desgracia empiezan á manifestarse desde bien temprano, las desdichas de nuestro protagonista comenzaron desde el momento de su nacimiento.

Hijo de un matrimonio que se había pasado quince años esperando un heredero, excusado es decir que sus progenitores le prodigaron toda suerte de cuidados cuando encerrado en la prisión del claustro materno no podía disfrutar de ellos. Mas ¡ay! su bondad innata no quiso sin duda prolongar la impaciencia que devoraba á los autores de sus días é Inocencio se decidió á traspasar los umbrales de la vida antes del plazo marcado por la ley. Aquel rasgo de magnanimidad, con que voluntariamente se condenaba á la condición de siete-mesino, tuvo fatales consecuencias. Su madre perdió la vida al darle á luz, y su padre, no pudiendo soportar el rudo golpe que le privaba de su compañera, se ahorcó de la reja á través de cuyos hierros Inocencio recibía los primeros rayos del luminar del día.

***

La temprana orfandad de nuestro personaje no impidió que con más ó menos trabajos, llegara á la edad en que la palmeta de un dómine nos hace envidiar la suerte de esos pájaros que aprenden todo cuanto tienen que saber sin que nadie coarte su libertad; y en ese período Inocencio demostró que su índole era tan bondadosa como negro su sino. Jamás se proponía un premio en la escuela á que él con una constancia digna de mejor suerte no aspirase; pero siempre había otro que, con menos trabajo y menos mérito, se llevaba la recompensa apetecida. En cambio, los palmetazos que merecían todos, venían á parar á él, y cuando llegaba un día de asueto no faltaba una importuna fiebre ó una impensada indigestión que le retuviera en el lecho privándole de los juegos extraordinarios con que se solazaban sus compañeros. Estos incidentes acabaron por granjearle una poca envidiable reputación, precedido de la cual se presentó á tomar el grado de bachiller.

En los ejercicios de aquel acto tuvo la debilidad de desarrollar los temas que habían tocado en suerte á uno de sus compañeros y éste mereció los más entusiastas plácemes del tribunal. A él, por el contrario, se le acusó de haber copiado los trabajos del otro y por unanimidad fué reprobado.

***

Tales contratiempos al principio de la vida, hubieran acabado por ennegrecer una conciencia cualquiera; pero Inocencio Negro estaba dotado de un alma á prueba de infortunios, y, persuadido de que la propia satisfacción es la gran recompensa de la virtud, se resolvió á vencer la mala fortuna á fuerza de heroísmo.

Con tal propósito entró en una casa de comercio, que consumió un voraz incendio al día siguiente de su entrada en ella. En medio de la desolación general viendo pintada en el rostro de su principal la más cruel de las desesperaciones, no dudó un momento en arrojarse en medio de las llamas para salvar la caja. Chamuscado hasta las cejas, cubiertos sus brazos y sus piernas de horribles quemaduras, logró, con gran peligro de su vida, llegar hasta el arca de hierro en que estaban encerrados los valores, y en la imposibilidad de cargar con ella hizo saltar la tapa de un hachazo y retiró los fondos.

Mas ¡ay! el fuego los consumió en sus manos y al salir milagrosamente de aquel verdadero infierno de llamas y de escombros, un agente de policía se apoderaba de él. Un mes después se le condenaba á cinco años de presidio correccional por haber tratado de apoderarse, á favor de un incendio, de una fortuna que no corría riesgo alguno en una caja de hierro.

***

Un día estalló una sublevación entre los penados del correccional en que se encontraba; su natural bondad le hizo ponerse de parte de sus jefes, pero creyendo salvar á uno de los empleados del presidio, atrancó con resolución una puerta, dispuesto á que nadie la abriera si no pasaba antes sobre su cuerpo. Por desdicha la salvación del desgraciado empleado estaba en aquel paso, y mientras nuestro héroe creía impedir que los perseguidores le alcanzaran, lo que hizo fué embarazar su fuga y dar lugar á que le asesinaran. El premio de aquella acción fué su traslado á Ceuta con la pena de veinte años de grillete.

Después de consultar largamente con su conciencia, se decidió á aprovechar una coyuntura y se fugó del presidio. Vuelto á Madrid, cambió de nombre y con ello creyó haber despistado á la fatalidad. Con tal seguridad volvió á practicar el bien, diciendo para su coleto:

– Ahora sí que mi tarea no será infructuosa.

***

Una tarde volvía de la romería de San Isidro, ve un caballo desbocado que arrastra en pos de sí un carruaje amenazando precipitarse en el río, y sin darse tiempo de pensar en los peligros á que se expone, se arroja á detener al indómito animal. Al sujetarle cae en tierra y se disloca un brazo, se fractura una pierna y se infiere una ancha herida en la cabeza; pero está satisfecho. Su cuerpo ha separado al animal del camino trazado y ha


BOSQUEJO, de Gustavo Doré

impedido una caída que todos tenían por inevitable. Sin embargo, el caballo no se detiene y se precipita en la pradera y allí aplasta á un viejo, dos mujeres y tres niños. Como detalle debemos hacer constar que dentro del carruaje no iba nadie.

***

Disgustado esta vez de los actos heroicos, Inocencio Negro se decide por hacer el bien humildemente, y desde luego se consagra al alivio de los desdichados. Entonces reparte su dinero entre las mujeres pobres, pero sus maridos lo derrochan en las tabernas; provee á los obreros de buenas mantas de Palencia, pero los infelices, habituados al frío, no pueden sufrir el cambio de temperatura y se ven diezmados por las pulmonías; por último, recoge á un perro vagabundo y á los pocos días atacado de hidrofobia muerde á seis personas del barrio.

***

Inocencio comprende que el dinero mal distribuído hace más daño que beneficio y se decide á concentrar en un solo sér toda su filantropía. Para llevar á cabo su propósito, adopta una huérfana que no tenía nada de hermosa, pero que estaba dotada de las más bellas cualidades. Tales ternuras paternales desplegó al educarla, de tantas atenciones supo rodearla, que una noche arrojándose á sus pies la doncella, le confesó que le amaba.

El se esforzó en hacerla comprender que siempre la había mirado como una hija y que conceptuaría un crimen ceder á la tentación, acabando por demostrarla paternalmente que había tomado por amor lo que no debía ser otra cosa que la crisis de una naturaleza apasionada.

Más que con aquel razonamiento creyó haberla calmado con la promesa de buscarla un esposo digno de sus virtudes y con esto quedó tranquila su conciencia; pero bien pronto debía convencerse de su error. Al día siguiente se encontró á la puerta de su habitación el cadáver de la desventurada joven, que se había atravesado el corazón con un puñal.

***

De repente Inocencio Negro renunció á su papel de providencia de los desgraciados y se hizo la promesa de no meterse á practicar el bien de otro modo que oponiéndose al mal.

Poco tiempo después la casualidad le puso sobre la pista de un crimen que un amigo suyo se disponía á perpetrar. Nada le hubiera sido más fácil que denunciar al criminal á la policía; pero temeroso de que la trama se deshiciera por falta de pruebas, prefirió coger todos los hilos y para ello fingió tomar una participación en el asunto. El resultado fué que el criminal acabó por advertir su juego y con pasmosa habilidad arregló las cosas de modo que el crimen se perpetró y él quedó á salvo, y, recayendo todas las sospechas en el que se había propuesto descubrir el crimen, el preso fué Inocencio Negro.

***

El informe fiscal contra nuestro personaje fué una verdadera obra maestra de lógica. En él se recordaba toda la vida del acusado, su infancia deplorable, sus castigos en el colegio, sus malas notas en los exámenes, la audacia de su primera tentativa de robo, su complicidad odiosa en el motín correccional, su evasión de Ceuta y su vuelta á Madrid con un nombre supuesto. A partir de este momento especialmente el ministerio fiscal rayó en el más alto grado de elocuencia forense. Apóstrofes conmovedores le sirvieron para estigmatizar á aquel monstruo de hipocresía, á aquel corruptor del proletariado que para satisfacer las más repugnantes pasiones enviaba á los maridos á beber á la taberna con su propio dinero, á aquel pseudo-bienhechor del cual no se había podido averiguar si de lo que trataba era de granjearse una popularidad encaminada á malos fines ó de acabar con los hombres honrados y trabajadores. Sólo haciendo escrupulosísimas salvedades se atrevió á profundizar la refinada perversidad de aquel malvado que recogía perros rabiosos para lanzarlos sobre los pacíficos vecinos, de aquel demonio que hacía el mal por el mal y que se dejaba estropear por un caballo desbocado ¿para qué? para darse el incomprensible placer de verle revolverse entre la multitud y aplastar débiles mujeres, decrépitos ancianos é inocentes niños. ¡Ah! ¡semejante miserable era capaz de todo! Sin género alguno de duda, su vida había sido una larga cadena de crímenes, de la que su habilidad había ocultado los más sólidos eslabones. En cuanto á aquella desvalida huérfana que había educado y encontrado un día muerta en su casa, ¿quién podía dudar que él la había asesinado? Aquel crimen era de seguro el epílogo sangriento de uno de esos dramas infames en que se mezcla todo cuanto de bajo y repulsivo existe en los más odiosos instintos.

Después de tan extenso tejido de maldades no era preciso insistir sobre el último crimen. En él, á pesar de las impudentes negativas del acusado, la evidencia era absoluta, y al dejar caer sobre él todo el peso de la ley se castigaba no ya á un gran criminal, sino á un genio del crimen, uno de esos monstruos de malicia y de hipocresía, que llegan á hacer dudar de la virtud y mirar con repugnancia á la humanidad.

Ante semejante informe, el abogado defensor no pudo hacer otra cosa que recurrir al gastado tema de las enajenaciones mentales. Su discurso reveló grandes conocimientos científicos, habló de casos patológicos, disertó, apoyado en la autoridad de los más doctos escritores, de la *neurosis del mal*, presentó á su cliente como un mo-


BOSQUEJO, de Gustavo Doré

nómano irresponsable y concluyó diciendo que tales aberraciones del cerebro las corrige un alienista, pero no se entregan al verdugo.

Demasiado sabía que sus levantadas frases le conquistarían un honroso puesto entre los oradores forenses, pero que no llevarían el convencimiento al ánimo del tribunal. Con efecto, en todas las instancias Inocencio Negro fué condenado á muerte, y los hombres virtuosos, feroces siempre cuando se trata de castigar el crimen, saludaron con entusiasmo aquel fallo.

***

La muerte de nuestro héroe fué como su infancia: ejemplar, pero desgraciada. Subió al patíbulo sin temor y sin afectación; la tranquilidad de su conciencia imprimió á su rostro la impasibilidad del mártir; y todos tomaron aquella serenidad como un último acto de cinismo.

En aquella época todavía no se había usado en España el garrote: la muerte que se daba á los reos era la de horca. En el momento supremo, sabiendo que el verdugo era pobre y padre de familia, le anunció con dulzura que le había legado toda su fortuna. El ejecutor de la justicia, conmovido ante este rasgo, debió tener el pensamiento de salvarle y al desprender el cuerpo del desdichado la cuerda se rompió.

Sabido es que en aquellos tiempos, cuando ocurría un incidente de esta naturaleza, la sentencia se daba por cumplida y el reo era perdonado. Al ver caer el cuerpo, un grito de *perdón* sonó por todos los ámbitos de la plaza de la Cebada; mas ¡ay! cuando se levantó de las piedras á nuestro desdichado protagonista, más que un hombre parecía una masa informe de huesos rotos y músculos macerados. Aquel incidente sólo sirvió para que su agonía se prolongara durante algunas horas.

***

La historia del desventurado Inocencio, que he sabido muchos años después de su trágico fin, me hizo un día concebir el propósito de exhumar sus restos y ponerles un epitafio digno de sus virtudes; pero ¿quién es capaz de encontrar sus cenizas en la fosa común en que yacen todos los ahorcados?

Sin embargo, fuerza me es confesar que otras han sido las causas que me han impedido realizar esta obra de vindicación de un hombre honrado. En la fosa común en que yace nuestro héroe hace tiempo que no se entierra ya y su vasta extensión se ha cubierto de floridos jaramagos y de crecidos zarzales. Sólo un espacio como de cuatro pies ha quedado escueto y desnudo de toda vegetación. Para mí no hay duda alguna. Ese trozo es la sepultura de Inocencio Negro.

ANGEL R. CHAVES

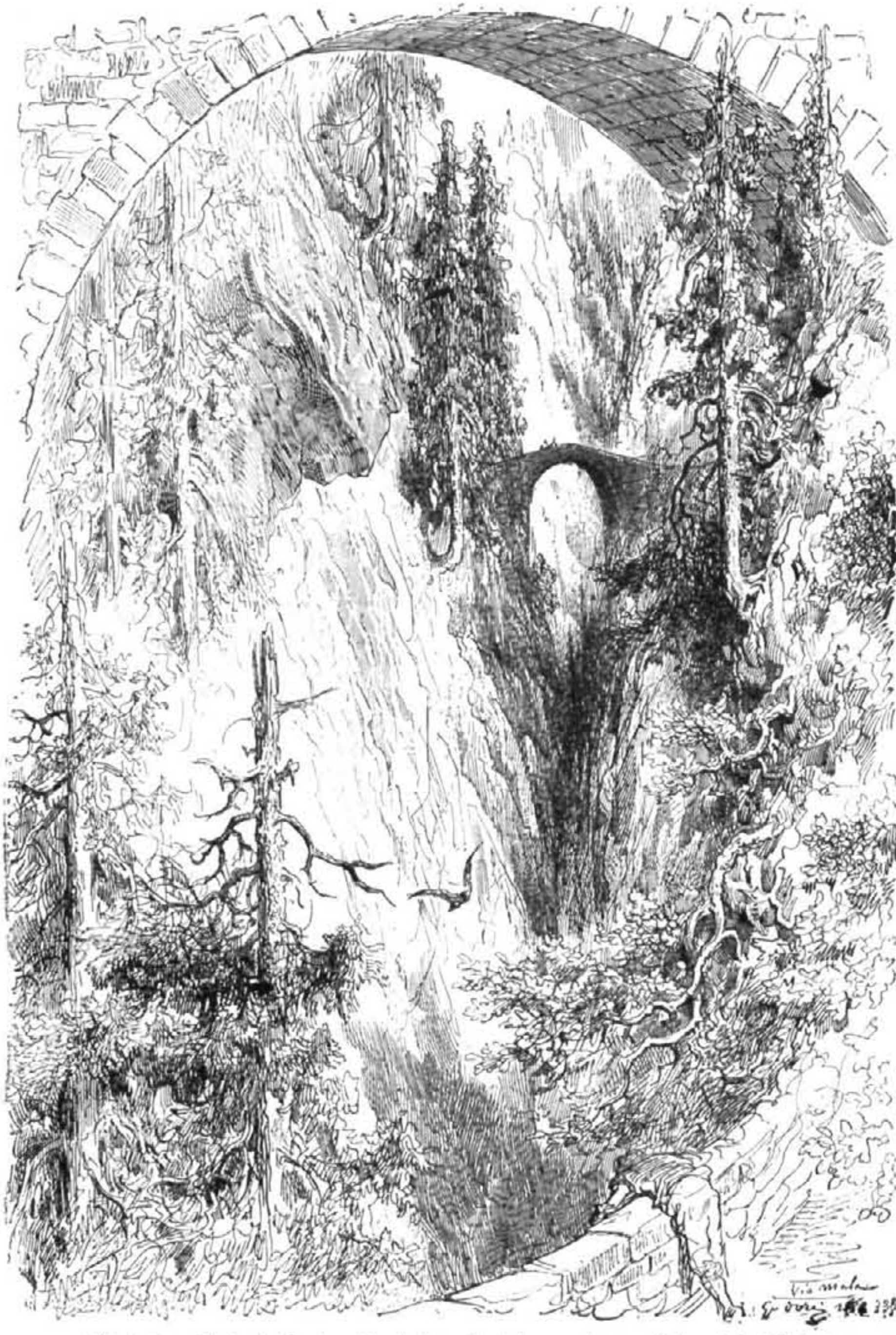
PAISAJE

II

Un escritor, un jurista por cierto, Carlos Salomón Zacharía, ha dicho: «el desierto, la palma, el camello, la tienda, el beduino forman un todo indivisible.» Esta relación entre la constitución geológica, el relieve del suelo, el clima, el medio natural, en suma, y el hombre, relación que se imprime en la constitución de nuestro cuerpo como en la de nuestra misma fantasía, de donde trasciende á nuestros gustos, hábitos, artes, á la obra y modo entero de la vida, se advierte por extremo en la región que se despliega sobre la falda Sur de este tramo central de los montes Carpetanos. La raza, las ciudades, las habitaciones, el modo de vivir, el carácter, se corresponden en unidad perfecta. Repárese, por ejemplo, en el traje con su reducida gamma de colores. El negro, el blanco, el pardo, preponderan despóticamente; y sobre este fondo, luego, se destacan sobrias notas de azul oscuro y rojo. Más al Sur todavía, esta gamma se va reduciendo, hasta apagarse en el negro vestido de los toledanos; pero desde allí comienza á abrillantarse más y más, culminando en el iris espléndido de las andaluzas. Al N. de la sierra, en Avila, en Segovia, en Salamanca, se reproduce igual fenómeno; nuevas notas se añaden, sobre todo visibles en el pintoresco atavío de las charras, y sigue así creciendo y enriqueciéndose más por León, Asturias y Galicia, aunque sin llegar á las pompas del Mediterráneo. ¿Hay mayor prueba del organismo universal de la vida?



LA ABUELA, dibujo de Gustavo Doré



VÍA MALA, dibujo de Gustavo Doré, (tomado del natural en su último viaje á Italia)

Rompamos un momento los vínculos de la servidumbre cortesana y vámonos al campo, que está mucho más cerca de Madrid de lo que tantos se figuran. Subamos, por ejemplo, desde la estación de Villalba, por la carretera, dejando á la derecha la entrada al valle del Berrocal, que riega el Manzanares, con sus pueblos, resguardados entre la Maliciosa y el Serrajón; y á la izquierda, en medio de las dehesas, á Alpedrete y Collado Mediano. Parémonos en la venta de las Salineras, volviendo cara al Sur, hasta dominar otro valle más alto, el de Navacerrada, ya á nuestra izquierda entonces; y al frente toda la anchurosa región central del Tajo, que limitan al O., primero, los montes del Escorial, en la falda de los cuales se destacan los tonos fríos del Monasterio; después la Paramera de Avila; más allá, la sierra de Gredos: en lontananza, la Oretana; y de otro lado, por Levante, hacia el Sur, Somosierra, entre cuyas últimas estribaciones se continúa la ancha meseta que atraviesa el Tajo para llevar sus aguas por Extremadura á Lisboa. Subamos todavía; ya comienza el pinar, que va poco á poco espesándose por toda la rápida pendiente, á uno y otro lado del camino. A nuestros pies, en el fondo del valle, al Oeste, tenemos á Cercedilla; más al Sur, Los Molinos; luego Guadarrama: los tres pueblos, con su color severo, que apenas se destaca del paisaje, en uno de sus más hermosos repliegues.

Dejamos muy atrás la zona de la vid; estamos en plena región alpestre. Sigamos, y llegaremos á la cumbre, al puerto de Navacerrada, límite de las dos Castillas, cuyo desnivel se advierte al punto, y divisoria entre el Tajo y el Duero; y si tomamos por la ladera hacia el Este, con sólo subir unos cien metros, al primer cerro de las Guarramillas, contemplaremos el más grandioso panorama. Tenemos debajo las apretadas masas de los pinares de Valsaín, al fin de cuyos tonos, oscuros y enérgicos, clarean con espléndida luz los llanos de Segovia, que muestra allá en la bruma las torres de sus monumentos; coronándolo todo el imponente macizo de Peñalara, al E. del cual se extiende el suave cordón, que forma el puerto del Paular y defiende el valle del Lozoya; mientras que al Sur, la meseta de Castilla la Nueva, en que Madrid dibuja apenas su silueta cárdena, prolonga las curvas de su modeladó hasta perderse en el celaje; y al O., la cadena de la Cordillera viene corriendo por cima del Escorial á cerrar del otro lado el puerto con las quebradas alturas de Siete Picos. Desde este núcleo, multitud de ríos se van formando y despeñando en distintas direcciones: por la vertiente meridional, el Guadarrama, el Manzanares, el Guadalix, el Lozoya, el Jarama, que más ó menos pronto llevan sus aguas hasta el Tajo; por la vertiente Norte, el Eresma, el Valsain, el Clamores, el arroyo de Moros, que van á acabar en el Duero.

Jamás podré olvidar una puesta de sol, que, allá en el último otoño, ví con mis compañeros y alumnos de la *Institución Libre* desde estos cerros de las Guarramillas. Castilla la Nueva nos aparecía de color de rosa; el sol, de púrpura, detrás de Siete Picos, cuya masa, fundida por igual con la de los cerros de Riofrío en el más puro tono violeta, bajo una delicada veladura blanquecina, dejaba en sombra el valle de Segovia, enteramente plano, oscuro, amoratado, como si todavía lo bañase el lago que lo cubriera en época lejana. No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa. Y entonces, sobrecogidos de emoción, pensábamos todos en la masa enorme de nuestra gente urbana, condenada por la miseria, la cortedad y el exclusivismo de nuestra detestable educación nacional, á carecer de esta clase de goces, de que, en su desgracia, hasta quizá murmura, como murmura el salvaje de nuestros refinamientos sociales; perdiendo de esta suerte el vivo estímulo con que favorecen la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor á las cosas morales que brota siempre al contacto purificador de la Naturaleza.

El cuerpo, por su parte, enteco, muelle, decaído, sin aquel vigor varonil que el griego estimaba señal del ciudadano, tiembla de la humedad, del calor, del viento, de la lluvia, del frío, víctima de un sistema nervioso en perpetua corea; huye del aire libre como de su mayor enemigo y pone por ideal del hombre sano una especie de crisálida, revuelta en innumerables estratos de vidrio, lana y algodón y medio podrida entre la mugre de sus exudaciones pestilentes.

Y sin embargo, para sentir en nuestra alma impresión como aquella, y en nuestro cuerpo el roce vivificante de la Naturaleza maternal, no hay que emprender la peregrinación á los Alpes, ni á Sierra Nevada, ni á los Picos de Europa, ni siquiera á la magnífica y vecina Peñalara, con sus ventisqueros, sus lagunas, sus circos, sus acantilados, sus panoramas espléndidos, que abrazan desde el Pisuerga al Manzanares; ni aun adelantarse hasta las Cabezas de Hierro, y los espléndidos valles que dominan; sino soportar hora y media de ferrocarril, dos de diligencia y hacer á pie un trayecto como el que cualquier madrileño tiene que recorrer desde su casa á cualquier parte por céntrico que viva...!

Pero es ley que todo pueblo, dormido en secular postración, cuando despierta de nuevo á la cultura, no pueda comenzar por volver los ojos hacia el horizonte más cercano, sino á los más distantes. La misma ley que lleva á sus pensadores, como á sus políticos, á estudiar antes la ciencia, la historia, las instituciones de otros pueblos que las del suyo propio, arrastra á sus viajeros á contemplar y gozar el paisaje remoto, mientras llega aquel día en que el desarrollo de la cultura en su nación, y el de la suya propia, le permitan tender la mano para coger el fruto, menospreciado tanto tiempo, con tenerlo tan cerca. Tal acontece en España, y por tanto en Madrid, donde la in-



Viaje á Filipinas. – Cuadrillero

mensa mayoría de la gente se abrasa y consume en la fiebre de los negocios, en la de la política, y hasta en la del pensamiento y el estudio (tan grave y dolorosa como las demás) ó se aburre en la estéril pereza. Apenas la caza redime á unos cuantos de esta anémica vida ultra-urbana; pero es por muchos modos impotente, y en particular por lo que desconcierta con el tono general de esa vida, para compensar su desequilibrio y labrar en las honduras del espíritu camino de regeneración y de progreso. La organización de sociedades alpinas, ó de excursiones, al modo de las de Cataluña, contribuiría sin duda y de mejor manera á aquel fin; especialmente, si pudiesen evitar las formas frívolas, vulgares é insignificantes que el *sport* suele revestir entre nosotros.

F. GINER DE LOS RÍOS

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

No hay muebles, ni ropa blanca, ni batería de cocina; los trajes y las alhajas, á veces muy ricos, se pueden colocar fácilmente en dos ó tres arcas y algunos *tampipi* (1). La caseta, más ó menos grande, elévase sobre unos pilares de la altura del hombre; las paredes se componen de bambú, así como el suelo; el tejado se forma con *nipa;* en la habitación no suele haber más que una sala; y las ventanas se cierran imperfectamente con ruedos de nipa. En toda la construcción no se emplea ni una pulgada de hierro, pues las diversas piezas se ajustan y unen por medio de ligaduras de bejuco. Estas casetas responden en suma bastante bien á su destino; su elevación sobre el suelo las preserva de la humedad; y es preciso que los terremotos sean muy violentos para deteriorar sensiblemente este conjunto elástico que se dobla y endereza como un junco.

La lluvia no cesa, y es preciso continuar la marcha. En medio de un nuevo diluvio franqueamos las escarpadas pendientes que nos separan del pequeño caserío de San Pedro, cerca del cual nos embarcamos, dirigiéndonos hacia Sula entre un dédalo de altos islotes, cuyo terreno queda oculto por la vegetación. La lluvia cesa por fin, y contemplamos con placer este maravilloso paisaje, animado por la gritería de los monos. Sula es un caserío muy pequeño, que sólo cuenta algunas viviendas, perdidas en medio de gigantescos árboles; pero el anclaje tiene mucha importancia; es profundo y seguro, y admirable para albergar á los buques sorprendidos por los temporales del Este en el golfo de Albay. En Sula encontramos indicaciones que precisan nuestro itinerario, y muy pronto abordamos la isla de Cagraray por una playa de fina arena, cerca de la punta de Sula. A pocos pasos de la orilla elévase un ribazo calizo de unos treinta metros de altura, fácil de escalar, gracias á las grietas que le surcan en toda su extensión, y también á las *baletes* (2), cuyas ramas y troncos nudosos se prolongan hasta la cima como una red gigantesca. Con ayuda de los muchachos, que se deslizan por las ramas con la agilidad de un mono, pues llevan los pies descalzos, encontramos muy pronto la caverna buscada, que más bien es una gruta de refugio, dividida en dos; su posición es muy pintoresca, pero carece de la majestad fúnebre de la gruta del Levante. Recogemos los cráneos, y damos á este nuevo osario el nombre de *Karabas* (3), á causa del arrecife que hay enfrente, cuya forma se asemeja á la del búfalo.

12 setiembre, domingo. – Nos han despertado al amanecer el tañido de las campanas y las detonaciones de los petardos; estamos en el solemne día de Nuestra Señora de la Natividad, patrona de Albay. ¡Qué fiesta! El gobernadorcillo, rico bicol, nombrado últimamente, quiere señalar su entrada en la Administración con regocijos memorables. Hace más de un mes, los jóvenes de la ciudad, convertidos en actores, ensayan un gran drama escrito por un poeta adocenado; los muchachos construyen centenares de farolillos de papel de color, sostenidos por una ligera armadura de bejuco; y el *Cebú* acaba de llegar de Manila cargado de provisiones de toda especie.

Por la noche, después de unos magníficos fuegos artificiales, el pueblo cambia de aspecto. ¡Ah! el gobernadorcillo ha hecho bien las cosas; todas las casas están iluminadas; en las principales calles, los arcos triunfales, los palacios y obeliscos de bambú, llenos de farolillos, inundan de luz toda la ciudad; y en las avenidas, un inmenso número de estos faroles de color, extiéndense en una doble fila hasta perderse de vista debajo de los bananos. A la luz de esta iluminación fantástica, á pie, á caballo, ó montados en búfalos, corren presurosos hacia el teatro los que creen llegar tarde, pues nadie quiere perder una sola palabra del drama que se debe representar esta noche, y que parece ser de los más patéticos.

La multitud está en pie al aire libre, en una inmensa explanada que hay frente al teatro, el cual, construído en ocho días, sólo puede contener á los notables del pueblo, que se colocan á ambos lados en dos palcos; las autoridades toman asiento en el escenario, como lo hacían los grandes señores de la época de Luis XIII en el palacio de Borgoña. La orquesta, es decir, la murga de Albay, se acomoda también allí, y aunque funciona desde la mañana, sigue tocando con una furia siempre igual. La acción que se desarrolla á nuestra vista es sumamente complicada, pero la maquinaria del teatro, tan sencilla como la que bastaba á Shakespeare. Dícese que ante la corte de Isabel un cartelón clavado en los bastidores reemplazaba las decoraciones; pero aquí falta hasta el cartel. Los actores, que al salir á la escena exclaman: *¡Qué horrible soledad!* ó bien: *Saludo temblando á Vuestra Majestad*, son los que nos indican que estamos en un desierto ó en un palacio; en el fondo del teatro, sobre la cortina que separa el escenario, hay un estrado que sirve á la vez de tribuna, de trono y de cámara nupcial; una escalera, ó más bien, una escala, que llega al tejado, representa las montañas y los abismos, donde reinan los monstruos horribles que durante el día han abandonado sus guaridas para asistir á la procesión del pueblo.

Antes de nuestra llegada, la *princesa de Constantinopla*, después de mil peripecias, ha sido arrebatada de la corte de su padre por un pastor, poderoso mágico que la ha trasportado á las cimas más inaccesibles, donde la hace guardar por un león y una serpiente de cartón, que en medio de los fieles tenían el aspecto más grotesco. En el instante de sentarnos en el escenario, el padre de la princesa, rodeado de toda la corte, deplora su desgracia; pero se interrumpe para saludar al gobernador, mientras que la música toca la marcha real española. Después de este incidente, acogido por las aclamaciones de la multitud, la pieza continúa. El desgraciado monarca manda á los cortesanos que corran en busca de su hija, y en el momento en que van á marchar, preséntase una embajada de moros, que también quiere ir á buscar á la princesa; entonces comienzan los insultos, las provocaciones y los desafíos; embajadores y cortesanos bailan y se baten á sablazos; las damas de la corte empuñan también sables, y el baile se generaliza. Sigo las peripecias del drama con bastante dificultad, pero hétenos aquí en la principal escena, que el dramaturgo bicol ha sabido buscar para un auditorio que considera como sinónimas las palabras no católico y enemigo. La princesa de Constantinopla se ha resistido al pastor mágico á pesar de todas sus amenazas, y cuando el raptor está más ocupado, la virtud, talismán más poderoso que el suyo, hace también milagros. La princesa baja á la escena, que en aquel momento representa un espantoso desierto; el león y la serpiente la siguen de mala gana; pero la hermosa doncella, esbelta y ligera, ejecuta ante sus feroces guardianes una vistosa danza, aplicándoles fuertes golpes en el hocico con una maza; los monstruos, fascinados, acércanse á lamer los pies á la princesa, y se declaran sus esclavos. Entonces, preséntase el valeroso príncipe de Toscana, único que ha podido encontrar las huellas de la princesa, de la que está perdidamente enamorado; y el público, sumamente conmovido, retiene su respiración para no perder una palabra del diálogo. Pero este príncipe tiene un defecto capital: es moro, es decir, infiel; mientras que la princesa, ferviente católica, no quiere que el paladín conozca los sentimientos que le inspiran su gallardo aspecto y su valor; el príncipe insiste; dobla la rodilla para terminar su declaración, y al fin la princesa comienza á vacilar.

«Tal vez escucharía tus seductoras palabras, le dice, pero mientras no renuncies á tu religión maldita, no esperes mi consentimiento.»

El público no puede contener ya su entusiasmo, el cual manifiesta silbando cadenciosamente para acompañar las palabras de los actores.

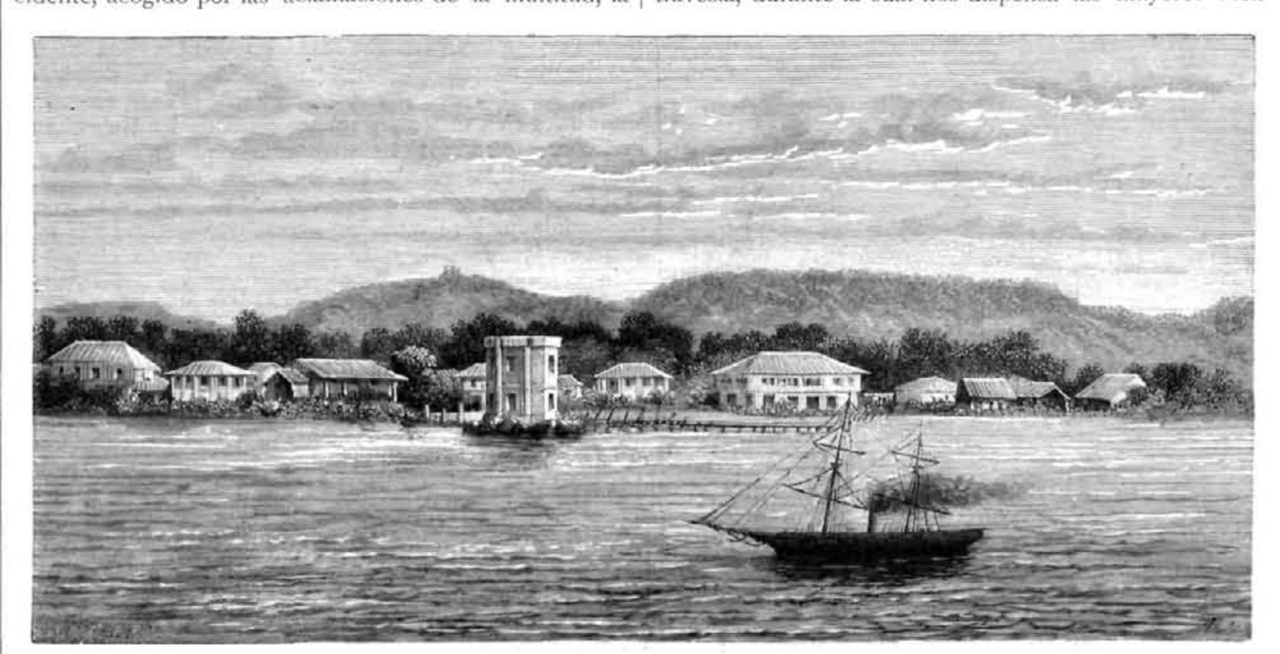
La pieza termina por la conversión del príncipe de Toscana y por su casamiento con la princesa.

Ya es la media noche, y este primer día de fiesta debe dar fin como de costumbre, es decir, con el *catapusan*, que significa á la vez *terminación* y *baile* en dialecto bicol. Esta noche es preciso poner la palabra en plural, porque hay lo menos media docena de bailes, uno en casa del gobernadorcillo, y los demás en las de los notables del pueblo. Las danzas y el diabólico *monte* se prolongarán toda la noche; este juego, fértil en desastres, será lo único censurable de tan alegre fiesta, en la cual vemos á todo un pueblo embriagado con el movimiento, el ruido y la luz, sin que la autoridad haya tenido que reprimir el menor desorden. Todos los cuadrilleros de los alrededores vigilaban, aunque participando también del frenesí general; pero sólo las brigadas de la guardia civil indígena eran una garantía de seguridad muy suficiente. Estos indios, antiguos soldados, cuyos oficiales son españoles los más, parecen haber adquirido, con su nuevo uniforme, cualidades de moralidad excepcionales en sus compatriotas.

20 setiembre. – Hemos concluído de arreglar nuestras colecciones, y sólo esperamos la fiesta de Albay para continuar el viaje. Es preciso abandonar esta hermosa provincia, donde la autoridad española y la amabilidad de los habitantes han facilitado nuestras investigaciones al visitar las islas del Sud y los pueblos mahometanos ó idólatras. No sin pesar nos separamos de nuestros amigos, y el sentimiento es mayor porque se toman la molestia de venir á estrecharnos la mano por última vez á bordo del *Cebú* en la rada de Legaspi.

El 26 de octubre entramos en Manila, y el 5 de noviembre nos embarcamos á bordo del *Pasig*, que debe conducirnos al Sud. El mal tiempo entorpece nuestra travesía, durante la cual nos dispensa las mayores atenciones el amable capitán D. José Zavala. El 7 llegamos á Cuyos, cabeza de distrito de las islas Calamianas, y el 8 á Puerto Princesa, nuevo establecimiento fundado por los españoles en la isla casi desierta de Palawan ó Paragua. El 10 estamos en Balabac, puesto militar que domina la entrada sudoeste del mar de Mindoro; y el 13 en Zamboanga, al sudoeste de Mindanao, base de operaciones de las fuerzas españolas contra los Malayos del Sud. El 14 tocamos en la Isabela, arsenal y estación naval sobre la admirable rada de la isla Basilán, y proseguimos nuestro viaje el 15, dirigiéndonos á Joló.

(Continuará)



Viaje á Filipinas.—Rada de Joló

(1) Cestos cuadrados, con una tapa de forma especial, muy comunes: son las balijas del país.

(2) *Ficus indica.* Las ramas se extienden en todas direcciones, y emiten retoños que al ponerse en contacto con el suelo echan raíces y desarróllanse formando al rededor del tronco primitivo una especie de red de nuevos troncos que le ahogan.

(3) Búfalo, en dialecto tagalo y bicol.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 22 DE MARZO DE 1886 — NUM. 221

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CON EL SUDOR DE TU ROSTRO....., dibujo de Enrique Serra

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CON EL SUDOR DE TU ROSTRO....., dibujo de Enrique Serra

Cuando Enrique Serra partió para Italia, era un joven desconocido: gracias si unos pocos amigos le adivinaron, tendiéndole una mano protectora, cogido á la cual visitó y estudió el país tradicional del arte. Han trascurrido pocos años, y el artista desconocido es hoy un pintor de fama, cuyos lienzos se disputan los inteligentes y cuya creciente reputación es un timbre para España.

Nuestro joven pintor se ha penetrado de la misión que le está confiada y camina hacia el porvenir con la planta firme del que conoce perfectamente el camino recorrido y el que le falta recorrer. Por esto, en lugar de dormirse sobre sus laureles, profundiza cada día más en el arte, y cada obra nueva que sale de su mano, es señalada con un adelanto, con una condición más que avalora el talento y el estudio de su autor.

El dibujo que hoy publicamos es una prueba de ello. Hay en esa figura un aplomo, una corrección, una verdad, que sólo se obtienen después de una profunda observación del natural. Ese trabajador está realmente fatigado; pero la rudeza de la labor no es bastante para doblegar su cuerpo atlético. En su actitud naturalísima se echa de ver que el ardiente sol napolitano le obliga á suspender momentáneamente su faena, pero no acusa la menor debilidad, ni mucho menos abatimiento. Es un hombre que se diría fabricado con lava del Vesubio.

Los que *adivinaron* á Serra deben estar satisfechos de su obra.

ENTRE PATOS, cuadro de José Berres

El título de este cuadro no es de lo más poético. A pesar de lo cual, la composición no carece de poesía. Es que los patos están en mayoría numérica, pero no en mayoría de importancia, pues la absorbe por completo la interesante pareja que ocupa el centro del lienzo. Hállanse aquellos jóvenes en esa edad difícil en que las pasiones no imperan todavía sobre el organismo, pero se insinúan maliciosamente y se revelan poderosas á la menor ocasión y por la más imprevista causa.

Examinando á esa niña, se echa de ver que algo ignoto se despierta en ella; contempla ostensiblemente al ave, y sin embargo es visto que su pensamiento se encuentra bien distante del vulgar objeto que al parecer llama su atención. El artista ha vencido delicadamente la dificultad que ofrece esta contraposición de lo visible y de lo invisible, punto de transición entre la niña y la mujer, sorprendido é interpretado por Berres de una manera admirable. Alguna mayor malicia caracteriza el semblante y la actitud del mancebo, cuya mirada parece devorar á su joven compañera; pero su osadía es la osadía del niño, y aunque se aproveche de los gansos para disimular su gansada, al menor movimiento de la niña, se espantará de su conato de libertinaje.

En una palabra, el cuadro de Berres es una obra que justifica el caudal de observaciones juntado por su distinguido autor en sus estudios del sentimiento humano.

LA REUNIÓN DE LOS CAZADORES, cuadro de M. Correggio

Nuestros lectores son ilustrados de sobra para no confundir al autor de este cuadro, artista contemporáneo, con el célebre Correggio, fundador de la escuela pictórica lombarda en la primera mitad del siglo décimosexto.

Pero hay apellidos comprometedores. ¿Quién se permitiría llamarse Cicerón no siendo un orador notable, ó quién, que no dominase nuestro bellísimo idioma, firmaría una carta siquiera con el nombre de Cervantes? El autor de *La reunión de los cazadores* se encuentra en este caso; pero digamos en su defensa, que sortea el peligro con rara habilidad y éxito.

El cuadro que hoy publicamos del moderno Correggio, está lleno de animación en su conjunto y de verdad en cada uno de sus grupos. Tras de una fatigosa, pero no desaprovechada cacería, los émulos de Nemrod, algo menos duros que su predecesor, sienten la necesidad del descanso y acuden al sitio de antemano designado, sitio perfectamente escogido, pues la sombra de sus bien trazados árboles invita al reposo y estimula el apetito. Los criados y gente menuda, que en el campo olfatea siempre dónde se puede sacar la tripa de mal año, se disponen á asar los conejos y venados, víctimas de la expedición cinegética, mientras los cazadores apagan la sed con sendos jarros de cerveza, cuéntanse sus aventuras, ó no se desdeñan de requebrar á una moza rústica, condición que no desentona la escena ciertamente.

En una palabra, este Correggio tiene derecho á llamarse como se llama.

MONTE CARLO

La Cornisa es uno de los más famosos caminos de Europa, y en otro tiempo hablábase más de sus peligros que de sus bellezas, pues prolongábase á lo largo del borde de precipicios y promontorios que llegaban hasta el mar, y era tan escabroso y estrecho, que sólo podía pasar una mula de frente. Dícese que el célebre Dante, al recorrer esta vía solitaria, en ocasión de dirigirse al norte de los Alpes, concibió la imagen del camino del Purgatorio. La parte más grandiosa de la Cornisa es la que domina el pueblecillo de Eza, donde, en la estrecha cordillera que aquí se debe atravesar, divísanse por un lado las nevadas cimas del Col de Tenda, y por el otro las azuladas aguas del Mediterráneo, distinguiéndose también en lontananza, cuando la atmósfera está muy serena, los blancos picos de Córcega. Después del pueblecillo de Eza, tan pintoresco como antiguo, se encuentra el de Turbia, con su maciza torre romana, que data de la época de César Augusto; en otro tiempo debía tener un aspecto muy imponente, con sus pilares dóricos á los lados, y sobrepuesta de la colosal estatua de dicho emperador, que mide veintidos pies de alto.

Desde Turbia, una senda muy escarpada, que forma una especie de escalera de anchos peldaños de tierra endurecida, conduce á Mónaco.

Hay una carretera, mucho más conveniente para el viajero, sobre todo por lo pintoresca, pues prolóngase entre una serie de rocas grises de caprichosas formas, algunas de las cuales parecen verdaderamente castillos ó fortalezas, y atraviésanse además deliciosos bosques, cuyas esencias perfuman el ambiente. El camino que conduce desde Niza á Mónaco es igualmente encantador; más allá de Villafranca y Beaulieu desarróllase un panorama grandioso que con justa razón excita la admiración del viajero, aunque también podrían infundirle pavor los espantosos precipicios, del todo perpendiculares, que llegan hasta el mar, y entre los cuales está abierto el camino.

Una vez en Mónaco, el primer punto que el viajero suele visitar, es Monte Carlo, lugar demasiado conocido para que sea necesaria una minuciosa descripción. Basta decir que es el punto más delicioso y encantador que puede encontrarse en la región de que hablamos. La naturaleza y el arte parecen haberse combinado allí para seducir la vista y estimular la imaginación; el contraste que con esta especie de oasis ofrecen los descarnados precipicios, en los cuales no crece ni la más mísera planta, es verdaderamente notable; y si la aspereza de las rocas no seduce la vista, en cambio una vigorosa vegetación, casi tropical, embellece en el más alto grado este sitio. Los terrados y los jardines de Monte Carlo son verdaderamente admirables, y no menos preciosas las quintas de recreo situadas en la pendiente donde se halla el Casino, edificio que llama la atención por su magnífico decorado y sus ricos adornos. En los jardines de Monte Carlo abundan los naranjos y limoneros, las palmeras y los olivos. En las partes oriental y occidental se han formado últimamente verdaderas ciudades, donde se halla toda la comodidad que el viajero pueda apetecer.

Nuestro grabado representa el punto que llaman Terrado de Monte Carlo, y Mónaco visto de lejos.

LECCIÓN DE CANTO, cuadro de Hugo Achmichen

No son los cuadros como los diamantes que se avaloran por su tamaño, ni como las novelas para folletines que se pagan según su enredo. Un asunto pequeño y una tela tan pequeña como el asunto, pueden contener maravillas de ejecución.

En este caso se encuentra nuestro cuadro de Achmichen, de género naturalista, de asunto hasta manoseado á puro repetido; y que sin embargo, se contempla con satisfacción y se aplaude con justicia. Hay en la totalidad de la composición tal armonía, hay tanta naturalidad y expresión en los semblantes, están tan bien colocadas y son tan atractivas sus figuras, que del conjunto de esas circunstancias nace precisamente una impresión simpática, una fuerza de atracción muy superior en apariencia á la importancia del cuadro. Y con esto se demuestra una vez más que para el verdadero genio no hay asuntos pequeños. Y si no que lo diga (¡por desgracia no puede decirlo!) el inmortal autor de LA VICARÍA.

UN PARTIDO DESIGUAL, cuadro de Zimmermann

Otro cuadro de costumbres y otro modelo de ejecución. También su asunto ha sido tratado repetidas veces, lo cual se explica teniendo en cuenta que ninguna pasión como la del juego es susceptible de tan profundas impresiones, desde las más cómicas hasta las más trágicas.

Generalmente, los artistas han escogido el primer temperamento; y sin embargo, el segundo se presta á grandes composiciones para los pintores de verdadero aliento. Zimmermann, en el cuadro que publicamos, figura entre aquellos, y por tanto no ha elevado el asunto; pero ha producido maravillas de verdad y de naturalidad y una variedad de sensaciones á cuál mejor interpretada. El mérito de esta composición resalta más teniendo en cuenta su título: raras veces la ejecución ha correspondido tan magistralmente al pensamiento de un autor.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MUERTE DE ABEL, cuadro de C. Gebhardt

Entre los asuntos culminantes tratados pictóricamente, el de la muerte de Abel ha inspirado á diferentes artistas: verdad es que pocos, ó ninguno, pueden superarle, pues no se trata solamente en él de un homicida y de una víctima, sino de la primera víctima y del primer homicida. Y así como la imaginación se complace en figurarse al primer hombre y á la primera mujer como modelos de belleza escultural, así la idea del primer crimen se nos presenta revestida de cuantas circunstancias pueden agravar la delincuencia y rodearla de mayor estremecimiento en la naturaleza.

Así lo ha comprendido Gebhardt, y como sus facultades artísticas se hallan á la altura de su potente concepción, ha producido una obra grandiosa, sorprendente, conmovedora. En un escenario hábilmente dispuesto para causar la impresión debida, estallan conjuntamente dos grandes sentimientos, debidos á una misma causa: el del remordimiento personificado en Caín, el del dolor personificado en Eva. La figura de esta última es un portento de expresión. El fratricida, como retenido en aquel lugar por las cadenas de su delito, no puede apartar los ojos de su víctima: mudo, aterrado por su propia obra, parece querer arrancarse el pensamiento torturador que no le abandona; la madre, doblemente herida por el crimen y la calidad del criminal, no tiene ojos sino para su hijo asesinado; quiere dudar de su desdicha, quiere negar la verdad horrible. A todo esto los elementos se desencadenan, y sobre el fragor de la tempestad, domina la voz del Eterno, pidiendo cuentas á Caín de la vida de su hermano.

Este lienzo es de un mérito superior y basta él solo para formar una envidiable reputación al artista que tan valiosa prueba ha dado de su talento.

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Ella le separó sin replicar y fué á sentarse en una silla que estaba al lado de una ventana, desde la cual se divisaba un jardín.

– Angel, aquí tiene V. á mi lado otra silla, – dijo Antonia.

Armengol tomó la silla que le había indicado Antonia y la puso delante de ella.

Eran las cinco de la tarde.

El sol se aproximaba á su ocaso, envuelto en su sudario de púrpura y de oro, mientras que las sombras iban descendiendo sobre la tierra desplegando su manto de oscuridad y de misterio.

La habitación de Antonia iba quedándose poco á poco entre tinieblas. Un vientecillo fresco y juguetón agitaba los flecos de las cortinas que estaban sobre la puerta. Y el rumor sordo y lejano de la corte llegaba hasta allí como un murmullo de aguas, convidando al sueño.

Armengol estaba mirando atentamente á Antonia, y no pudo menos de confesarse al fin que era hermosa y que merecía ser amada.

Desde que acaecieron los últimos sucesos, una trasformación se había verificado en su alma.

Como jamás hubiera creído, aquella mujer, que no era ni duquesa ni elegante, ni ofrecía ninguno de los atractivos que hasta entonces le habían llevado hacia las mujeres, con su hermosura algo zafia y su condición apasionada y violenta, había conseguido tocar en el corazón de Armengol.

Este, por su parte, si se había dejado prender en tales redes amorosas, más había sido por condescendencia y reconocimiento que por verdadera pasión.

Antonia le gustaba porque, en efecto, era hermosa; si la quería, más se debía atribuir á capricho ó á una de esas coincidencias del azar, las cuales, por pequeñas que sean, suelen á veces revestirse de cierta importancia en la vida de los hombres y torcer el curso de su destino.

Armengol la encontró en su camino y se paró un rato á descansar á la fresca sombra de un árbol y á beber las aguas de un arroyuelo que serpeaba por allí cerca.

Llegó la noche.

Antonia y Armengol, ya con miradas, ya con frases, se habían mostrado en aquella primera entrevista de amantes, el cariño que se tenían.

Durante este tiempo había mediado entre ellos una correspondencia íntima de pensamientos y de ensueños, que habían concluído por completar aquellas dos almas, confundiéndolas en un solo sér.

De pronto se abrió la puerta del cuarto.

El empleado de Hacienda volvía de la oficina á su casa donde le esperaba su tierna esposa, haciendo una obra de caridad, es decir, visitando á los enfermos.

X

EL GRAN ESPECTÁCULO

Los carteles del Teatro Real anunciaban, para dentro de pocos días, el debut de una gran artista que iba á cantar el papel de *Rossina* de la ópera del inmortal Cisne de Pésaro.

Angel Armengol, como se había restablecido algo de su enfermedad, acostumbraba á salir á la calle siempre que hacía bueno y se lo permitía el estado de su ánimo, en el cual apenas si entraba la alegría.

Tres tardes después á la en que tuvo lugar la entrevista de Angel y Antonia, leía el primero en el gran cartelón colocado en la esquina del teatro de la Opera, el anuncio del debut de la artista Herminia Sannazaro en el papel de Rossina, cuya función había de celebrarse aquella misma noche.

Armengol concibió la idea de llevar á Antonia á este espectáculo, el cual hacía ya algún tiempo que no había presenciado.

Tentó el pulso á su bolsa y la encontró poco menos que muerta.

Angel pensó entonces en un recurso en el que hasta aquel momento no había parado mientes en su vida. Por primera vez pensó en llevar al Monte de Piedad el reloj y la cadena de oro que condecoraban su pecho de hombre rico.

– Puesto que ya no lo soy, – dijo, – arranquémonos una distinción que no me pertenece, ni es símbolo de mi situación actual.

Cogió, pues, sus joyas y las llevó al Monte de Piedad.

En el Monte de Piedad le dieron por la cadena y el reloj mil reales; todo valía tres veces más, pero Armengol no podía apelar á otro recurso y le aceptó reconocido y sin vacilaciones.

Con su dinero en el bolsillo corrió al despacho de billetes del teatro de la Opera. Ya no había ninguna localidad en contaduría, los pocos billetes que quedaban libres estaban en manos de los revendedores y pedían por ellos un sentido.

Armengol no tuvo más remedio que dar lo que querían aquellos tunantes, que sabían también aprovechar las ocasiones, y compró tres asientos de palco, dos para Antonia y su esposo, y otro para él.

Le parecía que por bueno que fuese D. Juan, no consentiría que su mujer fuese sola con un joven al teatro; así, para obligarla á ir, había adoptado la resolución de que su esposo la acompañara, tomando para él también billete.

Volvió á su casa Armengol, entró en su cuarto, se arregló algún tanto su traje y pasó á la habitación de Antonia.

Esta se hallaba con su esposo.

– Dios guarde á mis vecinos, – dijo Armengol en tono risueño. – ¿Cómo les va á ustedes?

Tomó una silla y se sentó, dejándose caer para atrás sobre la pared.

– ¡Qué cansado vengo! – añadió.

– ¿Pues qué ha hecho V.?—le preguntó Antonia con cierta coquetería.

– ¡Ay, Antonia! mucho y nada.

– Vea V. una cosa, – dijo el viejo, – que yo no comprendo bien.

– Hay cosas que no se comprenden nunca, señor don Juan,—replicó Armengol dirigiendo sus ojos hacia Antonia.

Esta, que le estaba atentamente mirando desde que entró, bajó los suyos al suelo y se puso colorada como una amapola.

– Es verdad, – dijo el empleado sin apercibirse de la turbación de su mujer.

– Señores, esta noche vamos todos á la Opera.

– ¡Jinojo! ¡qué sorpresa! – exclamó el viejo echándose

á reir con todas sus ganas.

Antonia levantó del suelo sus hermosos ojos y los puso sobre Armengol llenos de ternura y de satisfacción. Sólo se limitó á decir:

—¿Y por qué ha hecho V. eso?

Don Juan seguía aún riendo estúpidamente. Cuando terminó, se puso un poco serio, y con tono mísero y afligido, exclamó:

– Sí, señor; ¿para qué ha hecho V. eso? Nosotros no empleamos nunca el dinero en diversiones. Es una lástima gastarlo en entretenimientos cuando se necesita para tantas cosas...

– Dejemos ahora los sermones para la cuaresma, – interrumpió Armengol. – Lo que importa es que Vds. se preparen. Mientras tanto, yo voy á dar una vuelta, y por si me alejase demasiado y no pudiera volver aquí con tiempo, sobre esta mesa dejo los billetes de Vds., y allá nos veremos todos...

Armengol salió de la habitación de Antonia.

Pasado el tiempo que imaginó que habría ésta tardado en vestirse y adornarse, volvió á entrar en su cuarto.

Esta vez se hallaba sola.

– ¿Y D. Juan? – preguntó Angel.

– Calle V., – dijo esta riéndose. – Mi marido es el hombre más raro y más extravagante del mundo. ¿Pues no ha ido á vender el billete que V. le ha dado? Me suplicó le dijera que habían venido á buscarle para un asunto que corría mucha prisa y que no podía desatender.

– Según eso, – replicó Armengol, – ¿iremos solos al teatro?

– Solitos, en amor y compañía, – contestó picarescamente Antonia.

Los dos amantes se dirigieron al teatro de la Opera.

Eran las ocho y media de la noche.

XI

EN LA ÓPERA

Cuando Antonia y Armengol llegaron á las puertas del teatro Real, una multitud se apiñaba sobre ellas, deseando todos entrar á la vez para oir á la célebre *diva*, que de universal renombre venía acompañada.

Herminia Sannazaro había cantado en los mejores coliseos de Europa y del Nuevo Mundo, donde había conquistado mucha fama, muchos lauros y no poco dinero.

En todos los papeles de su repertorio, que no era muy escaso, rayaba por sus excelentes condiciones de voz, de timbre y sonoridad á grande altura. Pero en el que más principalmente mostraba su talento, su gracia, su agilidad y su dulzura era en el de *Rossina*. Por eso hacía todos sus *debuts* con la ópera *Il Barbiere*.

Antonia y Angel entraron por fin en el teatro y se instalaron en sus sitios respectivos.

Eran ya las nueve de la noche; la función estaba á punto de empezar.

El director de orquesta alzó la batuta, dió la señal sobre el atril que tenía delante, y un torrente de armonía, ora risueña y picaresca, ora dulce y amorosa, ora ronca y alborotada, anunció que la sinfonía de *El Barbero de Sevilla* se extendía por los ámbitos del regio coliseo como una bandada de aves que se mezclan, se confunden, vuelan en todos sentidos, se cruzan, se separan y se esparcen cantando cada una en el tono peculiar con que la dotó la naturaleza.

Los dos amantes, mientras se tocaba la sinfonía, se entretuvieron en mirar el brillante aspecto del teatro.

Desde sus asientos se divisaba todo él.

(Continuará)

LA ARITMÉTICA EN LA PAREMIOLOGÍA

En la última de las notas que puse á mi artículo anterior, ofrecí dar en su día cuenta del mayor desarrollo que obtuvieron sucesivamente mis indicaciones paremiológicas en la consabida tertulia, acompañando mi promesa de estas circunstancias que transcribo literalmente: *si la varita no se rompe*, ó, como decía mi difunta abuela, *si Dios quiere, y Juan viene*. Que la *varita*, ó la vara, no se ha roto, así como que *Dios* se ha servido de concederme que siga manejándola, el presente artículo es prueba terminante de ello; ahora, en lo de haber venido *Juan*, ya eso nos obliga á entrar en algunas consideraciones previas.

Cosa es que siempre me ha hecho titere en la cabeza la circunstancia de ver figurar las palabras *Juan* y *Pedro*, más que las de ningún otro nombre de persona, en nuestros refranes y locuciones proverbiales, por lo que he dedicado no pocas vigilias á la solución de semejante enigma. ¿Qué razón puede militar, en efecto, para tal preferencia? ¿Será la circunstancia de ser más comunes y usuales estos nombres que los de Dionisio, Evaristo ó Mamerto?.. Pero, en igual caso que aquéllos se hallan Manuel, José, Francisco y Antonio, y sin embargo, no salen á relucir fácilmente en nuestras frases vulgares. Hay más: cuando en la conversación, ó en algunos textos gramaticales, se aducen tres ejemplos seguidos, es lo más frecuente poner los dos primeros en cabeza de *Pedro* y de *Juan*, y el tercero á nombre de *Diego*, circunstancia que creo da la clave del enigma, ó mucho me equivoco, pues sabido es que *Pedro*, *Santiago* (ó *Diego*) y *Juan* fueron, en concepto de discípulos predilectos de Jesús, lo que pudiéramos llamar sus compañeros de glorias y fatigas, como sucedió, v. g., en la Transfiguración del Mesías en lo alto del monte Tabor, y en el monte Olivete, ó séase *donde Cristo dió las tres voces*, exhortándolos á que permanecieran despiertos. Sea como quiera, dichos nombres representan, paremiológicamente considerados, un supuesto impersonal, del mismo modo que *Fulano*, *Zutano* ó *Mengano*, y, para mi objeto, el *Tiempo* ó el *Momento* oportuno de continuar yo mi interrumpida tarea, por lo que, sin más preámbulos, arrequives ni zarandajas, volveremos á instalarnos en la consabida tertulia.

En resumidas cuentas, propuse aquella noche que, al seguir jugando á los refranes, lo hiciéramos en términos que cada propuesta había de envolver en sí, ya explícita, ya tácitamente, algún número, con objeto de poner de relieve la influencia que ejerce *La Aritmética en la Paremiología*, á cuyo efecto abrí el camino, á ruego de la concurrencia, y por vía de ejemplo, diciendo:

– *Estar á la cuarta pregunta*. Frase con que se pondera que alguien se encuentra tan apurado é indigente, como que carece de los recursos necesarios para atender á su subsistencia. ¿Qué cuarta pregunta será ésta?...

Confieso mi verdad, que, después de reflexionar detenidamente sobre el asunto, no he hallado solución más satisfactoria que la que, con cierto temor, procedo á emitir.

Todos saben que en el Catecismo de la Doctrina Cristiana, al explicarse la Oración dominical, se divide ésta en partes, correspondientes á cada una de las 7 peticiones en ella contenidas. Pues bien, al preguntarse:

¿Qué pedís en la cuarta petición?

y contestarse, poco más ó menos:

Que nos dé Dios el mantenimiento conveniente para el cuerpo, el espiritual de la gracia, y sacramentos para el alma, ha pretendido ver el vulgo quizás un emblema del hombre actualmente necesitado, del hombre que carece absolutamente de pan; y como quiera que ese vulgo es inclinado por naturaleza á emplear las metáforas más adecuadas y pintorescas, de ahí que seguramente no habrá encontrado tropo más expresivo para representar la extremada miseria de alguna persona, que figurársela como el doctrino á quien preguntándole el Catecismo, y tratándose del Padre nuestro *se halla á la cuarta pregunta*.

Por extensión se dió más adelante á esta locución proverbial la significación de quedarse chafado, ó sin saber qué contestar, un sujeto. –

Multitud de aplausos resonaron á mi alrededor, debidos á la bondad de los circunstantes; sólo el señorón *académicólogo* de que ya tienen noticia mis lectores, permaneció indiferente, hasta que, pasado el estrépito laudatorio, dijo, aun no bien escarmentado del revolcón que llevara en la tertulia anterior:

– No sé si debe exigírsele, ó nó, prenda á este caballero, nó por la explicación que de la significación de esta frase proverbial ha dado, sino por el origen que le ha atribuído. Creo que el verdadero origen de dicha locución es el siguiente:

En los interrogatorios para justificaciones de testigos sobre varios objetos, y entre ellos el de acreditar pobreza ó insolvencia, es muy común comprender dicho extremo en la *cuarta pregunta*, concebida poco más ó menos en los siguientes términos: «*Cuarta:* como Fulano carece de bienes y rentas, y es *pobre de solemnidad*, no teniendo más medios de subsistencia que los que se proporciona con su trabajo personal ó mediante la limosna de algunas personas caritativas, etc.» He dicho.

– Pues ahora me toca á mí decir, – repliqué yo, – empezando por manifestar lo poco afecto que á la gente curialesca soy, por hallarme convencido, á pesar de los pocos años que cuento, de que las leyes se parecen en su deficiencia á las telarañas, donde, mientras queda preso el mosquito, salen libres y sin costas los moscones, ó, valiéndome de la letra del refrán español, *la telaraña, suelta al rato y á la mosca apaña*.

Ahora bien, no obsta á mi antagonismo hacia la llamada Ciencia del Derecho (que yo llamaría más bien del *Tuerto* ó del *Entuerto)* el conocer que no siempre recae en los interrogatorios por V. citados semejante pregunta en el *cuarto* lugar, como muy oportunamente ha manifestado V. al expresar que «es muy común comprender dicho extremo en la *cuarta pregunta*;» luego, si no siempre ocupa semejante cláusula el *cuarto* lugar del interrogatorio, y la petición de *el pan nuestro de cada día dánosle hoy* lo ocupa constantemente en el orden de los que componen la Oración dominical, síguese que mi propuesta tiene más probabilidades á su favor que la por V. indicada. –

Nuevos signos de aprobación se declararon á favor de mí, con lo cual quedó serenada aquella nube de verano, aun cuando nos hallábamos á la sazón en pleno invierno. Acto continuo me dirigí á uno de los circunstantes, mozo de bastante provecho y no pocas esperanzas, como lo acreditó en lo sucesivo ocupando uno de los puestos más distinguidos y pingües del Estado, manifestándole que se hallaba en el uso de la palabra, el cual en su verbosidad, pues antes reventara que quedarse callado por nada de este mundo, dijo así:

– *Las siete hermanas: una, coja; cinco, sanas; y una, santa*. Dicho festivo que se aplica antonomásticamente á la Cuaresma, por constar de *siete* semanas (que son las *hermanas* aludidas) comprendidas bajo esa calificación, en el orden siguiente: la *coja*, en atención á comenzar el Miércoles de Ceniza, y no ser por lo tanto completa; las *sanas*, las llamadas 1ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª de Cuaresma, junto con la subsiguiente, denominada de Pasión; y la *santa*, comprendida desde el domingo de Ramos hasta el Sábado de Gloria, así calificada á consecuencia de haberla destinado la Iglesia á conmemorar de un modo solemne y especial la Pasión y Muerte de nuestro divino Redentor. –

Atronadoras palmadas y ruidosos bravos surgieron luego del concurso, no siendo yo quien menos se los prodigó al disertante, tanto más cuanto menos esperaba semejante *salida*. Pero, aficionado á las *de pie de banco* nuestro criticastro de marras, no podía quedarse callado, por lo que se descolgó con la siguiente *pata de gallo:*

– ¡Prenda, y más prenda! Aquí se trata de *refranes*, y no de *adivinas* (1). –

En esto, convirtióse la sala en un nuevo campo de Agramante, dándole unos la razón al censor, y quitándosela otros; mas, tomando yo la defensa del disertante, dije así, poco más ó menos:

– El señor D. N. ha estado en su derecho al citar el dicho de esas *siete hermanas*, no sólo como verdadero *refrán* y *proverbio*, legítimo por todos cuatro costados, sino en fuerza de que algunas *adivinanzas* pertenecen de hecho á la jurisdicción de la *Paremiología*. En prueba de ello recuerdo ahora que se dice:

Viejecita arrugadita, y en el pico una tranquita,

quisicosa que se refiere á la *uva seca* ó *pasa*, y, sin embargo, figura en la colección de los *refranes* publicados en Salamanca, año de 1555, por el Pinciano; no veo, pues, motivo justificado para que se le imponga al disertante la pena de soltar prenda. –

Convenidos todos en la razón que asistía á defensor y defendido, encaróse éste con su reprensor, á quien se le conocía que ya estaba despereciéndose por hablar, el cual dijo así:

– *Tres contra uno, vuélvome grullo*. Este refrán aconseja que, cuando se lucha con fuerzas superiores, lo más prudente es retirarse; como me sucede ahora con respecto á esta ilustre asamblea, cuyos individuos todos parece que se han conjurado contra mí.

– Eso no, señor D. N., – gritamos todos á una, apresurándonos á darle á aquel sujeto las más amplias satisfacciones. Y conociendo yo su carácter envidioso, después de serenada la borrasca tomé la palabra, y le dije:

– Dispénseme V. le diga que no le asiste razón alguna para la aplicación que de dicho adagio acaba de hacer, y, como primera prueba de ello, vea V. cómo toda la reunión aprueba desde luego, tanto el enunciado del refrán, cuanto su explicación; con lo que no puede conformarse de ningún modo es con la aplicación que V. ha hecho á su personalidad, por todos títulos respetable, como las de todos los individuos aquí presentes. Creo, por tanto, señor D. N., que ha sido una broma inocente la susodicha aplicación por V. empleada, tal vez por lo breve de su explicación al no ocurrírsele más que decir acerca del particular. Antójaseme, sin embargo, que V., que tan aficionado es al texto académico, podía haber agregado: «La Academia enuncia esta locución por los términos siguientes: *Dos á uno tornarme he grullo;*» y añadir á continuación (que en su vasta literatura no le hubiera sido difícil) como los antiguos decían *Ne Hercules quidèm adversùs duos*, fundados en los juegos de los gladiadores, así como nuestro dicho proviene de un juego de muchachos, etc.

Como segunda prueba, recuerde V. que no há mucho se le impuso prenda á la señora doña N., por haber dicho el refrán gaditano

Lo que es churri, yo no sé;
pero burris, hay bastantes.—

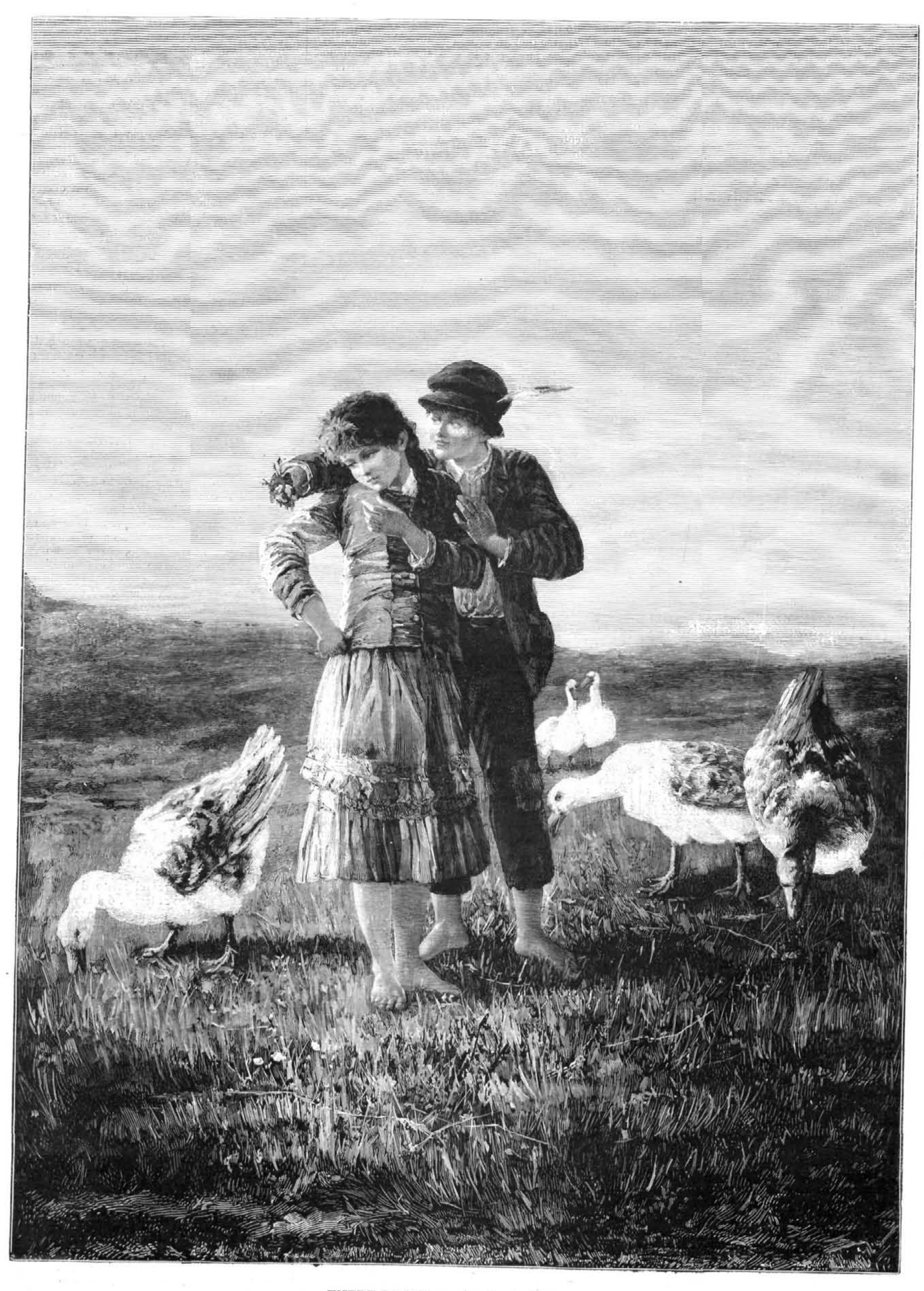
Trunco y trueco aquí el relato del anterior discurso, porque ya me figuro al lector, ó á la lectora, que muestra curiosidad por saber en qué términos se produjo la señora doña N. con ocasión del refrán que sacó á colación, y la causa de habérsele impuesto la condigna pena. A este fin, abro un paréntesis, y digo:

La individua aludida era abuela de la joven que, como vimos en el artículo anterior, mostraba indiferencia, si no desdén, á las pretensiones amorosas del académicologo, y, abundando en el sentimiento de su nieta, *tenía* igualmente *sentado en la boca del estómago* (metafóricamente, se entiende), á aquel sujeto. Si con intención, ó sin ella, porque ¡vaya V. á averiguarlo! lo cierto es que cuando le tocó á dicha señora proponer su ejemplo, lo hizo así:

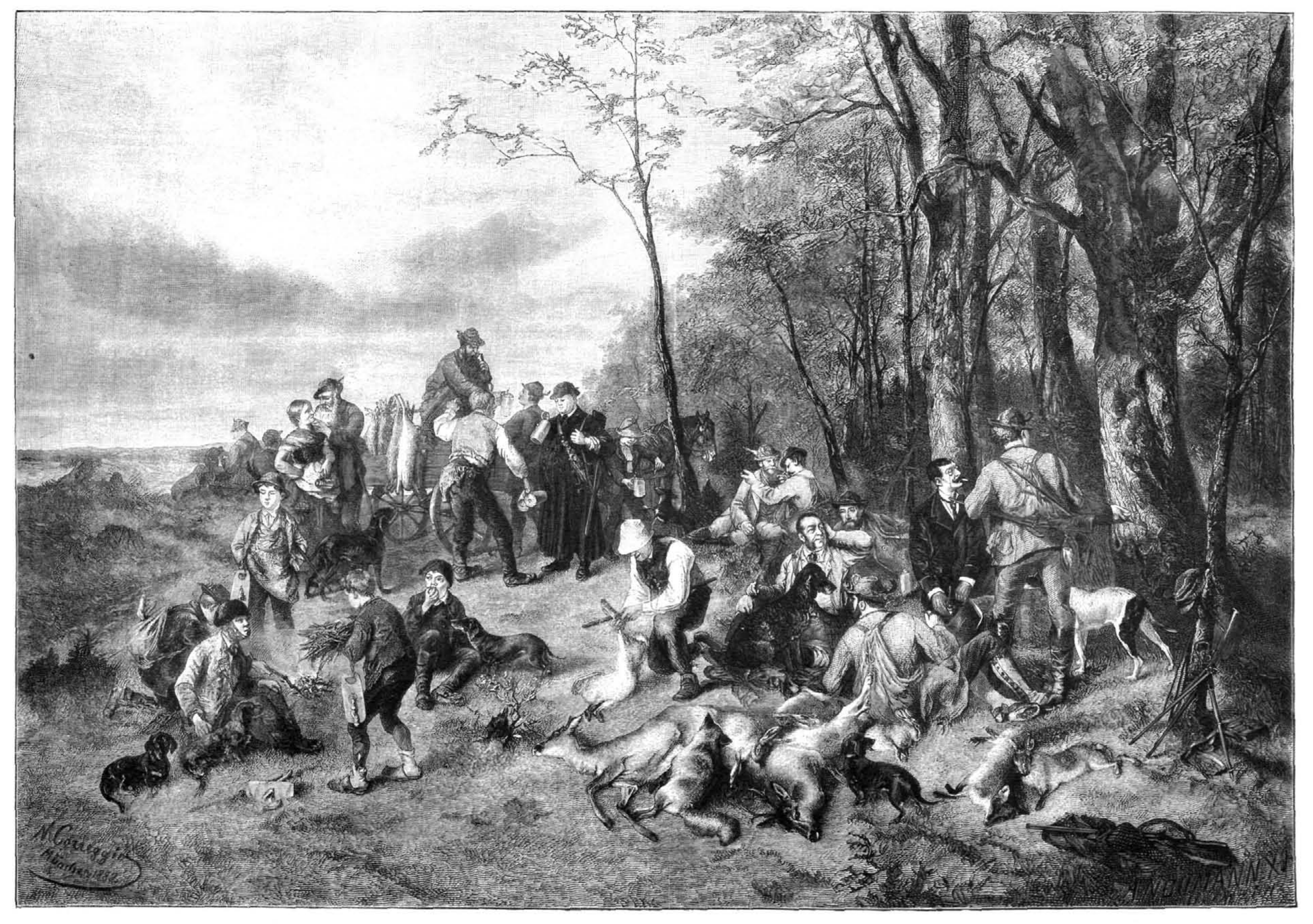
– Señores, mi regular edad me hizo conocer en esta ciudad, muchos años há (¡quién volviera á aquellos tiempos, y lo pasado, pasado!), á un canónigo de la Catedral, que se llamaba D. Antonio Trianes. Habían vacado por la época á que me refiero algunas prebendas en la santa Iglesia gaditana; y como se disputara en una tertulia acerca del mérito un tanto equívoco de los sujetos sobre quienes acababa de recaer la provisión de dichas plazas, y uno de los circunstantes se dirigiera al lectoral Trianes, preguntándole: «¿No es verdad, señor canónigo, que de algún tiempo á esta parte está entrando en la Catedral de Cádiz mucho *churriburri*?» respondió el prebendado:

Lo que es churri, yo no sé;
pero burris, hay bastantes.

(1) Debo hacer constar aquí (ó *debo* CONSTATAR *aquí*, como han dicho algunos académicos de la Española en plena sesión pública, y, por ende, en letras de molde), que en *Andalucía*, y singularmente en la provincia de Cádiz, es lo más común llamar *adivinas* á las *adivinanzas*, aunque no lo consigne así nuestra Academia, y según hace tiempo que lo tengo sentado en mi *Diccionario de Andalucismos*, todavía inédito.



ENTRE PATOS, cuadro de José Berres



LA REUNIÓN DE LOS CAZADORES, cuadro de M. Correggio

Desde entonces hízose proverbial en Cádiz el aplicar semejante dicho á toda corporación en que ingresan personas ineptas.

Todos aprobaron el relato de aquella respetable señora, sin caer en que su ejemplo no era admisible, por cuanto faltaba á las leyes de la propuesta, que exigía la inclusión de un número en una locución proverbial, como prueba de la influencia que ejerce *La Aritmética en la Paremiología*, hasta que yo lo advertí. Defendióse la preopinante lo mejor que pudo, y aun defendióla el *academicólogo*, en la esperanza que, siquiera tibia, alimentaba de poderla tener á su lado en la cuestión de *casaca* respecto de la hija de su hija; pero yo, que desde niño *no me he ahorrado ni con mi padre* cuando se trata de defender los fueros de la verdad, pese á quien pese, y caiga el que caiga (aunque no pocas veces haya podido pesar á mis intereses, y sin querer acabar de *caer de mi burro* en lo tocante á que para hacer negocio en el mundo no hay mejor receta que tener poca vergüenza y menos conciencia), insistí en que la cualidad de *bastantes* que se presentaba por la parte contraria como suficiente á expresar una *cantidad*, era tan vaga é indeterminada, que no podía representarse á la vista por medio de guarismos; y que siendo así que la *Aritmética* representaba la cantidad por medio de *números*, y no existiendo la expresión de estos en la frase debatida, no había lugar á su admisión. Asintióse entonces por la mayoría á mis reparos, y, en su consecuencia, quedó resuelta á favor mío la cuestión que promoviera el presente paréntesis; cerrado el cual, continúo el relato interrumpido.



VISTA DEL CASINO Y PASEO DE MONTE CARLO

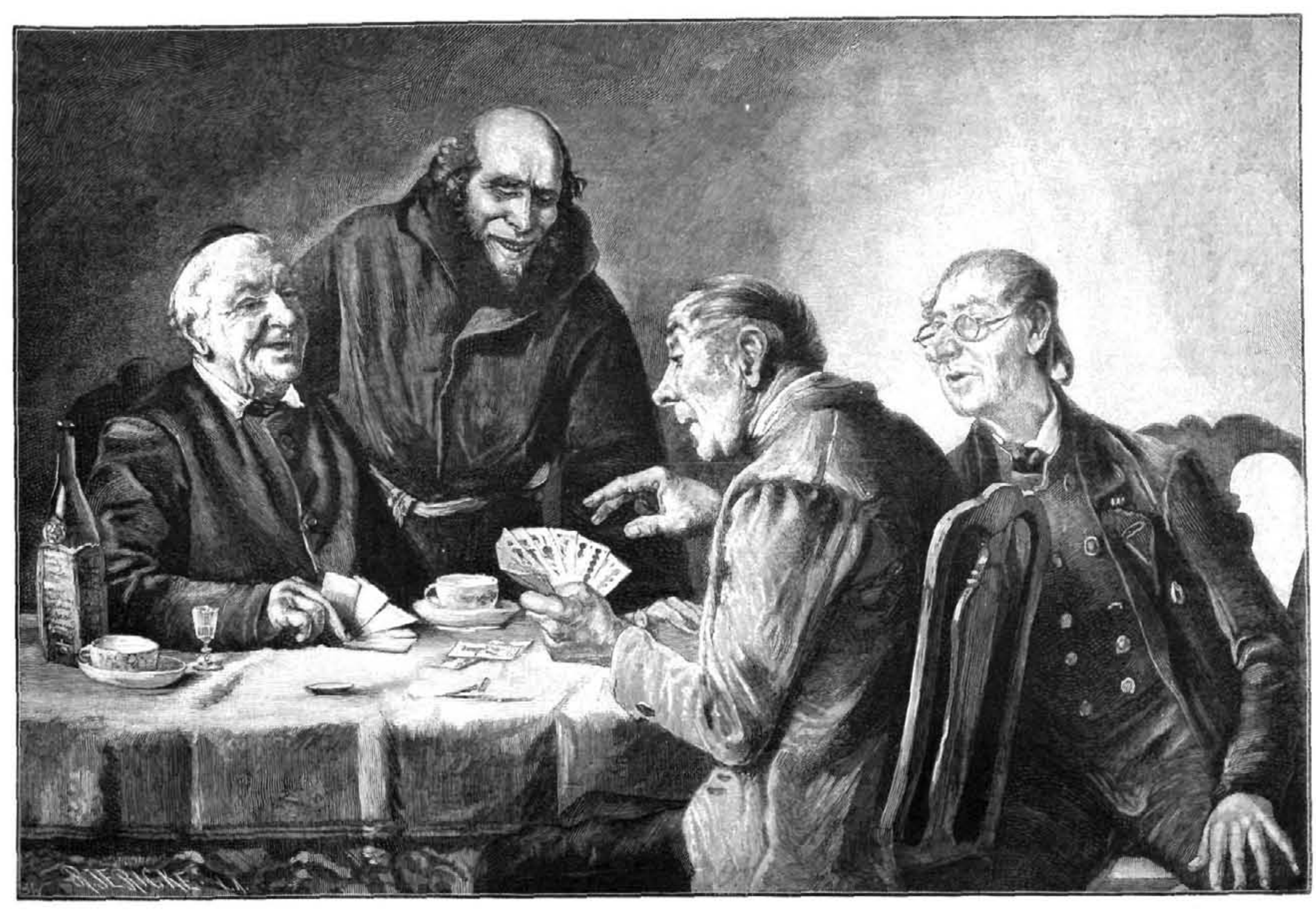
–Ya ve V., –terminé diciendo al envidioso academicólogo, –que aquí no se trata de abrigar prevención contra nadie, sino de administrar justicia seca; ¡ojalá nunca fuera mojada!

–¡Eso no ha sido más que una broma! –exclamaron varias personas; y continuó el acto, dirigiéndose el consabido sujeto á un chicuelo, que, al verse apostrofado, dijo sin pararse en barras, señalando á un hermano suyo bastante mayor que él, el cual tenía fama de tragaldabas, y, tal vez por no desmentir el refrán de que *el mucho comer embota los sentidos*, pasaba entre sus conocimientos por *no haber inventado la pólvora*. En conclusión, el referido chico, que *podía contarle los pelos al diablo*, se expresó, con el descaro del mundo, en los siguientes ó parecidos términos:

–*Este es el Niño Zangolotino del Tío Caniyitas.* –

Fuerza es advertir aquí al lector, por si no lo sabe, ó recordárselo, si lo ha echado en olvido, que por aquel entonces se acababa de estrenar en Cádiz la zarzuela de *El Tío Caniyitas*, que alcanzó la repetición de ciento y tantas representaciones consecutivas, aunque en rigor, sobre todo musical, no las mereciera, de cuya letra quedaron algu-

LA LECCIÓN DE CANTO, cuadro de Hugo Achmichen



UN PARTIDO DESIGUAL, cuadro de A. Zimmermann

nas locuciones en proverbio en boca de mis paisanos. Una de ellas fué la susodicha, aludiendo el rapaz á los versos siguientes:

– El niño Zangolotino
es este.
– ¡Ja, ja, ja, ja!
– Mirar que retotoyúo;
se come, para almorzar,
cuarenta arrobas de corcho
y *una* bota de alquitrán.
Cuando tose, se menea
er peñón de Gibartá.
¡Quié sé menistro, y es tonto!

Pues bien, la circunstancia de las *cuarenta* arrobas de corcho y la de *una* bota de alquitrán fué lo que salvó al rapaz de la crítica universal que se le echó encima exigiendo *prenda*, en atención á no haber expresado número alguno en su enunciado. Pero el chico, que según llevo dicho, *era más listo que Cardona*, replicó sin titubear:

– Aquí se ha exigido, al sentar la propuesta, que cada ejemplo ha de envolver en sí, *ya explícita, ya tácitamente*, algún *número;* es así que de unos cuantos meses á esta parte no se cae de la boca de ningún gaditano la frase susodicha para motejar á alguno de comilón, como le sucede á mi hermanito de mi alma, y que tras de *el Niño Zangolotino* se columbran las *cuarenta* arrobas y la *una* bota del pico, luego me he servido de una alusión, de una referencia, hallándome por lo tanto comprendido en las leyes de la propuesta, que es lo que se trataba de demostrar. –

Como la criatura apenas contaría unos once ó doce abriles, todas las viejas, y más de una polla, se lo comieron á besos. El chico, á la verdad, daba grandes esperanzas, y si vive y ha seguido creciendo en talento á proporción de los años, tiene que ser forzosamente un monstruo de naturaleza. Nada he vuelto á saber de él, así como tampoco de *el Niño Zangolotino*, por lo que no puedo asegurar de éste si llegó á ser ministro, académico ó cualquier otra cosa, lo que nada me sorprendería, porque... se dan casos.

En conclusión, pues se necesitarían muchas páginas para *pintar con todos sus pelos y señales* la sesión que nos ocupa, allí salieron á relucir, entre multitud de otras que no recuerdo, las frases siguientes:

Tener la cabeza á las tres. – No hay más bronce que años once. – Tres hijas y una madre, cuatro diablos para un padre. – Tomar las once. – Con sus once de oveja. – Al cabo de los años mil, vuelven las aguas por dó solían ir. – Seguir en sus trece. – Andar buscando cinco pies al gato, etcétera.

Impusiéronse las penas oportunas á los respectivos infractores, y pasadas algunas noches se celebró otra reunión en que se trató de *refranes músicos*, de la cual daré cuenta en otra ocasión, á fin de poner término á los *Juegos celebrados por medio de la Paremiología*.

JOSÉ MARÍA SBARBI

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

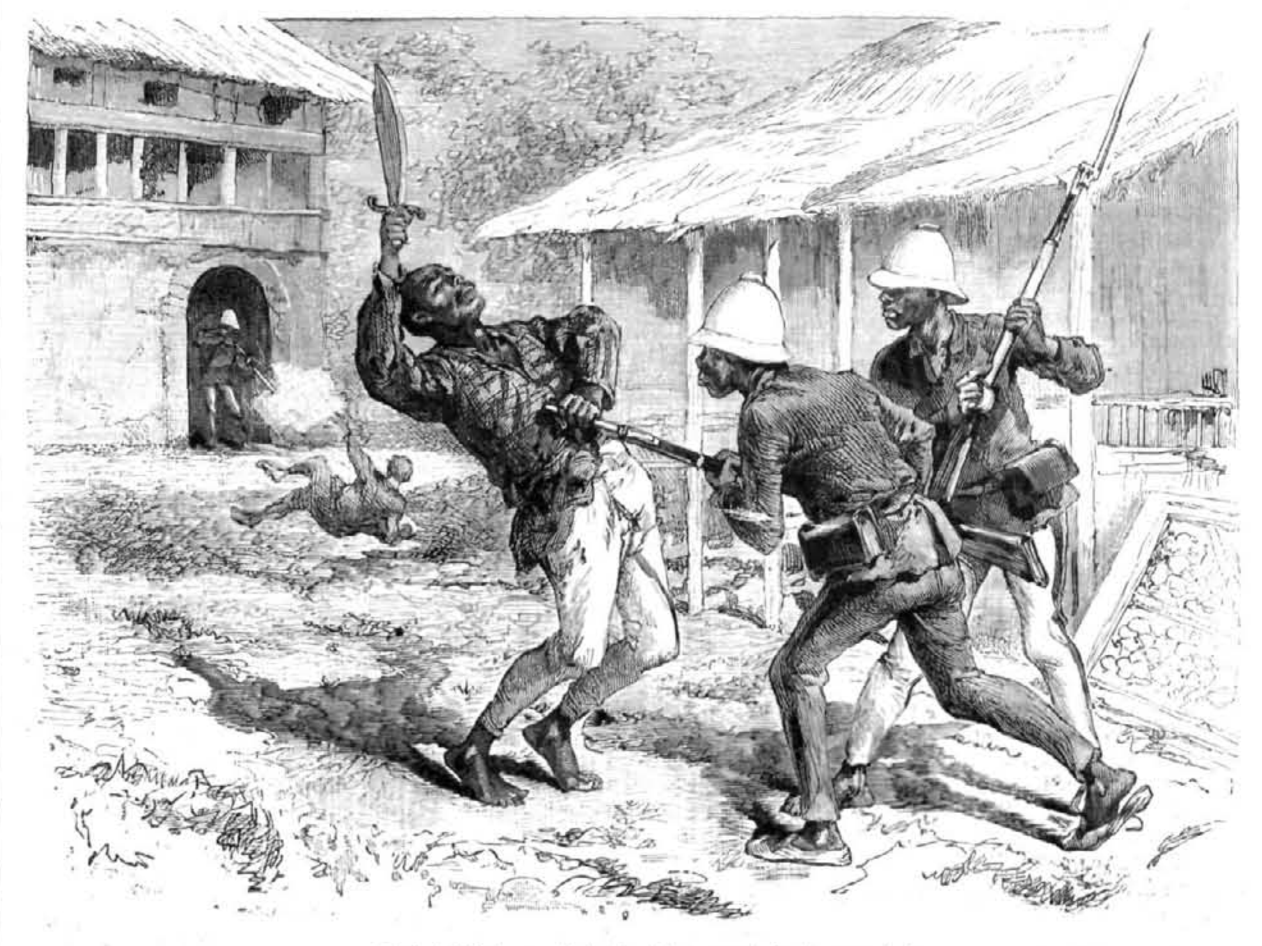
IV

Isla de Joló

15 noviembre. – A medio día seguimos el diámetro de la semi circunferencia formada á babor por las islas Bucutúa, Tongquil, Balanguingui y Simia; y muy pronto costeamos la isla de Joló cuyas altas montañas están cubiertas de vastas praderas circuídas de bosques. Aunque tengo un buen anteojo, sólo diviso alguna rara vivienda; pasamos por delante de Paticolo, punto donde desembarcaron las tropas españolas el 22 de febrero de 1876; y á las 6 anclamos al noroeste de la isla, en la rada de la ciudad española (1).

Esta pequeña ciudad es del todo nueva, y si el ilustre Dumont de Urville volviera á la rada donde ancló en 1839, quedaría sin duda sorprendido, tanto por el aspecto de los lugares, como por la acogida que se le haría.

Aquí son necesarias dos palabras sobre historia. Joló, centro comercial, político, y sobre todo religioso, es en rigor la Meca del extremo Oriente. La sultanía de Joló, una de las de fundación más antigua, pues data de la época en que el islamismo se propagó en el norte de la



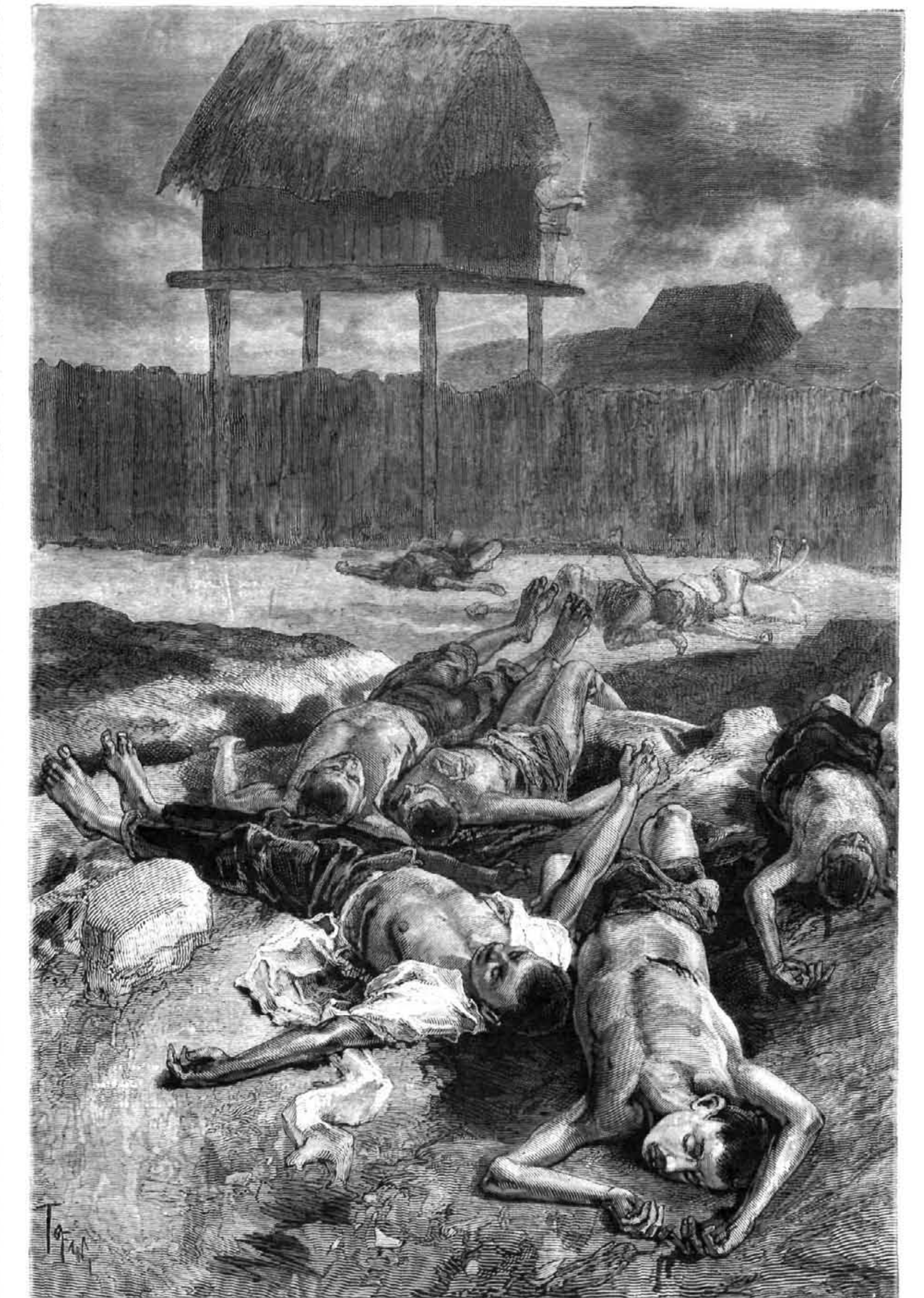
Viaje á Filipinas. – Episodio del ataque de los *juramentados*

Malasia, sufrió muchos cambios de fortuna, crisis terribles de las que siempre pudo salvarse. El régimen político era lo que aun es hoy: una oligarquía de *datos* (señores feudales), sometidos más ó menos formalmente á la autoridad suprema del Sultán. El comercio, el proselitismo mahometano, y sobre todo la piratería, absorbían la actividad del reino; pero estas empresas no se llevaban á cabo sin graves conflictos con las fuerzas holandesas y es-

(1) Los naturales la llaman *Tiangi* (el mercado).

pañolas. Los naturales, piratas en el alma y buenos marinos, asolaban continuamente las costas de las islas Bisayas (1), arruinaban los pueblos y reducían á sus habitantes á la esclavitud. No hace mucho tiempo que el profesor Semper, hallándose al nordeste de Mindanao, sólo debió á un retardo casual el no ser cogido por los barcos procedentes de Maïbun.

Veinte veces España había enviado expediciones contra Joló, y casi siempre volvieron victoriosas, después de librar á los indios cautivos é imponer al Sultán tratados solemnes. Cuando se incendiaban sus pueblos y se echaban á pique sus barcos, los titulados señores feudales, reunidos ante los cañones españoles, juraban someterse á las exigencias del vencedor; pero los compromisos se violaban invariablemente. En estos mares erizados de escollos, cuyas cartas geográficas son incompletas aún, y donde los cruceros permanentes se ven siempre contrariados por la regularidad de los monzones, los ligeros *praws* navegan tan bien con remo como con vela, y por lo tanto tienen mucha superioridad. Apenas se retiraban los españoles, la piratería comenzaba de nuevo, con el impulso de una industria ávida de reparar sus pérdidas. Desde hacía algún tiempo, los sultanes parecían comprender la superioridad de España, así como la derrota irremediable con que les amenazaba la civilización; y sin duda hubieran querido respetar más sinceramente los tratados consentidos, pero faltábales fuerza para ello, pues su autoridad no tenía valor sino para exigir la tercera parte del botín de sus súbditos, tributo pagado siempre religiosamente. Erales además imposible vigilar bien á todo un pueblo de datos diseminados en las ciento cincuenta islas é islotes comprendidos en sus dominios. Por otra parte, la autoridad de los sultanes debía su fuerza á la idea religiosa, y hubiera perdido todo prestigio al tratar de que se respetase á los pueblos católicos de las Filipinas. Esos soberanos tan temibles se hallaban en realidad sometidos á sus vasallos, y érales forzoso tolerar continuas exacciones, por más que previesen las fatales consecuencias que debían resultar (2).



Viaje á Filipinas. – Cadáveres de los juramentados reunidos después del ataque

El 29 de febrero de 1876, el ejército español, que había desembarcado siete días antes en Paticolo, hallábase en los atrincheramientos de Tiangi; la escuadra se había situado convenientemente en la rada, y por la noche, las llamas que se elevaban sobre la ciudad, de la cual huían los habitantes, iluminaron el pabellón de España, flotando en todos los fuertes.

Hoy día, la antigua ciudad destruída por el bombardeo ha desaparecido. Los oficiales españoles del cuerpo de ingenieros cegaron los fondos bajos con una parte de las colinas que dominaban la ciudad mora; y en el terreno que se formó, la mayor parte de él ganado al mar y dominado por montañas llenas de bosque, de setecientos á ochocientos metros de altura, elévase la nueva ciudad, muy pequeña aún, pero que tiende á ensancharse.

Todos los trabajos se ejecutaron por los indígenas sometidos á alguna condena, representados por tres clases: los militares, que forman compañías disciplinadas y contribuyen al servicio de la plaza, sin dejar de tomar parte en los diversos trabajos; los deportados, detenidos en virtud de medidas administrativas; y los presidiarios.

La guarnición se compone de unos quinientos hombres, pertenecientes al cuerpo de ingenieros y á la infantería indígenas, mandados por oficiales españoles

Al desembarcar en Joló, encontramos la ciudad en pleno período de creación, por lo cual no es fácil encontrar alojamiento; pero al fin hallamos uno, gracias á las atenciones del señor coronel D. Ventura Nuño, gobernador interino, y los PP. Federico Vila y Juan Carreras. Las calles, medio construídas, presentan una animación extraordinaria; las tiendas de mercaderes chinos están llenas de gente que pide informes, y no se puede dar un paso sin hallar centinelas, que llevan bayoneta calada.

Se espera á los juramentados.

El sultán de Joló se ha sometido al protectorado español; y no sé si la tranquilidad y el bienestar de que goza (3) le parecerán preferibles á una autoridad nominal y siempre perturbada; pero mucho menos inteligentes, y de todos modos más perjudicados en sus intereses, los datos no pueden soportar un régimen que, manteniendo en jaque á la piratería, agota la fuente principal de sus recursos. Su resistencia encuentra un apoyo poderoso en la inquietud de los panditas (sacerdotes mahometanos), amenazados por la vecindad de España y de sus misiones católicas. La sumisión es por lo tanto insoportable á los datos, que no retroceden ante ningún medio para luchar contra la dominación española, secundándoles sus súbditos de un carácter muy aventurero y belicoso, acostumbrados en todo tiempo á los caprichos de una autoridad mal reprimida. Las leyes seculares de Joló, por otra parte, facilitan el reclutamiento de hombres dispuestos á las empresas temerarias; según estas leyes, el deudor insolvente, así como la familia, llegan á ser propiedad de su acreedor; y la indiferencia de estos malayos es tal, que á sus señores no les importa hacerles contraer deudas del todo desproporcionadas con sus recursos. El desgraciado deudor no se pertenece ya, y su familia puede estar diseminada en los cuatro ángulos del Archipiélago; con frecuencia se ofrece al padre rescatarla á costa de su vida, si quiere perecer inmolando el mayor número posible de cristianos; si el deudor acepta, debe jurar; y entonces ya está todo concluído: es *sabil ó juramentado.*

Los juramentados saben muy bien que si consiguen introducirse por sorpresa en la ciudad española deben renunciar á toda esperanza de escapar, pues siempre hay en la rada escampavías y cañoneros, y al menor grito de alerta, sus embarcaciones llegan á la playa. Por la parte del campo, una torre y dos fuertes desafían toda empresa aventurada, batiendo el pie de una alta empalizada que no se puede franquear sino por las puertas, cuya custodia está confiada á vigilantes centinelas; y para mayor precaución, á cada veinte pasos, á lo largo de dicha empalizada, hay grandes garitas, en cada una de las cuales hay cuatro hombres, siempre con las armas preparadas.

La muerte es de consiguiente segura para todo juramentado, y por lo mismo, tal vez alguno de ellos se arrepentiría de su imprudente promesa; pero el caso está previsto. Apenas los miserables constituyen el número deseado, los panditas los reunen para someterlos á sus acostumbradas prácticas. Entonces comienzan los ayunos, las excursiones solitarias á los bosques desiertos, las oraciones en las tumbas de los juramentados difuntos, á la claridad fascinadora de la luna; y las largas predicaciones que detallan en términos seductores las delicias del paraíso de Mahoma. Después, cuando los súbditos llegan al grado de excitación suficiente, y sólo entonces, se les lanza á la ciudad española.

Una conspiración que interesa siempre á varias familias, y que exige formalidades tan prolongadas, no puede mantenerse secreta, por más que se haga; y el demonio de la avaricia, con frecuencia más poderoso que el del fanatismo, desata muchas lenguas. El gobernador de Joló recibe casi siempre el informe sobre la inminencia de un ataque; pero no se le puede indicar el momento preciso, porque los mismos juramentados lo ignoran. Llegamos á Joló en uno de esos momentos sospechosos; témese un ataque, y es preciso estar alerta.

Así me lo recomienda, por lo menos, al darme estos detalles, uno de mis vecinos, valeroso capitán, que ha visto ya varias veces á los juramentados. «No bajéis nunca á la calle sin el revólver, – me dice, – y sobre todo, guardaos muy bien de franquear la empalizada.»

Sin embargo, no viendo venir á nadie, y deseoso de buscar algunas plantas, salgo una mañana, en compañía de Juan, mi muchacho, cobarde como una liebre cuando está solo, pero susceptible de dar pruebas de valor á los ojos de un europeo. Esta excursión me permite adquirir algunas nociones sobre la estructura geológica de la isla.

El archipiélago de Joló se extiende desde Borneo á Mindanao, en una cadena de islas situadas en las cimas del relieve submarino.

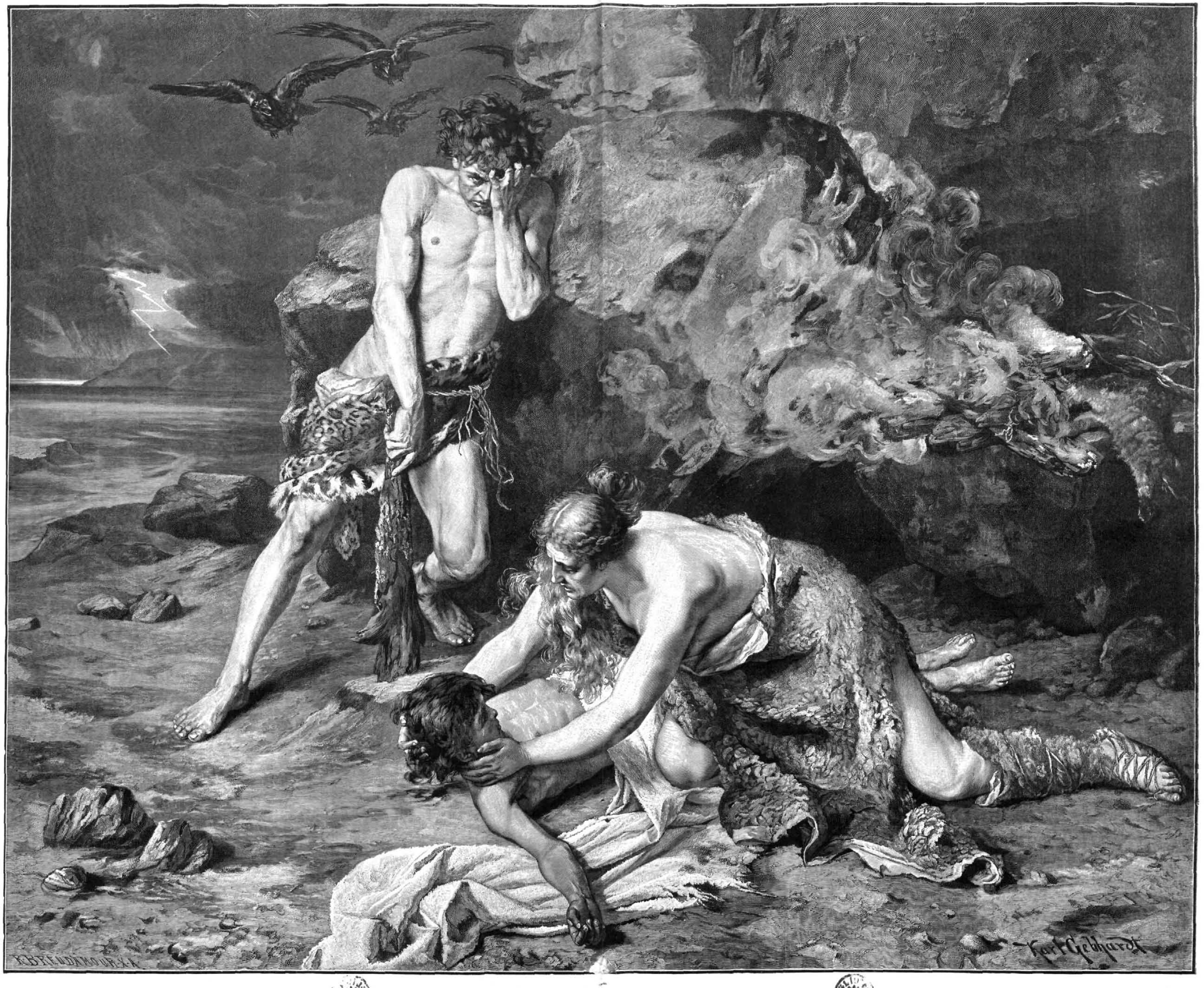
(Continuará)

(1) Negros, Cebú, Leyte, etc. Calcúlase que hasta en estos últimos tiempos se llevaban anualmente de las Filipinas, y hasta del golfo de Albay, á pesar de hallarse tan lejano, cuatro mil cautivos por término medio.

(2) Después de la expedición del *Astrolabio* y las de Wilkes, el contraalmirante Mouchez, hoy director del Observatorio de París, que en 1842 trazó el plano de la rada de Joló, no obtuvo mejor acogida que los navegantes que le precedieron.

(3) España le pasa una renta de 12000 pesos anuales, cuyo capital se evalúa en 300,000.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



MUERTE DE ABEL, cuadro de C. Gebhardt

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 29 DE MARZO DE 1886— NUM. 222

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JAIME I EL CONQUISTADOR, boceto-estatua de Venancio Vallmitjana

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

JAIME I EL CONQUISTADOR, boceto-estatua de Venancio Vallmitjana

Jaime I de Aragón es una de las figuras más colosales de la Edad media: el sobrenombre ó calificativo con que se le conoce, prueba hasta qué punto riñó batallas y ganó victorias. Una de las más famosas fué la conseguida contra los sarracenos cuando les tomó la ciudad de Valencia. Cualesquiera que fuesen con posterioridad los resultados de aquella jornada, el pueblo valenciano no podía ni debía olvidar al héroe que le devolvió su libertad, su nacionalidad, el imperio de su fe, cuanto aman los pueblos que no quieren renegar á su Dios y su patria, aun cuando su enemigo les pague el servilismo á precio de oro.

Diez generaciones se han sucedido desde que Jaime I llevó á feliz término esa conquista, y la ciudad del Turia se halla dispuesta á levantar un monumento á su libertador. La obra capital del monumento, la estatua de Jaime I, ha sido encargada á nuestro paisano Venancio Vallmitjana, que ha cumplido esta vez como cumple siempre. El boceto que publicamos es prueba de ello.

El rey *conquistador* entra majestuosa y tranquilamente en la ciudad de Valencia, calado su capacete típico, ceñida la espada con que fué enterrado en Poblet; no en ademán de triunfador romano, ebrio de orgullo y respirando venganza, sino en actitud de cristiano adalid á quien el hedor de la sangre no ha hecho perder la serena calma, tan necesaria á los grandes capitanes. Cuando el boceto se haya convertido en obra definitiva, Vallmitjana habrá añadido una hoja más á su corona de artista.

EN EL HAREM, cuadro de Juan B. Hunsmans

Si el autor de este lienzo no le hubiera titulado *En el harem*, nosotros le hubiéramos dado por título *Las fastidiadas*. Y este es el mayor elogio que podemos hacer de la obra de Hunsmans.

El harem es el departamento más lujoso y elegante de la vivienda oriental; pero está habitado por mujeres reducidas á dorada prisión, encarceladas en cuerpo y alma, mujeres puramente materia, destinadas á una hora incierta de placer y á una eternidad de indiferencia. ¿Qué pueden hacer esas infelices mujeres del soberano si no es fastidiarse y aburrirse soberanamente? Por esto hemos dicho que es hacer grande elogio de esta obra consignar que la nota dominante de sus figuras, la nota del cuadro, es el fastidio.

Dado el criterio, completamente justificado, del autor, hemos de convenir en que la ejecución no puede ser más meritoria. Esas hermosuras, que empiezan á serlo antes de los quince años y dejan de serlo á los veinte; esas muñecas del sultán que vejetan sin sentimientos, ó sin otros sentimientos que el del odio y los celos; esos seres condenados á niñez perpetua, con muchas flores, muchas galas, muchos perfumes y muchos dulces, pero sin derecho á sentir, con prohibición de amar, han sido bien interpretadas por Hunsmans, no menos feliz en la traza de las estancias del harem. Dado el rigor con que está prohibido á los hombres acercarse siquiera á esta parte de los palacios orientales, no podemos decir que la vista esté tomada del natural; pero si nuestro artista no la ha conocido realmente, es indudable que la ha construído como debe ser.

Á LA SALUD DE MIS VECINITAS, dibujo de Antonio Fabrés

El autor de este dibujo es uno de los pintores que con más cariño tratan sus obras: ellas son, propiamente, sus hijas; por esto las crea todo lo sanas que sabe y vigila su desarrollo con solicitud verdaderamente paternal. En tan benemérita empresa ni omite medio ni perdona trabajo: quiere *acabar* sus obras, y sus obras son realmente *acabadas*. No le seduce la idea de la primera impresión, al contrario, quiere que sus composiciones sean examinadas detenidamente, porque está seguro de que cuanto más minucioso sea el examen, más y más han de resaltar sus cualidades.

Véase, sino, el *Fígaro* de nuestro dibujo. ¡Qué bien sentada figura! ¡Cuán natural es su actitud y cuán correcta al mismo tiempo! ¡Cuánta y cuán bien entendida diferencia entre la mano que sostiene la caña y la mano que oprime el cuello de la botella!

Fabrés nos deja en breve. Roma le atrae como artista; París le seduce bajo el punto especulativo de la vida. Al fin y al cabo, un artista no deja de ser un hombre... Pero como Horacio aseguraba en una de sus odas inmortales que no moriría del todo, Fabrés tampoco del todo nos dejará: sus obras, de que nuestra ILUSTRACIÓN se promete las primicias, le recordarán á sus compatriotas; y bien considerado, allí donde se admiran los trabajos de un artista, allí está lo más puro y lo más noble del hombre.

EN LA ESPESURA, estudio de R. Martí Aguiló

El artista que estudia la naturaleza tiene la seguridad de poseer un maestro infalible: no todos, empero, sus discípulos son dignos de serlo. Quien creyera, por ejemplo, que estudiar la naturaleza es copiarla simplemente, en lugar de seguir para pintor debiera hacer práctica de fotógrafo. Para interpretar á la naturaleza artísticamente, hay que comprenderla, hay que sentirla.

Esto pasa á Ricardo Martí: véase el estudio que hoy publicamos y se convendrá en que la fotografía puede producir una verdad más matemática, pero de ningún modo una verdad más natural y más poética.

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Las quinientas butacas del patio estaban ocupadas por caballeros vestidos de frac y corbata blanca, representantes de la alta banca, de la aristocracia, de la política, de la prensa y de la diplomacia, cuyas cabezas casi todas calvas, en medio de lo negro de sus trajes y lo rojo de los sillones de terciopelo, semejaban un fecundo plantío de floridísimas cucurbitáceas.

Los palcos plateas, principales y segundos, ostentaban desde su fondo innumerables bellezas, cubiertas de oro, brillantes, flores, blondas, sedas y terciopelo, cuyo conjunto no podía menos de pasmar aun al más acostumbrado á ver esta clase de cuadros tan ricos en colores y en hermosura.

El resto del teatro se hallaba ocupado por personas de todas las clases sociales, como artistas, empleados de poco sueldo, estudiantes, modistas, aficionados á música, alumnas del Conservatorio, y además por la gente que constantemente está viniendo á Madrid, y que no se halla en circunstancias para hacer grandes desembolsos.

Terminó la sinfonía y se levantó el telón, dando comienzo el primer acto.

Cuando llegó el momento en que la *estrella* debutante debía salir á las tablas, todo el mundo permanecía callado; no se oía más que la música que acompañaba á los cantantes en la ópera; hasta las luces de las arañas se estaban quietas, sin pestañear, sin moverse de un lado á otro.

Una nube de flores y una tormenta de aplausos siguió al acabar la *diva* la bella *romanza* del primer acto.

En todo el curso de la ópera no hubo sino esta clase de demostraciones de admiración y de entusiasmo hacia la gran Herminia.

Antonia y Armengol no se descuidaron, con todo, de entusiasmarse y admirarse mutuamente.

Satisfecha la primera curiosidad que nace siempre que se presencia algo nuevo, los dos amantes se ocuparon más de sí mismos que de lo demás.

Hablaron largamente sobre sus amores: se dijeron esas mil pequeñeces que forman tantas cosas grandes en el corazón de dos que se aman; se confiaron muchos secretos que ya ellos sabían; ponderaron la felicidad que proporciona un amor verdadero, profundo é ilimitado, y terminaron jurándose fidelidad perpetua.

Acabada la ópera, salieron del teatro y tomaron un coche de los que estaban en la puerta.

XII

EN BUSCA DE UNA POSICIÓN SOCIAL

Por primera vez en su vida acometió á Armengol una idea triste y atormentadora cuando empezó á reponerse de su físico quebranto. Estaba descontento de sí mismo. Ese descontento que llena el alma del hombre honrado cuando sus actos no están de acuerdo con sus ideas, apoderóse del alma de Armengol, de no otro modo que las nubes se apoderan de las montañas en día de tormenta.

Su conducta respecto á D. Juan no era en verdad la de un caballero, y aunque Angel estaba acostumbrado á ver repetido frecuentemente en el mundo este caso, sus principios morales tomaban voz para denostarle por ello.

Si hubiera sido posible oir el diálogo que sostenían en el cerebro de Armengol sus sentimientos nobilísimos y sus deseos, como resultado de esta lucha, habríamos escuchado lo siguiente:

– ¿Qué te propones, desdichado?

– ¡Veremos! Hay que dejar algo á la casualidad.

– ¡La casualidad! – le replicaba con voz terrible la conciencia. – ¿Hay crimen mayor que fiar al acaso la ventura? Eres ilustrado, tienes talento; ¿por qué no trabajas?

– ¿Dónde? – replicaba el instinto malo. – ¿Encuentro acaso en qué ocupar mi actividad?

– Busca una ocupación y la encontrarás. ¿Prefieres ser un pordiosero con levita? ¡Qué vergüenza! ¿De qué te sirve tu instrucción si al primer golpe de la fortuna quedas nivelado con el hombre más ínfimo, más rudo y de menos recursos intelectuales?

– Pediré dinero prestado.

– ¡Nunca, nunca!

– Volveré á Barcelona y me reconciliaré con mi padre.

– ¡Qué dignidad tan elástica! ¡Yo no quiero, no lo consiento!

– ¡Pues me pegaré un tiro!

– ¡Oh, valiente!

– Entonces no sé qué hacer.

– ¿Dices que son muchos tus amigos? Exígeles su apoyo para obtener un destino.

– ¡Me avergüenza la idea de presentarme como un pobre desvalido á aquellos ante los cuales hice diaria ostentación de mi riqueza.

Este mudo coloquio destrozaba el alma de Armengol; estas vacilaciones de su espíritu eran un torcedor cruel de su vida.

Muchas mañanas salía de su casa resuelto á seguir los impulsos de su conciencia, pero el temor de no ser atendido por aquellos de quienes iba á solicitar apoyo, la vergüenza de hacerles la declaración de sus discusiones familiares y un desaliento que oscurecía la claridad de su ánimo con las más penosas dudas, eran parte á que volviese á entrar en su mísera vivienda sin haber intentado dar un solo paso que pudiera mejorar su situación.

El amor de Antonia trataba en vano de aminorar con sus atenciones el eco de la voz de la conciencia del joven, que le gritaba constantemente con ensordecedor acento:

– ¡Obras mal! ¡Obras mal!

Por otra parte, el pequeño repuesto de dinero se le iba acabando Aquel capitalito se extinguía, y, al contar Armengol las monedas de plata que le formaban, sentía la triste opresión que experimenta el peregrino del Sahara al ver que los odres del agua están flojos y exhaustos del cristalino líquido.

Muchas veces trató de darle consejos el bueno y desventurado de D. Juan.

– ¡Ah! – le decía, – si yo fuera como V. Si yo tuviera su ilustración vastísima, sus maneras elegantes, su aspecto simpático... (á esto último asentía Antonia con un leve movimiento de cabeza y una dulce sonrisa, que se reflejaba en el rostro de Angel á quien iba dirigida), entonces no habría nadie que me tosiera... yo me abriría camino. En el mundo hay que empezar por ahí, y sin encontrar una ruta practicable y ganarla á fuerza de puños no se hace nada, á menos de haber nacido en esos lugares preferentes de la sociedad, donde estaría V. ahora si sus disgustos de familia no lo hubieran desbaratado todo.

– Tiene V. razón, – contestaba Angel; – pero ¿á qué he de dedicarme?

– ¡Hombre! Esa cuestión no es tan difícil de resolver. Cierto que V. no tiene un título académico, pero en cambio tiene V. más ilustración que muchos caballeros titulados. ¡Jinojo! (Esta era la más fuerte interjección que se permitía D. Juan). En ciencias naturales es V. un prodigio... Sabe V. francés, inglés y alemán; y los estudios históricos los ha profundizado grandemente. ¿Por qué no emprende V. la carrera del periodismo? Para V. es ancha y expedita y en ella se ganan laureles y una posición. Por de pronto ella le resuelve á V. el problema de la vida, y para el porvenir, ¡Dios sabe á dónde puede conducirle!

Tantas veces repitió D. Juan estos saludables consejos, que al fin llegaron á penetrar en el alma de Angel y quiso ver si eran practicables.

Pasó revista mental á aquellos de sus amigos que disfrutaban en la política mayor influencia y eligió de entre todos ellos á uno que había sido diputado á Cortes por un distrito rural de Barcelona, gracias á la decidida protección de los parientes de Armengol, que allí gozaban de grandes bienes raíces y por ende de un predicamento popular asombroso.

Fué á verle y le dijo:

– Amigo mío: deseo probar fortuna en la política y me parece que debo empezar por darme á conocer en la prensa. V. es hombre de grandes relaciones políticas y puede facilitarme el ingreso en la redacción de uno de los periódicos de su partido.

– Amigo mío, – le respondió el padre de la patria, – la época es malísima para lo que V. desea. Ahora se publican pocos periódicos democráticos y esos andan con la bolsa muy escueta. Pero no pienso que pueda usted suponer que me evito de servirle. Yo hablaré á Pepe Añobe, que dirige *El Universo*, y ahora mismo le daré á usted una carta para que con ella se presente á él. Dudo mucho del éxito de mi recomendación, pero aun así lo hago por complacer á usted.

El diputado á Cortes escribió la carta y se la entregó al desengañado Armengol que, á pesar de todo su pesimismo, creyó que, al menos por cortesía, aquel señor que debiera principalmente su encumbramiento á los Armengoles habríale acogido con más cariño.

– Sin duda conoce el estado en que me encuentro, – pensó el joven para justificar aquella incomprensible frialdad y aun desabrimiento conque le había respondido el diputado á Cortes.

Llegó á su casa de peor humor que había salido. Entró en su estancia y se dejó caer en la cama, ocultando el rostro en la almohada.

Así permaneció mucho tiempo, hasta que Antonia llamó á la puerta, como la noche primera en que, llevada por el amor y la caridad, – ¡dos caridades! – llegó cerca de Angel.

– ¡Siempre lo mismo! – exclamó Antonia parándose frente á Armengol, que abrió los ojos para mirarla. – ¿Cuándo dominará V. esa tendencia suya á estar triste?

– ¡Nunca!

No era una respuesta muy galante á la verdad, para ir dirigida á la mujer que procuraba alegrar su existencia con las alegrías de un afecto lleno de abnegación.

Angel se levantó para sentarse en el lecho. Después que lo hizo, tomó las manos de Antonia y las besó con dulzura. De los ojos apacibles de Antonia se desprendían dos lágrimas que resbalaron sobre el fino cutis de su rostro como una perla sobre un plano inclinado de mármol. Un suspiro hondo y entrecortado acompañó á aquellas lágrimas.

—¡Qué tiene V., Antonia!—dijo Armengol alzando su rostro al oir el gemido de su hermosa amante.

—¡Pienso en lo desventurada que soy, en que nada valgo, en lo para poco que he nacido!

Armengol la contemplaba con asombro, no sabiendo á dónde iba á parar con aquellas imprecaciones.

—¿Por qué no seré rica?—añadió ella.—Si yo fuese rica no tendría V. que pensar en esas pequeñeces miserables de la vida; yo pensaría por V. en todo, Angel de mi vida. Huiríamos de Madrid, huiríamos de estas gentes ante las cuales es un crimen nuestro cariño. Viviríamos en París, en Londres, donde viven los amantes sin que nadie se meta á averiguar cuándo ni cómo se han amado.

Angel sintió que nacían en el fondo de su alma dos sentimientos: uno de agradecimiento tiernísimo á aquella generosa mujer; otro de disgusto profundo, porque se le juzgaba capaz de aceptar en el caso de ser ella rica el despreciable y vil apoyo pecuniario de un amor condenado por las leyes y la conciencia. Pero como este segundo sentimiento se fundaba en una hipótesis fabulosa de Antonia, que, desgraciadamente para ella no era cierta, y el

otro sentimiento nacía de un hecho real, de una emoción verdadera, Angel exclamó:

– Tiene V. razón, Antonia, me da V. una lección sabia de resistencia en esta lucha continua con el mundo. Quisiera ser como V. á quien nada arredra...

– Sí; me arredra una cosa.

–¿Cuál?

–¡La idea de que no podemos amarnos!

–¿No nos amamos? El hecho se impone. Sería un ingrato si pudiese perder mi memoria el recuerdo de lo que á V. debo, el recuerdo de un amor generoso como ninguno.

Antonia dejó caer su cabeza en el hombro de Armengol. Suave languidez se apoderaba de su cuerpo.

Entónces oyóse ruido en la escalera. Habían dado las cinco y D. Juan venía de la oficina cantando un coro de *La Gran Duquesa de Gerolstein.*

XIII

IMPREVISTO

Cuando entró en su casa D. Juan ya estaba en ella su esposa.

—¡Jinojo, qué tarde tan fresca!—dijo D. Juan, quitándose el sombrero y desliándose el negro y raído tapaboca que protegía su cara del airecillo traidor.—¿Está en su casa D. Angel?

—No lo sé,—repuso con la mayor serenidad Antonia: —¿Quieres que llame?

—No; yo mismo iré. Es para entregarle una carta que me ha dado el cartero.

—¿Para él? – preguntó Antonia, mirando el sobre que tenía en la mano su marido.

– Sí.

Era un sobre de color de rosa, pequeño, perfumado, con una E elegantemente grabada en el dorso y dos líneas negras en los márgenes; un sobre que trascendía á sobre de mujer.

Nosotros ignoramos si este pensamiento cruzó por la mente de Antonia; lo que sí sabemos es que se puso pálida y que sus ojos adquirieron súbita opacidad, como si las nieblas de la tristeza se hubiesen aglomerado sobre ellos.

Don Juan entró en el cuarto de Armengol, que leía su libro de tragedias de siempre.

—Hace V. bien en no salir, señor D. Angel. La tarde es horrible. Corre un gris que corta la cara. Yo vengo tiritando, amigo mío. ¿Lee V.?

Don Juan se aproximó á la mesa y vió la cubierta del libro.

—¡Bah! *Inglis manglis.* Para mí como si fuera griego... Siga V., siga V. su leyenda. No quiero molestarle. Vengo á darle esta carta...me encontré abajo al cartero y... para evitarle la subida... pues... Vaya, me marcho, me marcho, me marcho. Ya está Antonia preparando la comida. ¿Oye V. el alegre ruido de los platos? ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Hasta luego, vecino.

(Continuará)

EL POETA INCÓGNITO

Hay un POETA ANÓNIMO É INCÓGNITO que escribe poemitas admirables. Regularmente le bastan 32 sílabas métricas para encerrar toda una historia.

Algún día me verás
cuando no tenga remedio;
me verás y te veré,
pero no nos hablaremos.

Dos besos tengo en mi alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre,
y el primero que te dí.

Otras veces, no necesita tantas sílabas: le bastan 24 solamente.

¿Qué eres tú mejor que yo?
Ni tu hermana, ni tu madre,
ni el padre que te engendró.

Muchos poetas, verdaderos poetas, han tratado de imitar estos poemas, que todos conocemos con el nombre de CANTARES. ¿Lo han hecho á la perfección? Rarísima vez. Unos pocos han logrado que sus cantares artificiosos tengan, como si dijéramos, el lenguaje de la taberna: muy pocos han conseguido repetir aquellas quejas de profundísimo sentimiento, y, á veces, de profunda filosofía melancólica, que nos encantan y sorprenden cuando las oímos en las fiestas del pueblo, ó bien en los ocios de los trabajadores, ó acaso mezcladas con el ruido mismo de las herramientas, ó acompañando á los esfuerzos de la laboriosidad.

—

Por de pronto, el vocabulario de los hombres del pueblo, y los principios morales á que ellos arreglan su conducta tienen que dar un tinte particular á sus cantares. Toda palabra abstracta en demasía debe por precisión estar proscripta de esos cuadros. Por otra parte, el lenguaje del hombre y de la mujer del campo ó de la mar no puede ser, ni con mucho, la lengua del hombre de las aulas. El organismo ha de tener también su influencia en unos versos hechos precisamente para el canto, y es de evidencia que el timbre de la voz y la facilidad de pronunciar ciertas articulaciones y de colocarlas fácilmente en los versos de 8 sílabas, ha de entrar por mucho en la composición de esta clase de cuartetas. Las licencias de la poesía, á las que se presta admirablemente la música del pueblo, influye también mucho, muchísimo, en la estructura de los cantares. Y la tradición y el hábito deben haber exigido ciertos giros, consagrados en la memoria de los que hallan placer en el canto de esos versos.

Pero más que cada cosa de estas en particular, y más también que todas ellas en conjunto, tiene que influir la esencia misma de los hechos que originan los cantares. El gabinete donde el poeta se finge una situación, muchas veces imposible en el mundo de la realidad, no es el lugar más á propósito para la incubación de esas cuartetas. Por el contrario, los cantares tienen siempre su estímulo, su motivo y su razón, en la realidad de las contrariedades y desgracias frecuentes de la vida; y claro es, que cuando los celos hacen empuñar el acero de la ira, cuando la muerte arrebata á la persona de nuestros amores, cuando la ausencia disloca nuestras esperanzas en lo porvenir, cuando leyes brutales arrebatan para la guerra al joven querido, cuando, en una palabra, alguna violenta pasión deprimente nos destroza y nos martiriza..., de la imaginación y del dolor deben brotar las ideas, como si dijéramos, *de bulto;* y el cielo, y el clima, y la arboleda, y el viñedo, y las arenas de las playas, tienen que resonar en cuartetas encantadas y encantadoras, que en el bufete del literato se elaborarían como la flor exótica en la estufa, porque en el bufete está excitado artificialmente el corazón, y subyugado el entendimiento por lo convencional del sentimentalismo: nó por las realidades de la vida.

Sin embargo, en los labios del pueblo y monte adentro, ¡quién no ha oído alguna vez cantares procedentes en línea recta de poetas conocidos! En Alcalá del Valle he oído estos dos cantares, que son de mi amigo desde la niñez D. Angel María Navarrete:

En la pila de la fuente
caen golpeando las gotas:
¡qué callandito que caen
las que la cara me mojan!

Yo soy uno, tú eres una,
uno y una que son dos;
dos que debieron ser uno,
pero ¡no lo quiso Dios!

En Torrox y Málaga se oyen los siguientes, también de autores conocidos, pero cuyos nombres no acuden ahora á la pluma:

Más temo una mala lengua
que la mano del verdugo;
que el verdugo mata á un hombre,
y la mala lengua un mundo.

Los desengaños y el tiempo
son dos amigos leales,
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.

Yo no sé porqué la luna
tu ventana me recuerda,
cuando me dijiste «vete»
con la cara de una muerta.

Pero esto no contradice en modo alguno lo anterior mente dicho. De estos cantares solamente sobreviven los *fittest*, como diría Darwin: esto es, no los mejores, sino los más aptos, los más propios, los más adecuados al medio donde tiene de conservarse su existencia, mientras que todos los demás perecen en las simas del olvido.

Y sobreviven, nó por su procedencia y estirpe literaria, sino por su esencia popular.

El pobre segador ó la infeliz lavandera, que solamente en silencio pueden derramar sus lágrimas, porque nadie les toleraría los paroxismos estrepitosos que todo el mundo encuentra muy naturales en una elegante dama aristocrática, ¿cómo no han de encomendar simpáticamente á la memoria el poemita sentidísimo

En la pila de la fuente
caen golpeando las gotas:
¡qué callandito que caen
las que la cara me mojan!

La otra cuarteta

Más temo á una mala lengua
que la mano del verdugo;
que el verdugo mata á un hombre,
y la mala lengua á un mundo,

me parece de tan profunda filosofía, que sin yo saber porqué me recuerda los versos de Othello cuando Shakespeare dice:

Quien me roba el bolsillo, ese me quita
un nada, una miseria:
algö es, pero al fin importa poco:
era mío: ahora suyo: y fué de miles
esclavo äun. Mas quien á mí me roba
mi buen nombre, me roba lo que en nada
lo puede enriquecer, y á mí me deja
enteramente pobre.

—

He dicho *pasiones deprimentes*, porque nuestro temperamento andaluz llora más de pena que de alegría; y porque todo lo que abate el ánimo, cuadra y se armoniza con la melancolía del trabajador, el cual no tiene sino la indispensable para satisfacer las necesidades más urgentes del vivir, y sólo en las regiones de la posibilidad ve la alegría y aquellos goces no regalados espontáneamente por la generosidad de la naturaleza. Hasta los cantes (no cantares) tabernarios,—alegría estólida de la plebe,—parecen verdaderas lamentaciones; y lo son, así en la letra como en las notas musicales.

Todo tiene su excepción, y es preciso dejar aparte los himnos anónimos de guerra, que en nada se parecen á los cantares.

—

Puede hacerse una pregunta: ¿Por qué el POETA INCÓGNITO hace sólo cuartetas *generalmente*, y nó composiciones más largas?

¿Quién lo sabe?

Tal vez sea que el idioma disponible, el exceso de estro poético, lo vivaz de las impresiones, ó bien la carencia de recursos verdaderamente literarios, no suministren materiales más que para esas CASI INTERJECCIONES DE 32 SÍLABAS MÉTRICAS, verdadera explosión de los sentimientos reales, y no de las formas oficiales y reglamentadas por el convencionalismo de las gentes *comme il faut;* ¡nueva especie de esclavitud á que tienen que subordinarse los que viven en cierta altura sobre las capas inferiores de la sociedad! ¿Quién, en algunas ocasiones solemnes y violentas de su vida, no habrá envidiado la libertad para imprecar, desahogarse, y hasta insultar, que sólo es concedida á la gente del pueblo? Pero, delante de las gentes de tono, ¿cómo dar rienda suelta á las explosiones del corazón? Hay formas para todo... ¡hasta para llorar á los que se nos mueren!

—

Los cantares tienen indudablemente sus secretos de estructura, que hasta ahora no están descifrados; y esa estructura contenga acaso el enigma todo de la dificultad.

¿Cuál es el secreto?

Adhuc sub judice lis est.

¿Son las antítesis? No siempre. ¿Son las sentencias? Algunas veces. ¿Es una maliciosa observación? Acaso. ¿Qué es?

No lo puedo explicar; pero creo sentirlo tan profundamente, que si me presentaran confundidos y mezclados cantares escritos por literatos y cantares hechos por el POETA INCÓGNITO, entresacaría sin titubear y pondría aparte los procedentes del pueblo; y dejaría sólo los nacidos en fuentes literarias, con rarísima excepción.

¡Qué vaguedad hechizada suele encontrarse en los cantos populares, consistente en el acopio de materiales acumulados indecisamente para que el oyente construya según su ingenio, y adivine según su imaginación!

No me mires, que miran
que nos miramos,
y verán en los ojos
que nos amamos.
No nos miremos;
que cuando no nos miren
nos miraremos.

Llorando se la escribí,
llorando se la mandé;
las lágrimas de mis ojos
no me la dejaron ver.

El banco... el árbol... tu nombre...
el cielo del mismo azul...
todo, todo como estaba:
todo, todo, menos tú!

Algún día me verás
cuando no tenga remedio;
me verás y te veré,
pero no nos hablaremos.

Yo te diría mis penas
si me quisieras oir:
pero ¿quién se queja á un mármol
como yo me quejo á tí?

Se volvió loca de celos,
loca se volvió de amar;
y se bajaba á la playa
á contárselo á la mar.

Dos besos llevo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te dí.

Por último, los cantares conservan su distintivo cuando no es la realidad, sino la hipérbole, y hasta lo imposible, el fondo de esos poemitas.

En el hoyo de tu barba
estoy mandado enterrar:
sólo deseo morirme:
¡quién se hubiera muerto ya!

Me mataste y me enterraron;
pero ya he vuelto á nacer,
porque de nuevo me mates
cuando te vuelva á querer.

Yo estuve un día en la Gloria,
pero no estabas tú allí;
y para verme en tus ojos
á la tierra me volví.

E. BENOT



EN EL HAREM, cuadro de Juan B. Hunsmans



Á LA SALUD DE MIS VECINITAS, dibujo de A. Fabrés

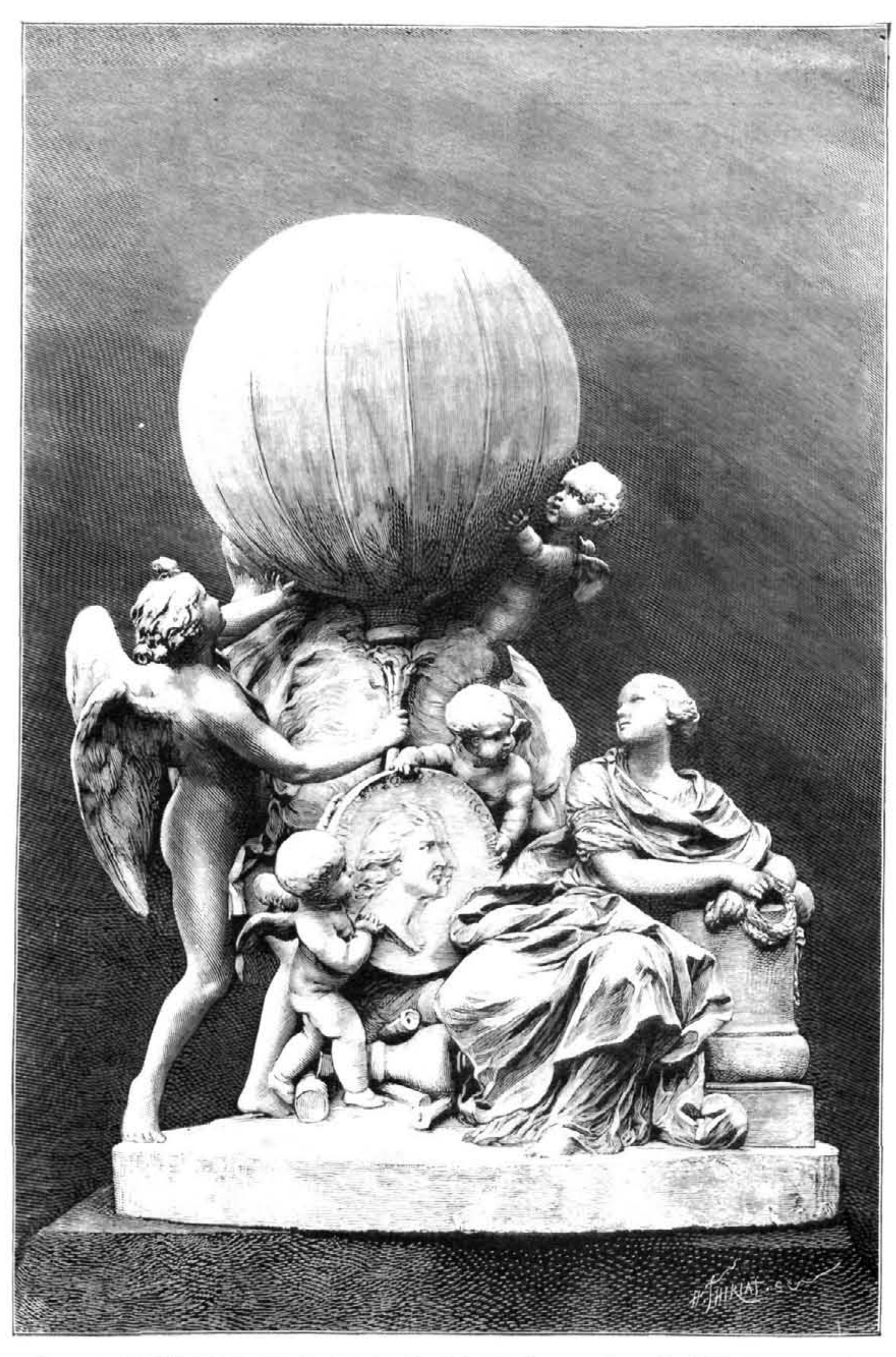


Fig. 1.—GRUPO EN BARRO COCIDO, DE CLODIÓN. A la gloria de los hermanos Montgolfier *(Colección Tissandier)*

CRONICA CIENTIFICA

CURIOSIDADES AEROSTÁTICAS DEL ORIGEN DE LOS GLOBOS. — UN GRUPO INÉDITO DE CLODIÓN.

Entre los diversos objetos curiosos que nos recuerdan la época de los Montgolfiers y de los primeros ensayos de la navegación aérea, y que se han conservado hasta aquí cuidadosamente, hállase un dibujo muy exacto del globo llamado de Bagnols, cuya ascensión se verificó en la ciudad de este nombre en 1785 (fig. 2.) Este globo, que medía unos catorce metros de diámetro por veinte de altura, se elevó el 18 de abril de dicho año á la vista de más de diez mil espectadores, y después lleváronlo con gran pompa á Bagnols para depositarlo en la Casa Ayuntamiento, donde se conservó hasta 1792. En esta época se utilizó la tela, con la cual confeccionaron blusas para los voluntarios; pero antes sacáronse varios dibujos, de los que se conserva uno en la Biblioteca Nacional.

Otro objeto más notable aún, bajo el punto de vista artístico, es un antiguo busto en barro cocido, de Clodión, verdadera curiosidad que merece ser conocida. Véase qué circunstancias concurrieron á su ejecución. El 1.º de diciembre de 1783, con motivo de haberse elevado en un globo el aeronauta Charles Robert, en las Tullerías, acordóse erigir un monumento á la memoria de los Montgolfier en el sitio mismo en que se había efectuado la ascensión; y al efecto se abrió un concurso, en el que tomaron parte casi todos los escultores de la Academia. De los dibujos y proyectos presentados entonces, aun se conservan algunos, y entre ellos dos grupos en barro cocido, que Clodión ejecutó sucesivamente; el uno representaba un gran número de Amorcillos hinchando un globo y sobrepuestos de la Fama; el otro, mucho más notable como obra artística, y apenas conocido, es el que vamos á describir.

Este grupo auténtico, de 55 centímetros de altura; y que lleva la firma de Clodión, representa varios personajes: á la izquierda se ve un Genio que hincha un globo por medio de una tea encendida; al otro lado, dos Amorcillos presentan á una mujer sentada, que debe ser la Gloria ó Francia, el medallón de los hermanos Montgolfier, que es, poco más ó menos, la reproducción del que Hondon acababa de hacer, y en el cual están inscritos los nombres de Esteban y de José Montgolfier. Detrás del asunto principal hay otros dos Amores y un Tiempo con su guadaña, del mismo tamaño que las figuras principales; pero estos últimos personajes no se pueden ver en el grabado. La composición del conjunto es bastante acertada.

El señor barón Ponsard ha cedido generosamente este curioso grupo, del que era poseedor hace algunos años, para enriquecer la colección que se está formando. En concepto de los inteligentes, la obra de Clodión es interesante, tanto bajo el punto de vista artístico como por lo que concierne á la historia de los globos; y bajo este doble título nos ha parecido oportuno darla á conocer.

G. Tissandier

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Sin duda algunas de ellas, poco elevadas, están constituídas en gran parte por bancos de polípero que se elevaron poco á poco hasta la superficie del mar, y que por el acarreo de los detritus de toda especie han llegado á ser propias para la vegetación; pero no sucede lo mismo con otras muchas, y particularmente con Joló. La formación precedente sólo se ha efectuado en la orilla; la masa de la isla es volcánica, y la lenta destrucción de la capa superior de las lavas es la que ha producido este suelo, prodigiosamente fértil así en las altas montañas como en los valles. Las moles de lava, muy numerosas, se ven solamente en la orilla del mar, en el lecho de los arroyos, ó en las grandes trincheras abiertas para sacar el material de los derribos practicados; en todos los demás puntos, el poderoso bosque ó los prados de *cogon* forman una serie continua.

Recorro los bosques que se elevan en suave pendiente al sudeste de la ciudad, y sólo veo algunos esclavos enflaquecidos que sacan agua de un torrente, entre las sonrosadas campanillas de las *Ipomæa* (1); más léjos, en medio de un pequeño desmonte, hay una caseta de colonos tagalos, licenciados de presidio, que se han atrincherado en su casa, y me aconsejan que vuelva cuanto antes á la ciudad. Siguiendo las sendas practicadas en el bosque hallo numerosos insectos debajo de los detritus vegetales, y poco después llego al centro de una cantera, donde los presidiarios desmontan una porción de bosque, protegidos por una compañía de infantería desplegada al rededor de ellos. El jefe me reprende amistosamente mi imprudencia, aconsejándome que espere su vuelta á la ciudad para volver yo á ella. Sin embargo, al ver que deseo marcharme, el jefe no insiste, pero reune sus hombres, forma la columna y me acompaña.

23 noviembre. — Los días siguientes trascurrieron en una tranquilidad relativa, y había olvidado ya, ocupado en mis investigaciones antropológicas, los famosos juramentados, cuando esta mañana á las ocho, hallándome en la plaza, oigo algunos tiros, seguidos de gritos confusos, sucediéndose un silencio de muerte. El mercado se despeja en un momento, y encuéntrome solo, á pocos pasos de dos centinelas, que, apoyados en una caseta, cargan sus fusiles. En el mismo momento veo una mujer descabellada que va corriendo, seguida de un hombre, pálido como un cadáver, que lleva en la mano un *kriss* (especie de machete) teñido en sangre. La mujer me grita: ¡los juramentados! y disparada como una bala de cañón, me derriba al paso; y en el mismo instante resuenan dos tiros, me levanto, y veo caer al juramentado herido en el pecho; pero de un salto se pone de pie á su vez, y con el arma levantada, precipítase sobre los centinelas: traspasado de un bayonetazo, aun se mantiene derecho, tratando de alcanzar al soldado, que le contiene con la extremidad de su fusil; mientras que el otro centinela vuelve á cargar su arma y remata al furioso.

Por todas partes oigo después un tiroteo, y al llegar á la calle mayor veo algunos hombres que yacen tendidos en un lago de sangre; en medio de la calzada, tres juramentados, con la cabeza erguida y blandiendo el kriss, avanzan resueltamente al encuentro de un pelotón de soldados; los fusiles se inclinan, y cuando el humo de la pólvora se disipa, veo á los tres infelices tendidos en tierra boca abajo. Con esto quedamos libres de agresores.

En tan tristes circunstancias el deber del médico está indicado desde luego: nos dirigimos presurosos hacia el hospital, y en el camino encontramos al gobernador, acompañado del bravo coronel D. Ventura López Nuño, admirable en su serenidad y sangre fría, pero cuyos ojos brillan de cólera; estrécholes la mano, y muy pronto me hallo en medio de los muertos y de los heridos. Los juramentados han inmolado quince víctimas, infiriendo heridas horribles, pues hay cadáver que tiene la cabeza enteramente cortada, y alguno que está casi dividido en dos. El primer herido que examino es un soldado que estaba de guardia en la puerta por donde entraron los agresores; tiene en el brazo izquierdo tres fracturas, y el hombro y el pecho materialmente destrozados á cuchilladas; la amputación sería el mejor remedio, pero de tal



Fig. 2.—GLOBO DE BAGNOLS, elevado en esta población en 1785

modo han lacerado las carnes, que la operación no es nada fácil: mientras que reduzco las numerosas fracturas, el soldado, á quien aun domina la excitación del combate, me refiere el principio de la agresión. La consigna

(1) Convolvulus.

ordenada observábase puntualmente por todos los centinelas: todo individuo, hombre ó mujer, que se presentase en las puertas debía ser registrado, y detenido si llevaba arma alguna. Los juramentados, en número de once, habíanse dividido en tres grupos, separados á la distancia de algunos pasos; llevaban haces de forraje y cañas, que ocultaban sus armas; dos de ellos se presentan primero en la puerta, y en el momento en que los centinelas se inclinan para registrar, todos los juramentados á la vez empuñan sus machetes; uno de los centinelas queda muerto en el sitio; su compañero, sufriendo una granizada de golpes, tiene aún fuerza para disparar su fusil, y mata á uno de los agresores; pero los demás pasan como un torrente y se diseminan por la ciudad.

Las atroces heridas que infieren con el kriss, á menudo mortales en el acto, cúranse á veces muy pronto si se cuidan juiciosamente. Al cabo de poco tiempo, todos los heridos del 23 de noviembre están en pie, notable resultado que se debe al celo del director del hospital, el cirujano mayor D. Manuel Rabadán y Arjona, que además de un profundo saber se distingue por su generoso corazón. Más tarde deberé hablar sobre el mérito de este excelente cofrade.

24 noviembre. – Pronto se calma la emoción producida por el ataque de los juramentados; en Joló ya no se considera esto como una cosa nueva, y á causa del incidente mismo, se está seguro de tener tranquilidad algún tiempo. Al aparato belicoso sucédese la actividad fecunda de la paz: los chinos prosiguen sus transacciones, doblemente lucrativas con los habitantes de Joló y los europeos; el genio del tráfico lo mueve todo, lo cual hace decir á uno de mis amigos indígenas, noble pandita, que los españoles lo revuelven todo. Este pandita, de tipo semítico, descendiente de uno de los árabes que introdujeron aquí el Islam, habla bien el malayo, y esto me permite conversar con él fácilmente; no se cansa de escuchar la descripción de Constantinopla, de sus grandes mezquitas de piedra, y de la corte del poderoso sultán de Estambul, maravillándole sobre todo los relatos sobre nuestra Argelia y los tres millones de *Orang Island* (mahometanos) que obedecen al Rajá (1) de los *Orang Prantjis*. Aunque es muy inteligente, veo que la cifra no tiene para él un sentido exacto, ni representa más que una multitud innumerable. En cambio me da mil detalles sobre el Corán y sus compatriotas, pasando por alto hábilmente lo que puede herir su amor propio de joloano y de pandita.

Gracias á los informes de este amigo, y sobre todo al apoyo moral y material de todos los españoles, nuestras observaciones antropológicas, así como las colecciones, aumentan diariamente. Tan pronto separados como reunidos, el señor Rey y yo estudiamos cada vez más el radio de nuestras excursiones en el interior de la isla y en la costa.

Por todas partes encuentro vestigios de la guerra, casetas destruídas, cafetales invadidos por el bosque; y á veces, detrás de un cercado en desorden, algunos indígenas, piratas á quien la mala situación de los negocios obligan á trabajar la tierra; me miran con malos ojos, pero voy alerta y estoy bien armado. Un día, á eso de las doce de la mañana, sufriendo un sol abrasador, y descontento de mi herborización, procuro recobrar mis fuerzas á la sombra de un mangustar (2) gigantesco, en el límite de una plantación; llamo á dos trabajadores, ocupados allí cerca, enséñoles algún dinero, y los invito á buscar para mí algún insecto ó reptil. Los dos sonríen desdeñosamente, pero de pronto uno me coge de la mano, recomiéndame el silencio con un significativo ademán, y condúceme junto á un cafetal. Después de mirar bien descubro un magnífico trigonocéfalo (3); su



ESTUDIO, de don Leopoldo Roca

(1) Soberano de los franceses. La palabra Presidente no tiene equivalente en malayo.

(2) *Garcinia mangostana* (gutíferas) da el mejor fruto de los trópicos.

(3) *Tropidolæmus Hombroni:* abundan en Joló.

EN LA ESPESURA, estudio del natural de Ricardo Martí Aguiló

lomo verde está casi invisible en medio del follaje, pero sus ojos brillan como dos rubíes.

«¡Cógele!» grito á mi hombre. Por toda respuesta da un salto hacia atrás, sin ocultar su temor, pero no hay que vacilar; descargando sobre el trigonocéfalo un golpe con mi baqueta le derribo en tierra; de otro golpe le lanzo á quince pies de altura, y mientras que trata de ponerse en pie, aplícole la baqueta sobre la nuca, y con el pie le mantengo inmóvil; entonces se hace fácil sujetarle con una cuerda en la punta de un palo, y héle aquí ya corriente para introducirle vivo en el alcohol, condición indispensable si se quiere conservar sus magníficos colores.

Esta operación, con la cual estaba ya familiarizado, y que acabo de practicar por necesidad, basta para que el indígena me mire con respeto; condúceme á su caseta, bastante grande y cómoda, porque mi hombre es uno de los pocos propietarios cuyos bienes han sobrevivido á la guerra y á la supresión de la piratería, y encuentro en su casa ancianos padres, chiquillos, esclavos de toda edad, y numerosas mujeres: toda esta gente está casi desnuda. En Joló, así como en los demás países del Archipiélago, las prescripciones del Corán se observan muy imperfectamente; y por otra parte, el clima haría insoportable ese *feredjé*, que en las aguas dulces de Europa protege con su sombra trasparente las facciones de los favoritos de Estambul. Cuando en la ciudad española las mujeres moras ven á un europeo, aparentan cubrirse con su velo; pero en el interior de las casetas ni aun se conoce esta costumbre. Mi acompañante me presenta á su familia, enseñándome su vivienda: su caseta no tiene en rigor mas que una sala, dividida por un tabique incompleto en dos piezas desiguales; veo alguno de esos cofrecillos donde todo indígena, libre ó esclavo guarda su fortuna, y los cuales me indican el sitio donde cada individuo pasa la noche; algunas porcelanas chinas, gran número de lanzas y kriss de toda forma, y un antiguo fusil enmohecido, terrible sobre todo para quien tenga la imprudencia de usarlo, constituyen poco más ó menos todo el ajuar de aquella morada.

Muy pronto nos traen diversos frutos: hombres y mujeres parecen apreciar en extremo la leche de coco mezclada con el ron que yo llevo en un frasco: pero al amo le parece este brebaje demasiado dulce, y no se hace rogar mucho para dar fin con mi provisión alcohólica. Muy pronto se anima la conversación; sentados en el suelo, ó tendidos en un grande estrado de bambú, amos y esclavos toman parte en ella, tratándose unos y otros con mucha familiaridad. Es preciso ser justo hasta con los piratas: ni los de Joló, ni los otros malayos mahometanos de las Filipinas, ni las razas salvajes del interior de las islas del Archipiélago, han sometido jamás á sus esclavos á esa explotación metódica; á esas refinadas crueldades, de que aun ayer hallé un ejemplo en los relatos de Darwin (viaje del Beagle, Londres, 1839). La barbarie de estos moros ignorantes y fanáticos es casi dulzura si se compara con los usos de los esclavistas cristianos. Por lo general, el esclavo de Joló recibe un regular alimento, y su trabajo no es excesivo cuando no se ocupa en la pesca de otras perleras (1): los castigos son raros, y, cosa singular, no tienen esa ferocidad que por otros conceptos comunica un carácter especial á las costumbres de esta nación. Al cabo de algún tiempo de vigilancia, el cautivo tagalo ó bisaya queda libre de sus grillos, pudiendo casarse y tener familia; pero desgraciada de ésta si sus deudas la reducen á la esclavitud, é infeliz la familia del esclavo fugitivo. En estos casos, la ley es inexorable: mujeres y niños, cualesquiera que sea su edad, son vendidos por el acreedor, y se diseminan en los cuatro ángulos del Archipiélago. Hé aquí por qué tantos cautivos cristianos de las Filipinas no se acogen á la sombra del pabellón español, que los cañoneros pasean por las aguas de Joló. Por otra parte, la evasión, posible para los hombres, no lo es para las mujeres, que no tienen los mismos pretextos cuando quieren alejarse de las casetas.

(1) Los esclavos ocupados en esta pesca deben sumergirse á profundidades que varían de diez á veinticinco metros, y permanecen debajo del agua de dos á tres minutos por término medio. Ese trabajo cotidiano, muy penoso, determina rápidamente la tisis en los que le practican.



Viaje á Filipinas. – Arado usado en Joló

En este momento, á pesar de la tranquilidad del cuadro patriarcal que tengo á la vista, recuerdo el relato conmovedor de Mme. Beecher Stowe, bendiciendo la cruzada emprendida por esta noble mujer, y el éxito que alcanzó en el Nuevo Mundo, que se extiende cada día más á los países de esclavos del extremo Oriente.

En medio de estos malayos soñolientos, de estas mujeres, que tal vez mañana estarán separadas de sus hijos, respírase cierto aire de harem.

Terminada mi visita, despídome, monto á caballo y me lanzo á través de la pradera á galope, precedido de mi patrón, que quiere acompañarme, y de su esclava favorita, joven malaya de Borneo. Bajando de continuo, y siempre á galope, pasamos como una avalancha por el bosque, franqueando los grandes troncos diseminados en el suelo, y después de cruzar otra pradera, llego al pie de la torre de Isabel. Mi acompañante se despide: mas no tarda en presentarse mi muchacho Juan, muy orgulloso porque ha cogido un trigonocéfalo vivo.

El tiempo trascurre así rápidamente, porque después de las fatigas de nuestras excursiones obtenemos siempre una acogida amistosa en las tertulias de la colonia española. Casi todos los funcionarios son célibes, lo cual no impide que haya alegres reuniones y bailes, en los que algunas pobres tagalas sustituyen á las señoras: estas mujeres hediondas con sus harapos durante el día, parecen deslumbradoras de noche, con su camisola de *piña* y su saya de seda multicolor: por pobre que sea una de estas indígenas siempre conserva en su *tampipi* un vestido de gala.

Sin embargo, es preciso ver al sultán. Mahommed Yamalul Alam se ha retirado á Maibun, pueblo grande de la isla, situado en la costa sud. Como sé que es bastante letrado, le escribo en malayo; pero pasan los días sin recibir yo contestación.

(Continuará)

Viaje á Filipinas. — Casa de un joloano acomodado

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN